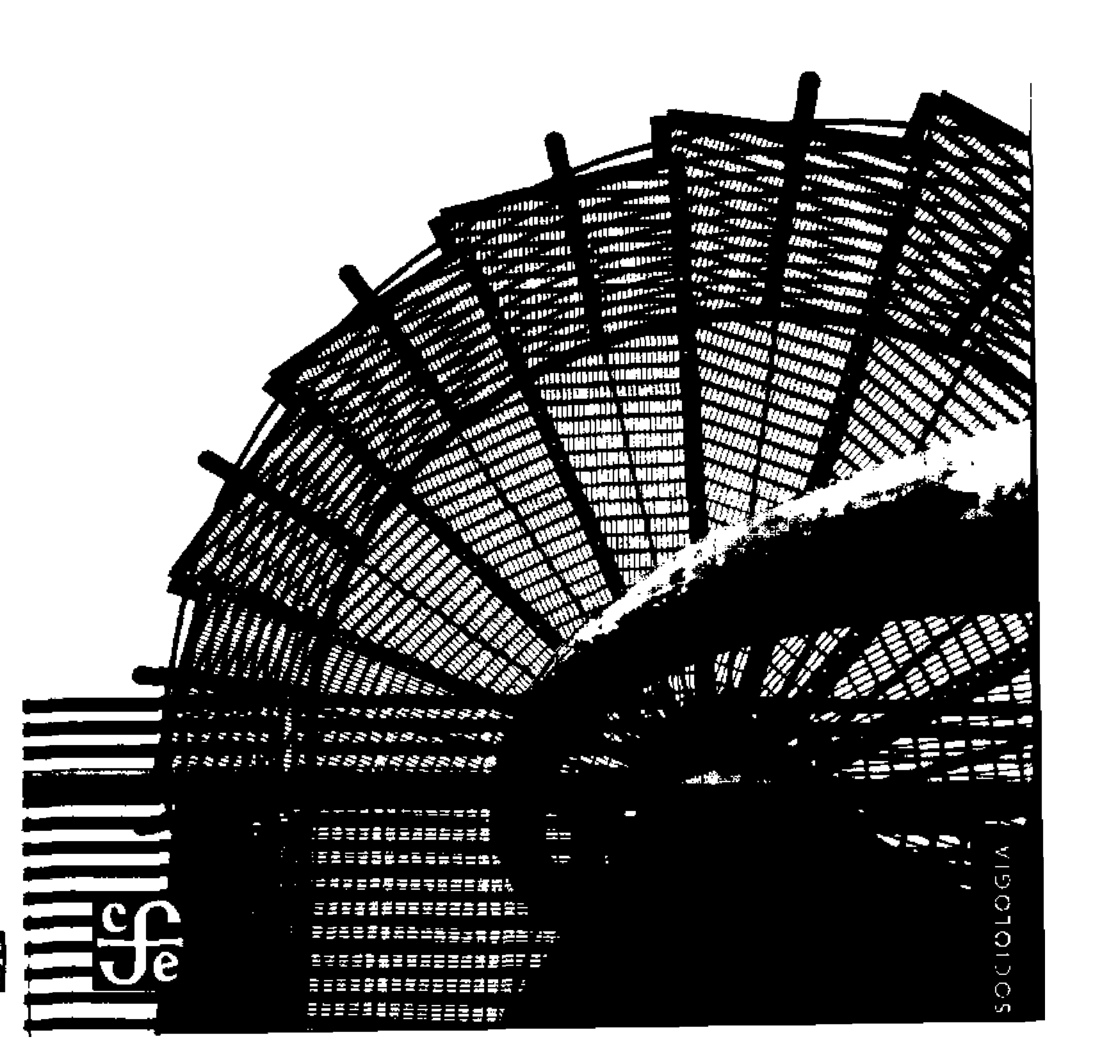
Los campos de exterminio de la desigualdad

GÖRAN THERBORN



Los campos de exterminio de la desigualdad GÖRAN THERBORN fce

La desigualdad es una violación de la dignidad humana porque impide que todas las personas desarrollen sus capacidades. No es solo una cuestión de ingreso y riqueza: es un ordenamiento sociocultural que reduce nuestras capacidades de funcionar como seres humanos, nuestra salud, nuestro amor propio, nuestro sentido de la identidad, así como nuestros recursos para actuar y participar en el mundo.

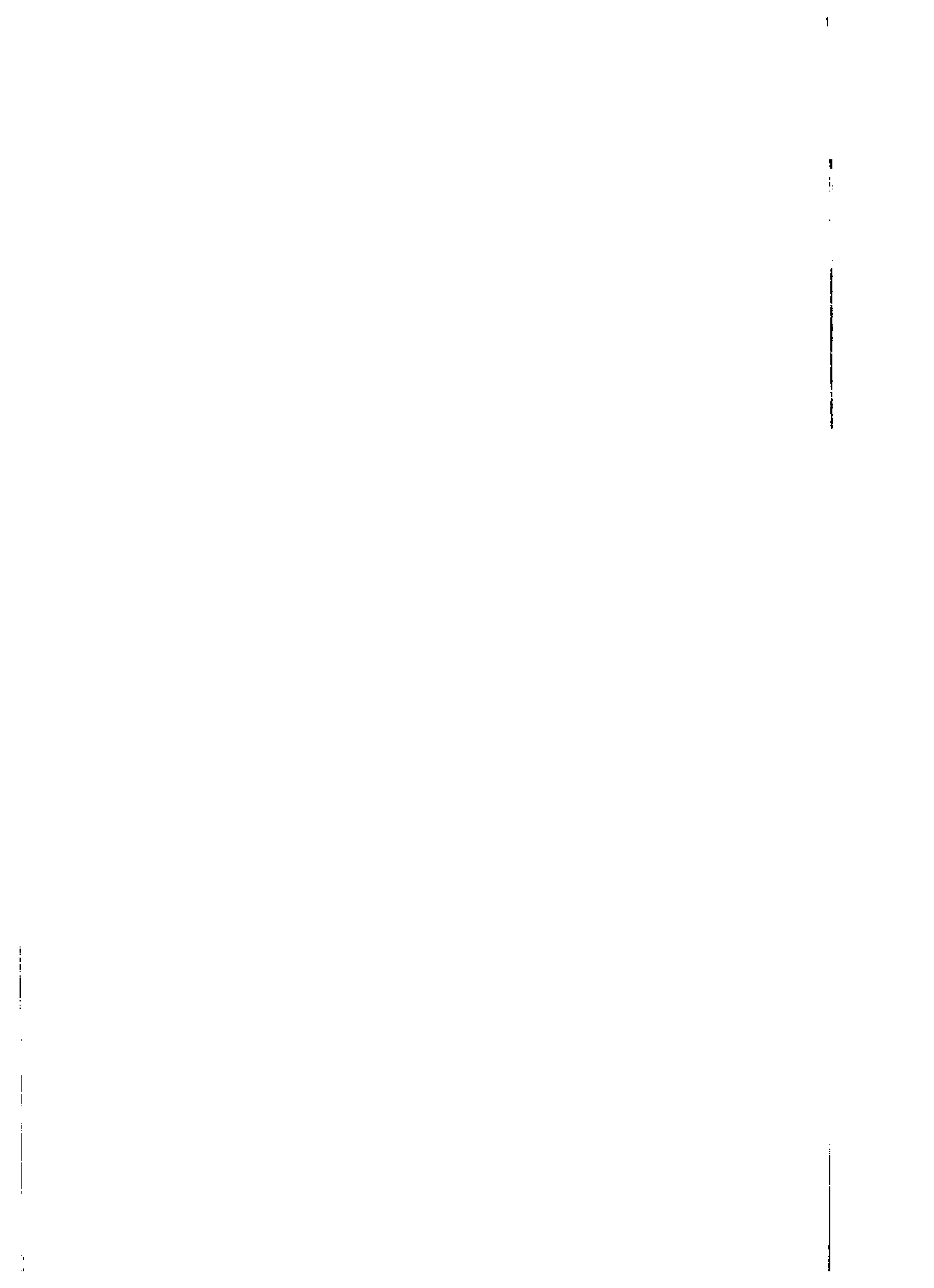
Göran Therborn demuestra que la desigualdad, uno de los temas más acuciantes de nuestros tiempos, es literalmente un campo de exterminio en el que sucumben millones de personas. Muerte prematura, mala salud, sujeción, discriminación, exclusión del conocimiento o de la vida social, pobreza, impotencia, inseguridad, angustia, falta de orgullo y de confianza en uno mismo y falta de oportunidades son algunos de sus múltiples efectos y formas. Aun cuando sobrevivan a ella, millones de seres humanos ven atrofiarse sus vidas por las humillaciones y degradaciones que les impone la desigualdad en función del género, la raza, la etnia y la clase social.

En este libro lúcido y erudito Therborn demuestra que las desigualdades actuales no son inevitables. A través del análisis de los mecanismos por medio de los cuales se producen, identifica e indaga políticas y procesos de igualación que se desarrollan actualmente en el mundo y describe aquellas fuerzas sociales en las que se puede depositar una esperanza de cambio hacia un futuro más igualitario.


ISBN 978-987-719-067-0

Göran Therborn (Kalmar, 1941) llevó a cabo estudios de Sociología, Ciencia Política y Economía en la Universidad de Lund, en Suecia, en la cual obtuvo el doctorado en Sociología en 1974. Actualmente, es profesor emérito de Sociología en la University of Cambridge y miembro de la Academy of Social Sciences, en el Reino Unido. De 1997 a 2007 fue codirector del Swedish Collegium for Advanced Study en Uppsala. Ha sido docente e investigador en las más prestigiosas casas de estudio del mundo, entre ellas, la University of California, la Universidad de Buenos Aires, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en México y la Sorbonne en París. Recibió numerosos premios y reconocimientos, así como doctorados honoris causa de varias universidades.

Es autor de cerca de treinta libros que han sido traducidos a más de veinte lenguas. Entre sus obras publicadas en español se cuentan: *¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el socialismo y el capitalismo* (1979); *Las tribulaciones de la democracia en América Latina* (1979); *La toma del poder del Estado en el capitalismo avanzado* (1979); *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico* (1980); *La ideología del poder y el poder de la ideología* (1987); *Europa hacia el siglo veintiuno* (1999); *El mundo. Una guía para principiantes* (2012), y *¿Del marxismo al posmarxismo?* (2014).



Los campos de exterminio de la desigualdad

Sección de Obras de Sociología

Traducción:
Lilia Mosconi

Göran Therborn

Los campos de exterminio de la desigualdad



ganz1912

Primera edición en inglés, 2013
Primera edición en español, 2015

Therborn, Göran
Los campos de exterminio de la desigualdad. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2015.
206 p. ; 21x14 cm. - (Sociología)

Traducido por: Lilia Mosconi
ISBN 978-987-719-067-0

1. Sociología. I. Mosconi, Lilia, trad.
CDD 301

Distribución América Latina

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández
Imagen de tapa: Vista de escalera caracol en Westbad (Múnich), Alexander Kier

Título original: *The Killing Fields of Inequality*

ISBN: 978-987-719-067-0

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

Introducción

La desigualdad es una violación de la dignidad humana porque deniega la posibilidad de que todos los seres humanos desarrollen sus capacidades. La desigualdad toma muchas formas y surte muchos efectos: muerte prematura, mala salud, humillación, sujeción, discriminación, exclusión del conocimiento o de la vida social predominante, pobreza, impotencia, estrés, inseguridad, angustia, falta de orgullo propio y de confianza en uno mismo, sustracción de oportunidades y de chances vitales. De ahí que la desigualdad no sea solo una cuestión de billetera: es un ordenamiento sociocultural que (para la mayoría de nosotros) reduce nuestras capacidades de funcionar como seres humanos, nuestra salud, nuestro amor propio, nuestro sentido de la identidad, así como nuestros recursos para actuar y participar en este mundo.

Fuera de la filosofía, donde las obras de John Rawls despertaron un interés significativo por esre tema desde principios de los años setenta, se ha prestado escasa atención académica a la desigualdad como peste generalizada de las sociedades humanas. Después de Ricardo, a principios del siglo XIX, el interés de los economistas por la distribución declinó a paso acelerado y solo en los últimos años experimentó una significativa recuperación, aunque principalmente —si no de manera exclusiva, dadas las circunstancias— en relación con la desigualdad del ingreso y la riqueza. Las obras de Anthony Atkinson, Branko Milanovic, Thomas Piketty y otros autores han expandido vastamente nuestro horizonte de conocimiento empírico.

La sociología clásica no hizo foco en la desigualdad, mientras que en la sociología estadounidense de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial fue necesario esperar hasta mediados de los años sesenta (Lenski, 1966) para que la corriente principal expresara alguna preocupación por este tema. Incluso entonces, el libro *Poder y privilegio*, de Gerhard Lenski, fue subtitulado *Teoría de la estratificación social*. En la anterior literatura de referencia (Lazarsfeld y Rosenberg, 1955; Lipset y Smelser, 1961), el concepto de desigualdad brilla por su ausencia (a decir verdad, el segundo libro citado aborda la distribución del "prestigio"). Recién a partir de Smelser (1988) se otorga a la desigualdad un lugar legítimo en las investigaciones sociológicas. Entre los cincuenta y tantos comités de investigación de la Asociación Internacional de Sociología no hay siquiera uno que haga foco en la desigualdad. El *Ersatz** más cercano es el CI 28, sobre "Estratificación social", un concepto extraño, importado de la geología a la sociología por un gran sociólogo conservador ruso que emigró a Estados Unidos, Pitirim Sorokin (1927). Siguiendo la línea de Sorokin, este comité se interesó principalmente por la movilidad social intergeneracional, más conocida como "desigualdad de oportunidades", un campo de estudio en el que se han desarrollado y desplegado impresionantes aptitudes técnicas.[1]

Más que una disciplina, la sociología es un vasto terreno de numerosas y diversas búsquedas que se valen de diferentes métodos, de modo tal que es posible encontrar alguna que otra investigación sobre la desigualdad en la mayoría de sus facetas. Sin embargo, hasta ahora no se ha llevado adelante, en ninguna disciplina de las ciencias sociales, siquiera un solo intento de colocar el foco en el carácter multidimensional de la desigualdad y sus nefastas consecuencias. Fue el economista Amartya Sen quien llevó el debate teórico general desde la filosofía hasta las ciencias sociales, mientras que el debate empírico más amplio se inició en el campo de la epidemiología: Michael Marmot (2004) y Richard Wilkinson (1996, 2005; Wilkinson y Pickett, 2009).

Todo indica que esta abdicación de la sociología, la menos delimitada y la más generosa de las ciencias sociales, está ahora llegando a

* En alemán, "remplazo". [N. de la T.]

[1] Hout y DiPrete (2006) proporcionan una valiosa autoevaluación interna de los logros del comité a lo largo de cincuenta y cinco años.

su fin. La Asociación Internacional de Sociología ha resuelto dedicar su próximo Congreso Mundial —a celebrarse en Yokohama, en 2014— a la desigualdad.

La ciudadanía no ha hecho gala de tanta paciencia. En 2011, la desigualdad estuvo presente en las calles, al rojo vivo: en la oposición mediterránea a la austeridad desigual; en las rebeliones árabes contra la desigualdad de libertades y oportunidades; en el rechazo de los estudiantes chilenos (apoyados por la clase media) a la desigualdad en la educación superior; en los movimientos Ocupa de Estados Unidos, el Reino Unido y otros lugares contra el dominio del uno por ciento. Hasta en medio de la indolencia corporativa alpina del Foro Económico Mundial reunido en Davos se trató el tema de la desigualdad.

Este libro, que continúa el esfuerzo de otros anteriores (por ejemplo, Therborn, 2006), tiene algunos rasgos que lo distinguen dentro de la creciente bibliografía sobre la desigualdad. Es resueltamente multidimensional en su abordaje de la desigualdad, con el foco puesto en la salud/mortalidad, en los grados existenciales de libertad, dignidad y respeto, así como en los recursos del ingreso, la riqueza, la educación y el poder. En segundo lugar, en él se aplica una perspectiva histórica global con miras a comprender, abarcar y explicar desarrollos de situaciones tanto globales como nacionales durante los tiempos modernos. En tercer lugar, el libro apunta a dilucidar los diversos mecanismos a través de los cuales se producen las desigualdades. En cuarto lugar, identifica e indaga mecanismos, políticas, procesos y momentos históricos de igualación: el incremento de la desigualdad no es inevitable. Y en las últimas páginas se esboza un programa para superar las desigualdades, o al menos para reducirlas.

La des-igualdad —como intentaré explicar de algún modo en las páginas que siguen— es un concepto normativo que denota la ausencia o la falta de algo: igualdad. Lo ideal es reconocer y pensar esta normatividad desde el principio. Sin embargo, una vez que la desigualdad se establece como premisa de interés, la evaluación de su presencia real, la identificación de sus mecanismos causales y la explicación de sus consecuencias sociales son procedimientos expuestos a posibles falsificaciones académicas.

Este libro tiene dos objetivos principales: convencer a los estudiantes y colegas académicos de que es necesario desarrollar un enfoque

multidimensional y global de la desigualdad; y, por sobre todas las cosas, despertar el interés por los múltiples tipos existentes de desigualdad en la esperanza de fomentar el compromiso con la igualación entre mis conciudadanos del mundo.

Ljungbyholm, Suecia
Göran Therborn
Universidad de Cambridge

I. Los campos

Es PROBABLE que el lector haya oído y leído mucho sobre la desigualdad en estos años de crisis financiera, pero cabe preguntarse hasta qué punto ha logrado distinguir otras clases de desigualdad que no sean las del ingreso y la riqueza. ¿Ha oído algo sobre las desigualdades de salud, de vida y de muerte, por ejemplo? ¿O acerca de cómo las situaciones desiguales de los padres afectan a sus hijos en el cuerpo y en la mente? ¿Y cuánto ha llegado a saber sobre los diversos procesos de igualación que se desarrollan actualmente en algunas partes de este mundo? ¿Qué oportunidades ha tenido de mirar tras la fachada de la "globalización" para constatar de qué modo y hasta qué punto se interrelacionan e interactúan los procesos de distribución en diferentes regiones del planeta? Y en el caso de no aprobar el estado actual de la desigualdad, ¿sabe el lector qué instituciones es preciso cambiar en primer lugar? ¿En qué fuerzas sociales puede depositar su esperanza y a cuáles estaría en condiciones de sumarse si así lo deseara?

La teorización sobre la desigualdad realizó grandes avances en las décadas previas a la actual crisis económica, sobre todo en el marco de la filosofía social, así como la medicina y la epidemiología: avances que aún no fueron absorbidos por la ciencia social dominante ni por el discurso público general. Todavía hay preguntas teóricas cruciales a las que no se ha dado respuesta o sobre las que no se ha reflexionado con seriedad. ¿Qué tiene de malo la desigualdad? ¿Por qué nos molesta la desigualdad

económica de algunos y admiramos la de otros, como las estrellas del deporte y el entretenimiento, por ejemplo? ¿Cuál es la diferencia entre la desigualdad y la diferencia? ¿Qué tipo de igualdad deberían esforzarse por conseguir los igualitarios democráticos y libertarios contemporáneos? ¿Cuáles son los mecanismos sociales que producen la desigualdad —y la igualdad—?

Tales interrogantes, junto con otros relacionados, me han motivado a agregar esta contribución al debate en curso. Sin dejar de prestar la debida atención al becerro de oro y sus devotos —ni de presentar mis respetos a sus analistas económicos—, sostengo que las violaciones del derecho a desarrollar la capacidad humana, sobre las que se erige la desigualdad, requieren un abordaje empírico mucho más amplio y un enfoque teórico mucho más profundo que los aplicados en las ofertas existentes.

Comencemos por indagar en los campos de la experiencia actual.

1. Humana, cruel y breve: la vida bajo la desigualdad

Las breves vidas de los desigualados

La desigualdad mata. Entre 1990 y 2008, la esperanza de vida de los hombres estadounidenses blancos sin título universitario se redujo en tres años, mientras a las mujeres blancas con bajo nivel educativo se les acortaba la vida en más de cinco años (Olshansky *et al.*, 2012: figura 2). Solo el sida en el África Meridional y la restauración del capitalismo en Rusia han causado un impacto más letal que la polarización social estadounidense durante los años de auge de Clinton y Bush. La vida de los afroamericanos es más breve que la de los estadounidenses blancos; sin embargo, esta brecha en realidad se ha angostado durante las últimas dos décadas (después de haberse ensanchado a principios del siglo XX), entre 1990 y 2009 (*National Vital Statistics Reports*, vol. 60, núm. 3, 2011: cuadro 8). Tomadas en conjunto, las desigualdades de raza y nivel educativo —negros que cursaron estudios durante menos de doce años en contraposición a blancos que cursaron estudios durante más de dieciséis— acortaban la vida de los desaventajados en doce años en 2008 (Olshansky *et al.*, 2012: 1805). Esta brecha es igual a la diferencia nacional entre Estados Unidos y Bolivia (UNICEF, 2012: cuadro 1).

El retorno del capitalismo a la ex-Unión Soviética implicó una drástica desigualación y un empobrecimiento masivo. El coeficiente de Gini

[1] Este índice, que lleva el nombre de un estadístico italiano de principios del siglo XX, es la medición más utilizada para calcular la desigualdad del ingreso. Va desde 0, que repre-

—que mide la desigualdad del ingreso— trepó en Rusia desde 27 en 1990 hasta 46 en 1993, mientras que en Ucrania pasó de 25 en 1992 a 41 en 1996, para continuar aumentando después hasta llegar a 52 y 46 respectivamente en 2001 (UNICEF, 2004: 117 y 123). Hacia 1995, los procesos de restauración habían generado 2,6 millones de muertes adicionales solamente en Rusia y Ucrania (Cornia y Paniccià, 2000: 5). Durante la década de 1990 y considerando la totalidad de la ex Unión Soviética, la cantidad de víctimas fatales que se cobró este proceso ascendió a cuatro millones, de acuerdo con el epidemiólogo británico sir Michael Marmot (2004: 196; véase Stuckler *et al.*, 2009).

Después de una recuperación durante los años cincuenta y principios de los sesenta, la situación de la salud se había estancado en la Unión Soviética y Europa Oriental, y hasta había empeorado en países como Rusia. Pero la restauración del capitalismo produjo un súbito salto en la mortalidad, con un incremento del 49% en la tasa de mortalidad estandarizada de los hombres rusos (de 16 años para arriba) entre 1988-1989 y 1993-1994, y uno del 24% entre las mujeres durante el mismo período (Shkolnikov y Cornia, 2000: 267).

La estimación de Marmot, según la cual hubo cuatro millones de muertes excedentes durante la década de 1990, es considerablemente más baja que los efectos letales de la colectivización estalinista en la década de 1930, cuya mejor estimación para el periodo de 1927 a 1936 es al parecer de circa nueve millones (Livi-Bacci, 1993: 751 y ss.; 2000: 50), con un impacto particularmente devastador en Kazajistán y Ucrania (Ó Gráda, 2009: 237). Sin embargo, en lo que concierne a Rusia, la tragedia de los años treinta con la colectivización y la de los años noventa con la privatización no son incomparables. Desde 1930-1931 hasta 1933, la tasa (bruta) de mortalidad rusa se elevó en el 49,5% (Livi Bacci, 1993: 757), es decir, alcanzó casi exactamente el mismo incremento que experimentaría sesenta años después. Cabría argumentar que las muertes excedentes de Rusia y Ucrania en la década de 1990, producto del desempleo masivo, el empobrecimiento en gran escala y el deterioro generalizado,

senta la igualdad total, hasta 1 (o hasta 100 en la forma multiplicada), cuando una parte se queda con todo. En las sociedades contemporáneas ha oscilado entre 0,2 (o 20) en algunos países nórdicos y de Europa Oriental-Central durante los años ochenta y 0,75 (o 75) en algunas ciudades africanas, como Johannesburgo, alrededor del año 2000.

fueron menos brutales que las causadas por las requisiciones, la hambruna y las deportaciones de la colectivización estalinista. Sin embargo, la aceptación silenciosa de las nuevas muertes sistémicas por parte de los liberales y conservadores del mundo es más inconcebible en los mediáticos años noventa —la "era de la información"— que el ingenuo descreimiento de los comunistas y admiradores soviéticos durante los aislados años treinta.

Hacia 2009, la esperanza de vida en Rusia y Ucrania continuaba siendo menor a la de 1990 (OMS, 2012: parte III, cuadro 1). En Rusia se amplió la brecha educacional de longevidad y subieron las tasas de mortalidad en todos los grupos educacionales (Shkolnikov y Cornia, 2000: 267). Pero en la Estonia y la Lituania de los años noventa, el drástico incremento de las muertes de personas que a lo sumo tenían educación secundaria completa acompañó un descenso de la mortalidad entre quienes habían accedido a la educación superior (Leinsalu *et al.*, 2009).

El principal patrón europeo occidental de la desigualdad en las posibilidades vitales indica un estancamiento o un alargamiento lento de la vida entre los pobres y las personas con bajo nivel educativo, mientras que el horizonte vital del resto está extendiéndose. Esta parece ser la tendencia del último medio siglo o más (Valkonen, 1998), en el Reino Unido se observa más o menos desde la introducción del Servicio Nacional de Salud (sin insinuar una conexión causal) (Fitzpatrick y Chandola, 2000: cuadro 3.8). Después de alcanzar un pico a mediados de los años noventa, la brecha inglesa entre las clases ocupacionales I y V ha decrecido un poco, pero las diferencias de perspectivas vitales entre las distintas áreas territoriales continuaron creciendo y aumentó el coeficiente de desigualdad entre las edades de muerte (Sassi, 2009). Solo entre 2004-2006 y 2009-2010, la brecha de longevidad entre Glasgow y Kensington-Chelsea aumentó en más de un año (ONS, 2011). El patrón estadounidense es similar, pero incluye además una creciente brecha de mortalidad entre el cuartil más rico y el resto de la población, incluidos los cuartiles segundo y tercero (Evans *et al.*, 2012: 15).

También son bastante drásticos algunos cambios que se han observado recientemente en otras partes de Europa Occidental. En Finlandia, por ejemplo, la brecha en la esperanza de vida a la edad de 35 años entre el quinto (quintil) más rico y el más pobre de la población se ensanchó en cinco años para los hombres y en tres para las mujeres durante el

periodo comprendido entre 1998 y 2007. Hoy asciende a 12.5 años entre el quintil más alto y el mas bajo de la poblacion masculina y a 6.8 entre los respectivos quintiles femeninos (Tarkiainen *et al.*, 2011). Otro estudio finlandés realizado por el mismo grupo de investigadores halló que la tasa de mortalidad (estandarizada por edad) en las edades de 35 a 64 años se incrementó de manera contundente entre 2004 y 2007 en el quintil de mujeres más pobres, hasta quedar muy por encima del nivel que había alcanzado a fines de los años ochenta. Las muertes prematuras entre los desempleados y entre las personas que viven solas también aumentaron vertiginosamente entre 1988 y 2007, tanto entre los hombres como entre las mujeres (Tarkiainen *et al.*, 2012: cuadros 1 y 2).

En una serie de extensos estudios longitudinales se ha constatado que el desempleo produce muertes de más, aun cuando se controlan los resultados con referencia al uso de paliativos para el estrés, como el alcohol y el tabaco, así como al estado de salud previo al desempleo (por ejemplo, Bethune, 1997; Gerdtham y Johannesson, 2003; Moser *et al.*, 1994; Nylén *et al.*, 2001). Hasta las esposas de los hombres desempleados fueron empujadas a la tumba antes que otras mujeres casadas (Moser *et al.*, 1994). Una de las consecuencias más nefastas que ha causado la actual crisis financiera es la generación de desempleo masivo. La megalomanía de unos pocos cientos de banqueros temerariamente especuladores ha arrojado al desempleo a millones de trabajadores. Desde principios de 2008 hasta enero de 2013, los desempleados de la UE aumentaron en ocho millones hasta alcanzar los veintiséis millones, mientras la correspondiente cifra de Estados Unidos crecía en 4.6 millones hasta un total de trece millones. ¿Cuántos de esos desempleados morirán a una edad prematura? Aún no lo sabemos, pero es probable que se cuenten por decenas de miles. En el Tribunal Internacional de La Haya se condena a personas por "crímenes contra la humanidad" que han tenido menores dimensiones letales.

El nivel educativo es en cierto sentido el instrumento más nítido y comparable para medir la desigualdad social de muerte prematura entre los adultos. Si bien no explica por sí mismo la mortalidad —aunque sí indica efectos vitalicios de las experiencias infantiles y juveniles, tema que retomaremos más adelante—, es relativamente preciso e internacionalmente comparable, además de que pone en evidencia un factor importante: la configuración temprana de las chances vitales. El nivel educativo

es a menudo más potente que el ingreso o la riqueza. Por ejemplo, en Estados Unidos, un hombre blanco con estudios universitarios completos tiene a los 50 años de edad seis años más de vida por vivir que otro con estudios universitarios incompletos. La riqueza del quintil más alto brinda a sus integrantes un premio de cuatro años adicionales; el empleo de tiempo completo, 3,4 años más de vida que el desempleo; y el matrimonio otorga una ventaja de 2,5 años de vida (Pijoan-Mas y Ríos-Rull, 2012). Un reciente estudio europeo sobre mortalidad también llegó a la conclusión de que el nivel educativo (estratificado en tres etapas) arroja diferencias más grandes que la comparación entre ocupación manual y no manual. La salud autoevaluada, por otra parte, evidenció diferencias más contundentes según el ingreso, especialmente en Inglaterra y en Noruega (Mackenbach *et al.*, 2008: 2473, 2477).

¿En qué parte de Europa se registra la mayor desigualdad de vida y muerte? Un equipo de investigación holandés, de la Universidad Erasmus, brinda una respuesta con referencia a las tasas de mortalidad (estandarizadas) entre los 30 y 74 años durante la década de 1990. La respuesta es: Europa Oriental Central (Rusia y Ucrania no estaban incluidas). En comparación con las personas que completaron su educación terciaria, las muertes antes de los 75 años calculadas anualmente cada cien mil habitantes entre quienes solo accedieron a la educación primaria fueron 2.580 más en Hungría, 2.539 más en Lituania, 2.349 más en Estonia, 2.192 más en Polonia y 2.130 más en la República Checa. En lo que se entiende convencionalmente por Europa Occidental, Finlandia exhibió la pendiente más pronunciada de desigualdad, con 1.255 muertes adicionales por año entre las personas con bajo nivel educativo; Francia tuvo 1.042; Suiza, 1.012, e Inglaterra *cum* Gales, 862. La menor desigualdad letal se encontró en Suecia —con 625 muertes excedentes— y en algunas zonas de España (desde 384 en el País Vasco hasta 662 en Barcelona), así como en la ciudad italiana de Turín (639). Los datos indicados más arriba son para la población masculina; las muertes de mujeres exhiben similares patrones sociales y nacionales, pero los diferenciales son menores, por debajo de la mitad del promedio masculino. En la rama femenina, las mujeres nórdicas son relativamente más desiguales que los hombres. Las mujeres suecas son más desiguales que las francesas y las suizas; las noruegas y las danesas son más desiguales incluso que el promedio europeo, mientras que las finlandesas, en contraste con sus compatriotas de

sexo masculino, se encuentran por debajo del promedio europeo registrado en el estudio (Mackenbach *et al.*, 2008: cuadro 2).

No solo la muerte les llega más temprano a los pobres y a los menos instruidos. Las dolencias crónicas comunes también empiezan con bastante anterioridad, si es que llegan. En una investigación estadounidense se constató que diversas enfermedades cardiovasculares, la diabetes y la enfermedad pulmonar crónica afectan a las personas con ocho años de educación formal entre cinco y quince años antes que a quienes cursaron al menos dieciséis años en instituciones educativas (Elo, 2009: 557 y ss.). Un estudio sobre las posibilidades de vivir desde los 25 a los 75 años de edad sin enfermedades de larga duración en Finlandia y en Noruega determinó que, además de enfrentar un mayor riesgo de muerte, los hombres de nivel educativo básico padecían enfermedades prolongadas durante siete a ocho años más (de los cincuenta años comprendidos entre esas edades) que sus compatriotas con estudios superiores. Las mujeres de bajo nivel educativo podían esperar al menos cinco años más de mala salud (Sihvonen, 1998: cuadro 3).

La desigualdad mundial ofrece perspectivas muy diferentes a los recién nacidos, no solo en cuanto a los caminos que pueden seguir durante la vida sino también en lo concerniente a la supervivencia. La mortalidad infantil (menores de 1 año) y la mortalidad de menores de 5 años están descendiendo en el marco de lo que tal vez pueda considerarse el mayor éxito del desarrollo en años recientes. No obstante, en 2010, aproximadamente un niño de cada nueve murió en África (promedio subsahariano) antes de los 5 años, y más de uno de cada seis en las zonas más desaventajadas del mundo, como Angola, Chad y el Congo. En las partes más seguras del mundo rico (países nórdicos, Japón, Singapur), este destino aguarda hoy en día a tres niños de cada mil. La ratio entre los mejores y los peores países del mundo en lo referente a la supervivencia de los niños hasta los 5 años de edad asciende actualmente a 60:1.

Huelga decir que dentro de cada país hay vastas diferencias entre las chances de supervivencia infantil, según cuál sea el nivel educativo de la madre, el ingreso parental o la región. En Brasil, durante la década de 1990, el hijo de una madre con doce años de estudios tenía una chance diez veces mayor de sobrevivir hasta su primer cumpleaños que el hijo de una madre analfabeta (Therborn, 2011: 150). En Nigeria, alrededor del año 2000, aproximadamente doscientos niños más de cada mil morían

antes de los 5 años en el quintil más pobre de la población en comparación con el quintil más rico. En varios otros países africanos, así como en Colombia y en la India, el diferencial alcanzaba unos cien de cada mil. El diferencial bangladesí y paquistaní de mortalidad antes de cumplir los 5 años ascendía aproximadamente a la mitad del indio (datos de 1996-2004, Houweling y Kunst, 2009: figura 1).

La brecha en la esperanza de vida entre el grupo de los países ricos y los países menos desarrollados era de 27 años en 2010; entre países individuales —Sierra Leona y Japón— llegó a los 46 años. Dentro del grupo de países ricos, cabe destacar que la esperanza de vida en Estados Unidos, de 78 años, se encuentra por debajo del nivel promedio de los países ricos, que llega a los 80, y es un año menor que la de Cuba (UNICEF, 2012: cuadro 1). La tasa de mortalidad infantil en Estados Unidos supera el promedio de la OCDE,[3] mientras que la tasa de Washington está nivelada con la de Rumania y es más alta que la de Rusia (CRS, 2012: figura 1; UNICEF, 2012: cuadro 1).

La fuerza letal de la desigualdad no solo golpea a los pobres y poco instruidos. También marca divisorias de aguas entre los ricos, los famosos y los más instruidos. El epidemiólogo británico Richard Wilkinson (1996, 2005) lanzó en los años noventa una provocativa hipótesis, según la cual la desigualdad (económica) surte efectos negativos también en la vida y la muerte de quienes no se encuentran en el fondo del pozo. La argumentación empírica de Wilkinson y sus seguidores suscitó feroces batallas metodológicas porque se basaba en gran medida en estudios zonales, desde países ricos hasta barrios estadounidenses. La controversia todavía no está saldada: las sendas causales permanecen excesivamente oscuras y lo que se juega desde el punto de vista ideológico es demasiado para permitirlo. Pero la hipótesis de Wilkinson sigue encontrando respaldo, y

[3] La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, con sede en París, nuclea a los países más desarrollados del mundo. Durante mucho tiempo estuvo integrada por Europa Occidental, Estados Unidos, Japón y Oceanía, pero recientemente se expandió para incluir también a Chile, México y algunos países de Europa Oriental, como Polonia y Hungría, además de Israel y Turquía. Es importante principalmente como generadora de datos y análisis socioeconómicos, así como por la difusión de ideas sobre distintos temas, desde la administración pública con orientación de mercado hasta el cuidado infantil y la organización del mercado laboral. En tiempos recientes ha dedicado esfuerzos significativos al análisis de la desigualdad económica y a la concientización sobre este problema.

en este sentido cabe mencionar en particular una investigación estadounidense en gran escala basada en datos individuales sobre privación relativa del ingreso —en comparación con otros habitantes del mismo estado, la misma edad, la misma raza e igual nivel educativo— y, por otra parte, la probabilidad individual de muerte y salud informada por los participantes. En dicho estudio, Eibner y Evans (2005) hallaron que la privación relativa reduce la salud e incrementa las posibilidades de muerte. (La privación relativa es una medida individual —A está en peores condiciones que B y C—, mientras que la desigualdad es una medida grupal que toma a A, B y C en conjunto: a mayor desigualdad, mayor privación relativa.)

Los actores y actrices que ganan un Oscar superan en más de tres años la longevidad de los nominados que no ganaron (Redelmeier y Singh, 2001). Y los científicos distinguidos con el Premio Nobel viven en promedio más años que sus colegas: así se ha constatado en un sofisticado estudio sobre los galardonados en Química y Física durante la primera mitad del siglo XX (Rablen y Oswald, 2008).

La evidencia empírica es indiscutible: la desigualdad mata. La desigualdad de estatus acorta la vida de los desigualados hasta en los parnasos del cine y la ciencia. Sin embargo, los mecanismos psicosomáticos que enlazan el estatus social con la salud y la longevidad todavía no han sido muy explorados ni comprendidos (véase Wolfe *et al.*, 2012).

Vidas atrofiadas

El retraso en el crecimiento es en primer lugar un indicador de subalimentación infantil. Técnicamente, en las estadísticas internacionales, se refiere a niños con una estatura menor en más de dos desviaciones estándar con respecto a la altura media para su edad de acuerdo con las normas de la OMS. Se trata de una condición con consecuencias vitalicias. Casi la mitad de los niños indios menores de 5 años la padecen, al igual que casi el 40% de los niños de África Subsahariana y de Indonesia. El retraso en el crecimiento también afecta aproximadamente a un tercio de los niños vietnamitas, un cuarto de los sudafricanos y un sexto de los mexicanos, pero solo a un décimo de los chinos y al 7% de los brasileños. El fenómeno está ausente en los países europeos poscomunistas, así como en el mundo rico (UNICEF, 2012: cuadro 2). Por lo que se sabe sobre el

desarrollo de los niños en los países ricos (por ejemplo, Milburn *et al.*, 2009: 28 y ss.) —es decir, sobre los efectos vitalicios, incluso transgeneracionales, de las privaciones infantiles—, esta malnutrición masiva causará a todas luces un impacto tremendo en el desarrollo humano del sur y el sudeste de Asia, así como en África. Pero al parecer, lo que se sabe es muy poco.

De más está decir que los niños con retraso en el crecimiento son un producto de la desigualdad, tanto intra-nacional como inter-nacional. En el sur y el sudeste de Asia, los niños que padecen esta condición representan casi el 60% del total en el quintil más pobre de la población, pero también alcanzan un pasmoso 40% en el quintil más rico (o mejor dicho, el menos pobre). En el África Subsahariana, la misma medición arroja entre cerca del 45% y el 28% de niños con retraso en el crecimiento. Un tercio de los niños latinoamericanos pertenecientes al 40% más pobre de la población padecieron retraso en el crecimiento en la década pasada (Houweling y Kunst, 2009: figura 4; los datos se refieren a 1990-2004).

En algunas partes de la India, la gente está encogiéndose —literalmente— en medio del bombo publicitario liberal sobre la nueva clase media y los sueños nacionalistas del "resplandor indio". Desde mediados de los años ochenta hasta mediados de la década de 2000, la estatura promedio a la edad de 20 años disminuyó tanto entre los hombres como entre las mujeres en los estados de Delhi, Haryana y Panyab. En los grandes estados de Uttar Pradesh (166 millones de habitantes en 2001), Bihar (83 millones) y Madhya Pradesh (60 millones), solo las mujeres se achicaron, mientras que los hombres crecieron en altura. En los estados donde a lo largo de las últimas décadas crecieron tanto los hombres como las mujeres, los hombres siempre crecieron más: en Bengala Occidental y en Hichamal Pradesh, aproximadamente un centímetro por década (Deaton, 2008: cuadro 2). Conviene recordar que la estatura es un importante criterio indio de belleza. Sé de matrimonios concertados que no llegaron a buen puerto porque al novio (a su familia) le pareció que la novia era demasiado baja.

Al menos dentro de cierto margen de variación, la estatura es impulsada por los mismos procesos biológicos que rigen el crecimiento cerebral. Según estudios británicos y estadounidenses (Case y Paxson, 2008), los niños más altos obtienen mejores resultados que los más bajos en exámenes cognitivos desde la edad de 3 años. También hay una

correlación positiva entre la altura en la infancia y los ingresos en la edad adulta, aunque es probable que ello se deba en parte a la transmisión generacional de oportunidades económicas por clase social, de una persona de clase alta que recibió una buena alimentación al principio de su vida —tanto en el útero como en la niñez— a su descendencia.

Las vidas también se atrofian a causa de la malnutrición social. El sistema de castas, la misoginia y el racismo atrofian la vida de los "intocables" y las castas bajas, de las niñas y las mujeres, de los grupos étnicos estigmatizados.

La vida de los *dalit* ha experimentado una enorme mejora desde la independencia india. Pero apenas una generación atrás, si hubiéramos sido "intocables", no habríamos podido utilizar la tienda, el templo o el pozo del pueblo. Y la exclusión económica continúa siendo una regla hoy en día (véanse Sharma, 1994; Thorat y Newman, 2010). Asimismo, si por entonces hubiéramos sido negros de Estados Unidos, no habríamos podido registrarnos en un hotel común ni comer en cualquier restaurante.

Si hoy fuéramos una niña rural del norte de la India o del Sáhel africano, aún no podríamos abrigar la esperanza de vivir un período de juventud, ya que deberíamos pasar de una infancia severamente patriarcal al matrimonio con un desconocido al menos diez años más viejo. Alrededor del año 2000, más de la mitad de las niñas surasiáticas de las zonas rurales fueron casadas por su familia antes de cumplir los 18 años; en el África Subsahariana rural, casi la mitad corrió esta suerte (UNICEF, 2006: 48). En muchos países africanos y algunos asiáticos, es el marido quien toma por su cuenta las decisiones sobre la salud de la esposa: así lo ha reportado el 73% de las mujeres nigerianas, el 48% de las bangladesíes y el 41% de las egipcias (UNICEF, 2007: 18).

Nuestra vida puede atrofiarse sistemáticamente por el solo hecho de pertenecer a la "raza" o la etnia incorrectas; ese era el caso de quienes no eran blancos en la Sudáfrica del *apartheid* y es la situación de quienes no son judíos en la Palestina actual, siempre sometidos a humillantes retenes, severas restricciones a los viajes y el constante riesgo de sufrir un encarcelamiento arbitrario o bombardeos terroristas.

Aun cuando no haya de por medio un sistema de castas, racismo o sexismo, cientos de millones ven sus vidas atrofiadas por la extrema pobreza y el desempleo crónico. Es la perspectiva de esta atrofia lo que impulsa a tantos a correr el riesgo de perder su única vida en el intento de

entrar ilegalmente a Estados Unidos, Europa, Australia o los enclaves ricos de Asia.

La vida de los niños también se atrofia en los países ricos, y no por subnutrición fisiológica sino por los efectos aún poco claros de la desigualdad parental. Las encuestas nacionales estadounidenses de la última década demuestran que, cuanto más bajo es el ingreso de los padres, peor es la salud de los hijos, ya se mida en chequeos médicos generales, limitaciones a la actividad, ausencias en la escuela por enfermedad, visitas a la guardia de emergencia o días de internación hospitalaria. Sin embargo, no se observó un gradiente de ingresos con respecto a heridas, intoxicación o asma. Los efectos de los ingresos parentales se han medido desde los 2 años del hijo, y se ha comprobado que los diferenciales aumentan con la edad (Evans *et al.*, 2012: 5 y ss.). Los efectos vitalicios de la desigualdad en la infancia temprana han salido a la luz en estudios británicos que siguieron la vida de cohortes nacidas en las décadas de 1930 y 1940, y detectaron impactos en los ingresos, en la salud somática y psíquica, así como en la esperanza de vida (*ibid.*: 26 y ss.).

En los obituarios dedicados a Margaret Thatcher en 2013, se omitió en general uno de sus logros más importantes: la triplicación de la pobreza infantil en el Reino Unido, que pasó del 7% en 1979 al 24% en 1992 (aquí el umbral de pobreza se sitúa en los hogares que no llegan a la mitad de la mediana de ingresos por hogar, una vez pagados los costos de la vivienda). Fue un logro perdurable: aunque declinó a partir del gobierno de Blair, la pobreza infantil del Reino Unido nunca ha vuelto a aproximarse a los valores previos a la elección de Thatcher. En 2010-2011 se situaba en el 17%, y su modesto descenso exhibe la proyección de revertirse a un incremento hasta 2020 (DWP, 2012: cuadro 4.1, tend.; Brewer *et al.*, 2011).

Un reciente obsequio funesto que nos han dejado los banqueros europeos y estadounidenses es el efecto del desempleo parental —causado por la explosión de las burbujas financieras— en la educación de los hijos. En un estudio suizo se halló una "fuerte correlación" entre el desempleo de los adultos y el fracaso de los niños en la escuela, más fuerte aún que la relación con los antecedentes inmigrantes.[3]

[3] *Dagens Nyheter*, 26 de marzo de 2013, disponible en línea: <www.dn.se>. A menos que se aclare otra cosa, todos los sitios de Internet que se citan aquí fueron consultados por última vez el 26 de marzo de 2013.

Allá por la década de 1970, y hasta ya bien entrada la década de 1980 en algunos países, surgió un movimiento por la "humanización del trabajo" que incluía estudios de medicina social sobre el trabajo, el estrés y la salud. Uno de los hallazgos más significativos de estos estudios fue la importancia crucial de la exigencia y el control. La combinación de altas exigencias laborales —velocidad, precisión, atención constante o esfuerzos arduos— con un control escaso o nulo de la situación laboral propia auguraba un severo desgaste de la salud, tanto somática como psíquica (Karasek y Theorell, 1990). Y las recompensas bajas por grandes esfuerzos también encerraban el peligro de causar futuros daños graves a los afectados. La conclusión de este movimiento por la humanización fue un llamado a incrementar el control y la influencia de los trabajadores en el lugar de trabajo, ideas que hoy, bajo la égida de la "empleabilidad" y la "flexibilidad" laboral, han quedado tan distantes como el socialismo, excepto para la creativa industria de la tecnología informática.

En Rusia, la sensación mayoritaria de impotencia ante el proceso de cambio sistémico, sumada a la desaprobación del nuevo régimen económico que se instalaba durante la transición al capitalismo, parecen haber sido una de las causas del súbito aumento en la mortalidad y la mala salud autoevaluada de los habitantes durante los años noventa (Marmot y Bobak, 2000: 130, 139 y 140).

Estos factores estresantes de la exigencia y el control ejercidos desde arriba se institucionalizan en jerarquías. Ello explica los notables resultados de un extenso estudio longitudinal sobre todos los empleados de Whitehall —la sede del gobierno central de Gran Bretaña—, desde los porteros y recaderos hasta los más altos funcionarios ministeriales. La mortalidad antes de la edad de jubilación formaba la misma escalera que la burocracia, incluso después de que se hubiera tomado en cuenta el tabaquismo y otros factores de riesgo: los de abajo morían primero; los de arriba morían últimos (o bien, mejor dicho, tenían mayores probabilidades de sobrevivir hasta la vejez) (Marmot, 2004: cap. 2 y *passim*).

El retrato de la desigualdad acotado a una foto del uno por ciento más rico contra el resto del mundo se acerca más a la Disneylandia del Tío Rico Mc Pato que a las crudas realidades de la vida humana en el marco de las desigualdades contemporáneas.

2. Tras las puertas de la exclusión

Ahora que en la estela de la crisis financiera ha surgido una preocupación generalizada y salpicada de ocasionales escándalos por los exorbitantes salarios y bonificaciones de los ejecutivos, un igualitario serio e independiente debería tratar de dilucidar qué es exactamente lo que tienen de malo, si es que lo tienen, las enormes diferencias de ingresos y riquezas. ¿Acaso el ciudadano medio ha caído presa de la envidia (un sentimiento que suele percibirse más cercano al vicio que a la virtud)? ¿Y cómo se relaciona esta súbita indignación por los salarios ejecutivos con la ausencia de un clamor general contra las vastas sumas que se embolsan las celebridades del deporte y el entretenimiento, generalmente veneradas por los medios populares, en particular por las páginas deportivas?

El "sentido común" predominante no debería ser desechado a la manera en que suele hacerlo la típica arrogancia del privilegio. Sin tratar de leer la mente del ciudadano medio, advertimos una diferencia obvia entre las celebridades, por un lado, y los banqueros y ejecutivos, por el otro: las primeras le dan algo a su público. Las celebridades aparecen como inofensivas mariposas cuyo indulgente estilo de vida brinda un goce indirecto a sus admiradores. Pero los capitanes de las finanzas y el resto de la economía no nos entretienen: nos dominan.

Además, las mariposas-celebridades son más bien escasas. En Estados Unidos representan apenas el 3% de la milésima parte (0,1%) que se apropia de las mayores rentas. Los ejecutivos empresariales no financieros ascendían al 41% en 2004, mientras que los ejecutivos y gerentes financieros conformaban el 18% (Hacker y Pierson, 2010: 46).

La desigualdad siempre implica excluir a alguien de algo. Cuando no mata gente o atrofia la vida de las personas —literalmente—, la desigualdad significa exclusión: excluir a muchos de las posibilidades que ofrece el desarrollo humano. La exclusión tiene dos puertas principales en la sociedad humana. Una se cierra en la cara de los pobres, condición que toma diferentes formas —por ejemplo, no es igual en el Reino Unido que en la India— pero tiene un significado social universal: ser pobre significa que uno carece de los recursos necesarios para participar (plenamente) en la vida cotidiana que lleva la mayoría de sus conciudadanos.

La otra puerta de la exclusión se cierra entre la elite y el resto de la gente. En los regímenes capitalistas, es el 0,1%, el 1% o a lo sumo el 5% más rico el que deja afuera al resto. En las dictaduras basadas en el poder estatal, la "elite" puede ser un "círculo interno" minúsculo alrededor del dictador, o bien el escalafón superior de una organización jerárquica, como en los Estados regidos por un partido comunista. En ambos casos, esta segunda puerta crea una división entre los comandantes y los comandados, entre los que hacen las políticas y los que las reciben. Cuanto más ancha es la brecha entre el 1% y el 99%, más gruesa es la puerta de la exclusión, y más se distorsionan la cooperación y la interdependencia humanas en beneficio del primer grupo.

El problema cardinal de la desigualdad económica radica en sus efectos de división social, despilfarro económico y distorsión política en forma de dictocracia.* La desigualdad de recursos desgarra a las sociedades y las convierte en lo que Benjamin Disraeli (como novelista más que como político) alguna vez llamó "las dos naciones": los ricos y los pobres. De este modo, el espacio social para el desarrollo humano se escinde y se restringe, sobre todo a costa de los desaventajados, por supuesto, pero no solo de ellos. En segundo lugar, la desigualdad de propiedad o control de los recursos económicos, o bien de acceso a ellos, implica que el producto de una sociedad queda en manos de unos pocos privilegiados que pueden derrocharlo fácilmente. En tercer lugar, la desigualdad de recursos económicos y su utilización política han refutado los temores que sentían los liberales decimonónicos ante la democracia: el miedo de que el poder ciudadano usurpara la propiedad privada. Lejos de ello, son los grandes

* En inglés, *dictat-ship*. Al final del capítulo, el autor explica este neologismo y su diferencia con el término "dictadura" (en inglés, *dictatorship*). [N. de la T.]

propietarios quienes han podido dictar la mayor parte del tiempo y en la mayoría de los países lo que calificaron de "buena política económica".

DIVISIÓN

La desigualdad de recursos abre un abismo entre las personas. En 2012, el libro *Coming Apart* [Desintegración], de Charles Murray, lanzó en Estados Unidos un dramático clamor acerca de esta situación: "Nuestra nación está descosiéndose, pero no por las costuras étnicas sino por las costuras de clase" (Murray, 2012: 269). Este *best seller*, extremadamente interesante y original, también es significativo porque agrega una nueva perspectiva sobre la desigualdad. Su autor, un intelectual conservador y académico independiente, no es precisamente conocido por su igualitarismo sino más bien todo lo contrario. En vena comunitaria, Murray se preocupa por la segregación y la grieta cultural que se abre en la sociedad estadounidense, en primer lugar entre la clase profesional y gerencial con estudios universitarios, por un lado, y la clase trabajadora que a lo sumo ha obtenido un diploma secundario, por el otro. Al demostrar cómo la brecha entre ambas clases se ha ensanchado y profundizado hasta el abismo desde principios de los años sesenta, Murray se enfoca en las clases blancas a fin de subrayar su análisis basado en el parámetro de la clase social. Sus principales campos empíricos son el matrimonio y la familia, el trabajo y la participación en la fuerza laboral, el delito, el compromiso cívico-social y la religión: todos los campos en los que ambas clases se han escindido hasta formar dos mundos aparte.

Lo que nos interesa en el contexto de este libro son las descripciones de Murray, relevantes, perspicaces y bien documentadas: no necesitamos preocuparnos por la flaqueza de sus explicaciones y soluciones. En calidad de moralista conservador, Murray tiende a sustituir la explicación social por la culpa moral, retratando este desarrollo de los acontecimientos como un efecto de la contracultura profana de los años sesenta, la degeneración moral de los pobres y el hecho de que la clase alta, esforzada y moral, no predique lo que practica. Tras lanzar la típica embestida de la derecha estadounidense contra los Estados de bienestar europeos, Murray deposita su esperanza en un nuevo "despertar" religioso. No obstante la estridencia ideológica de este autor, su gráfica descripción de un país

escindido por la clase social es la imagen actual más vívida disponible de los efectos divisorios que causa la desigualdad de recursos.

Otra manifestación contundente es la polarización de las ciudades que hizo eclosión en las últimas dos décadas del siglo pasado. Por un lado se observa el crecimiento vertiginoso de los barrios privados, que a veces llegan a formar ciudades enteras, como Alphaville en San Pablo o Nordelta en las afueras de Buenos Aires: las así llamadas "comunidades valladas" (véase Paquot, 2009). De comunidad suelen tener muy poco; más bien son recintos cerrados donde se aíslan los privilegiados dejando afuera a los plebeyos. El concepto se desarrolló en el oeste de Estados Unidos, pero la práctica ahora se ha extendido por fuera de las zonas aún relativamente igualitarias de Europa Central-Occidental y el nordeste de Asia. He constatado personalmente la masiva extensión de estas áreas urbanas cerradas en lugares como Manila, Bogotá, México, San Pablo y —desde los *années folles* de la década del noventa— la Buenos Aires neoliberal. El fenómeno equivale a una suerte de *apartheid* social.

Por el otro lado observamos la producción de lo que Loïc Wacquant (2008) denominó "marginalidad avanzada": vertederos de "parias urbanos" que han sucedido y remplazado a los guetos negros estadounidenses y los barrios obreros europeos de mediados del siglo XX. A pesar de sus numerosas desventajas, aquellos guetos y barrios albergaban a trabajadores industriales con empleo —en los guetos estadounidenses solían incluir también a una clase media étnica— y tenían su propia cultura colectiva: en Estados Unidos, la multifacética cultura negra *soul*; en Europa, la rica cultura comunitaria del movimiento obrero. Un buen ejemplo de lo que señala Wacquant es el proceso que se puso en marcha en los suburbios obreros de Buenos Aires a lo largo de los años noventa y siguió durante el derrumbe del experimento neoliberal, entre 2001 y 2003.

Esta polarización extrema no es el único partido que se juega en las grandes ciudades. También hay intentos heroicos de revitalizar ciudades industriales en decadencia, e incluso en proceso de contracción; pero una y otra vez estos intentos terminan por producir poco más que nuevos enclaves de privilegio en medio de una continua disolución social, impulsada por la fuerza inexorablemente desigualitaria de distanciación y exclusión que ejerce el capitalismo financiero contemporáneo.

Pero eso no es todo: a medida que el mundo adquiere una mayoría urbana por primera vez en la historia, las ciudades devienen en concentraciones

de la desigualdad. La desigualdad del ingreso entre los residentes de las principales ciudades sudafricanas, lideradas por Johannesburgo, alcanza un valor de 75 en el coeficiente de Gini (ONU Hábitat, 2008: 72), un poco por encima del promedio estimado de desigualdad entre todos los hogares del planeta: alrededor de 70 en 2008 (Milanovic, 2012: 8). Muchas grandes ciudades son más desiguales que el país del que forman parte, como Johannesburgo y Tshwane en Sudáfrica, Brasilia, Ciudad de México, Buenos Aires, Nueva York y Washington. Por otra parte, en Tokio y en Europa en general, la desigualdad de las ciudades se aproxima al patrón nacional. Y de acuerdo con ONU Hábitat, la desigualdad de Beijing asciende a apenas la mitad de la que se registra en el país entero (ONU Hábitat, 2008: 63 y ss.).

También existe lo que podríamos llamar "efecto de incomprensión María Antonieta". De acuerdo con la tradición revolucionaria francesa (tal vez apócrifa), la reina María Antonieta, al oír que los habitantes de París pedían pan, les preguntó a sus cortesanos: "¿Y por qué no comen torta?".

Una buena ilustración del efecto María Antonieta es una legislación reciente (noviembre de 2012) que introdujo el gobierno burgués de Suecia. El país ha quedado rezagado en los recientes exámenes PISA[1] de rendimiento escolar debido a que el estrato más bajo de los alumnos suecos obtiene peores calificaciones que antes. La respuesta del gobierno sueco —que representa a la clase media alta— consistió en ofrecer un descuento impositivo a los padres que contraten a alguien para que ayude a sus hijos a hacer la tarea. He ahí el consejo al estilo María Antonieta que da el gobierno de Suecia a los desempleados nativos y a los numerosos inmigrantes que hacen tareas de limpieza o trabajan como asistentes paramédicos, cuyos hijos experimentan dificultades en el marco de la actual enseñanza "empresarial" y la división entre escuelas privadas y públicas: "Contraten a un ayudante para las tareas escolares y llenen el formulario para acceder a una reducción impositiva". Una ventaja adicional que brinda esta política de subsidiar el privilegio educativo de la clase media es el hecho de que la ayuda subsidiada para las tareas escolares está convirtiéndose en un negocio lucrativo que emplea a estudiantes

[1] El Programa Internacional de Evaluación de los Alumnos (PISA, por sus siglas en inglés), una evaluación comparativa recurrente de la competencia educacional de los estudiantes de 15 años, lanzado por la OCDE en 1997.

universitarios. No solo se refuerza el privilegio educativo general de la clase media, sino que también una sección de esa clase media lucra con el dinero de los contribuyentes.

Y cuanto más difieren los ricos del resto de nosotros, más riguroso y desconsiderado puede esperarse que sea el dominio que nos imponen. Ya oímos cómo el candidato del capital, en las últimas elecciones de Estados Unidos, decía ante sus pares del *country club* que no tenía nada para ofrecerle al 47% inferior de la población.

Tal como hace casi dos siglos señaló Alexis de Tocqueville ([1856] 1966: especialmente cap. 8) desde la perspectiva de un aristócrata liberal que reflexionaba sobre la Revolución Francesa antiaristocrática, el *apartheid* social que ejercen los privilegiados es una práctica social propensa a engendrar un "indomable odio a la desigualdad", con las consecuentes rebeliones y revoluciones. No cabe la menor duda de que esta no es la senda hacia un gobierno eficiente y estable de la sociedad.

Un efecto muy bien documentado del desgarramiento de los tejidos sociales es la siembra de temor y desconfianza, sentimientos que están lejos de beneficiar el desarrollo de la sociedad. Las ciencias sociales han comprobado de manera fehaciente que la desigualdad engendra desconfianza (Uslaner, 2002; Rothstein y Uslaner, 2005). Si bien la correlación no es tan nítida como la que se refleja en las escalas exactamente paralelas de la jerarquía administrativa y la muerte prematura en la sede gubernamental de Whitehall (véase el capítulo 1 de este libro), se han hallado grandes diferencias internacionales, fuertemente correlacionadas con la desigualdad del ingreso, en lo que concierne al predominio de la confianza en los demás. En los países escandinavos, dos tercios de la población creen que "la mayoría de la gente es confiable"; en Brasil, solo el 3% suscribe esta creencia; en Sudáfrica, el 12%; en Gran Bretaña, el 30%, y en Estados Unidos, el 36% (Inglehart y Norris, 2004: cuadro A165).

La desconfianza y el miedo a los demás representan un costo social. Allí donde abundan estos sentimientos, la cooperación necesaria requiere salvaguardas adicionales que implican gastar más recursos en guardaespaldas y medidas de seguridad. En Bogotá, capital de uno de los países más desiguales del mundo, aproximadamente un décimo de la población económicamente activa trabaja en el área de vigilancia y seguridad. Sin embargo, un analista —en contraste con un predicador— debería señalar que las sociedades capitalistas ricas de hoy necesitan menos

cooperación que en el pasado, proceso que sostiene la división social en curso.

Ahora se necesita menos cooperación nacional. Han regresado los ejércitos mercenarios que caracterizaron la era del absolutismo monárquico para remplazar a los ejércitos de conscripción ciudadana que introdujeron los clásicos Estados nación de la modernidad. Hoy los bombardeos de los medios masivos, los cuadros profesionales de las ONG y las campañas pasajeras de Facebook pueden anular —y anulan— la influencia de las organizaciones cívicas colectivas. La solidaridad barrial se necesita menos frente a la asistencia social profesional y las intervenciones de los trabajadores sociales.

Cuadro 1. *Asesinatos por regiones del mundo. Homicidios cada cien mil habitantes, circa 2010*

África Meridional	30,5
América Central	28,5
África Oriental	21,9
África Central	20,8
América del Sur	20,0
Caribe	16,9
África Occidental	15,4
[...]	
Europa Oriental	6,4
[...]	
América del Norte	3,9
[...]	
Asia Oriental	1,3
Europa Occidental	1,0
Mundo	6,9

Fuente: UNODC, disponible en línea: <www.unodc.org>.

Pero las catástrofes siguen acaeciendo, y es entonces cuando sale a la luz la fragilidad o la resiliencia de la organización social colectiva, como ocurrió en Nueva Orleans en 2005 y en Nueva York/Nueva Jersey en 2012, respectivamente, o como se observa en la diferencia entre los efectos

dañinos que causa cada estación de huracanes en Haití, por un lado, y en Cuba, por el otro. Los desafíos ambientales urbanos y planetarios están incrementando la necesidad de la colaboración social.

La división social también implica violencia social. Las zonas del mundo donde se cometen más asesinatos son las regiones más desiguales (véase el cuadro 1). Entre los países más grandes, los que registraron mayor cantidad de homicidios fueron: Sudáfrica, con 32 homicidios cada cien mil habitantes; México, con 23; Brasil, con 21; Nigeria, con 12; Rusia, con 10. Estados Unidos tuvo 4,8; la India, 3,4; el Reino Unido, 1,2; China, 1,0 y Japón, 0,4. Bajo la asiduidad de la violencia letal es esperable encontrar configuraciones causales complejas, incluyendo, entre otras, la importancia del narcotráfico, la fortaleza y el patrón del crimen organizado, las tradiciones de control social y la eficacia de los Estados. La división social fruto de la desigualdad económica es un factor decisivo en estas constelaciones.

Despilfarro

Para nosotros los contemporáneos, algunos ejemplos del despilfarro más exorbitante han devenido, milenios o medio milenio más tarde, en experiencias estéticas o incluso turísticas, como el ejército de terracota y la ciudad funeraria subterránea de Chang'an, las pirámides de Guiza, el Taj Mahal de Agra: todos ellos monumentos a la muerte. Sin embargo, los financistas que hacia el año 2000 se convirtieron en los "amos del universo", con todo su autoindulgente dispendio, parecen no haber dejado nada de interés para los arqueólogos y turistas del año 2500.

El despilfarro de recursos económicos, que extingue su uso productivo, es una cuestión que ha pasado a conocimiento público a raíz de las historias de terror que se contaban sobre el mundo en "desarrollo"; por ejemplo, el Zaire del comandante Mobutu, el Imperio centroafricano del emperador Bokassa —ambos ávidamente cortejados por los líderes políticos estadounidenses y franceses, respectivamente— y despilfarros menos extravagantes aunque no menos devastadores en el seno de muchas economías políticas basadas en la renta: Nigeria, Angola, Guinea Ecuatorial y otras, incluida la Rusia poscomunista y sus oligarcas. El despilfarro idiosincrático en proyectos de gloria y prestigio, con la concomitante

subinversión en infraestructura, educación y capacidad productiva, es un riesgo constante en las sociedades asoladas por la desigualdad, tanto en materia de poder como de recursos económicos.

Pero las desigualdades difieren. Los jeques del Golfo han adoptado cierta norma aristocrática de *richesse oblige*, y muchos magnates estadounidenses, desde los Rockefeller hasta Bill Gates, se han embarcado en generosos emprendimientos filantrópicos, por lo general después de haberse entregado a implacables prácticas de acumulación. No obstante, la obstrucción a los planes que había propuesto Obama al principio de su gobierno en el intento de alcanzar el nivel de la infraestructura china y la educación europea no elitista, coincidente con el pleno apoyo de la elite político-económica a la expansión de las guerras y los gastos militares, demuestran que la diferencia entre la desigualdad estadounidense y, por ejemplo, la rusa y la nigeriana es una mera e imprecisa cuestión de grado. En comparación con los 4.700 millones de dólares anuales que gasta el Pentágono en relaciones públicas —un sector que emplea a 27.000 personas—,’ la coronación del emperador Bokassa en 1977 fue una ganga: un evento aislado que costó apenas 20 millones de dólares en la cotización de los años setenta.

En tiempos recientes, las guerras que desató Estados Unidos en Iraq y Afganistán con el apoyo del Reino Unido constituyen un gigantesco despilfarro de recursos públicos a manos de una elite implacable y privilegiada. Ambas fueron guerras "por elección", tal como señalaron sus protagonistas más inteligentes: el columnista de *The New York Times* Thomas Friedman en su campaña a favor de la guerra de Iraq y Barack Obama en su iniciativa de escalar la guerra de Afganistán. Las elites pueden permitirse estas guerras por elección, que se pagan con dinero público o deuda pública, ofrecen pingües ganancias a los contratistas amigos y no ponen en riesgo la vida de uno solo de sus miembros. No está claro cuánto han costado hasta ahora estas preferencias de las elites, y la guerra afgana con su extensión paquistaní aún no ha terminado. Pero hacia fines de 2012, los costos estadounidenses ascendían a 3 billones de dólares, incluido el interés de los créditos bélicos y los costos sociales para las familias de los militares, aunque sin considerar los costos por discapacidad a largo plazo —solo de los estadounidenses heridos,

’ Hastings (2012), citado aquí del *New York Review of Books*, septiembre de 2012, p. 61.

por supuesto—, estimados en más de 900.000 millones de dólares (www.costofwar.org). La suma de estos montos equivale a la meta de 4 billones de dólares para la reducción del déficit a mediano plazo, establecida en 2010 por la Comisión Nacional sobre Reforma y Responsabilidad del Fisco (la Comisión Bowles Simpson).

En comparación con la juerga bélica estadounidense, el derroche militar durante los mandatos de Blair-Brown Cameron ha sido más modesto. Hacia fines de 2011, el gasto británico directo en las operaciones militares de sus guerras por elección (de Estados Unidos) sumaba entre 28.000 y 29.000 millones de libras esterlinas (Berman, 2012). Pero la mentalidad reinante en la política británica salió a la luz sin ambages en una de las más recientes de sus "amenas guerritas contra pueblos bárbaros",[2] esta vez contra Libia, cuando en medio de la sombría austeridad fiscal que habían decretado —para el pueblo—, los dirigentes británicos se dieron el lujo de pasear aviones caza a un costo de 35.000 a 72.000 libras esterlinas por hora y disparar misiles al precio de 790.000 a 1.100.000 libras esterlinas por unidad. De más está decir que todos los costos de los muertos, heridos y minusválidos quedaron a cargo de los libios.

Y el derroche militar no es un pasatiempo exclusivo de los anglosajones. El segundo país con mayores gastos militares (en relación con su ingreso nacional, después de Estados Unidos) es Grecia, incluso tras los recortes por la austeridad impuesta desde el exterior, que en gran medida pasaron por alto al sector militar (solo disminuyeron sus gastos en el 5%) mientras se concentraban en podar las jubilaciones y los salarios civiles (Dempsey, 2013).

Las preferencias económicas de la gente difieren. Como es lógico, los pobres se preocupan más que los ricos por el alivio de la pobreza, los empleos, la seguridad del ingreso, la infraestructura y los servicios públicos. Interesadas en proteger sus riquezas de la redistribución, las elites suelen inclinarse más por los proyectos de esplendor y prestigio nacional, así como —en el caso de las potencias reales o aspirantes— por el dominio internacional o mundial, con sus requisitos de exhibir y utilizar

[2] Esta expresión es de un político *tory* con mucha más experiencia en el tema que David Cameron: Winston Churchill, con referencia a su propio entrenamiento militar en aras del dominio imperial (Toye, 2010: cap. 2).

el poderío militar. La elite republicana de Estados Unidos se caracteriza por sus cruzadas en pos de reducir todos los derechos sociales y casi todos los gastos civiles, pero al parecer vislumbra un incremento continuo en los gastos militares y el dispendio en vigilancia. La Guerra Fría ha devenido en una serie aparentemente interminable de pequeñas guerras candentes. En enero de 2013, Cameron redobló la promesa de librar una guerra de "décadas" contra los musulmanes militantes de África.

No obstante, el nacionalismo y el entusiasmo bélico no son ajenos a las personas comunes. La guerra de Thatcher en Falklands/Malvinas, por ejemplo, gozó de amplio apoyo popular. Lo mismo ocurrió con la persecución de Osama bin Laden. Pero las opciones de invadir Iraq en 2003, de extender la caza de Bin Laden fuera de Afganistán hasta convertirla en una guerra de trece años con planes de ocupación parcial permanente después de 2014, y de derrocar a Gadafi en Libia no tuvieron raíces populares, ni en Estados Unidos/Reino Unido ni en el resto de OTANlandia.[5]

Dada esta escala normal de preferencias para los ricos y para los pobres, cabe esperar que, si todo lo demás sigue igual, cuanto más desigual sea la elite con respecto al resto de la población, más posibilidades habrá de que los recursos comunes se despilfarren en sus proyectos favoritos.

Dictocracia política

Dictocracia no es lo mismo que dictadura: la segunda puede contemplarse como un caso extremo de la primera. En una dictocracia puede haber elecciones competitivas y los más diversos medios de comunicación.

[5] La OTAN, establecida en 1949 como alianza militar anticomunista estadounidense, nunca se preocupó demasiado por la democracia e incluyó desde el comienzo a regímenes autoritarios, como los de Portugal y Turquía. Solo la fuerte resistencia europea impidió que los estadounidenses incluyeran a la España de Franco. Tras el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos decidió no disolver la OTAN sino expandirla hacia la Europa Oriental antirrusa. Desde entonces, la OTAN se ha utilizado como pantalla internacional para las intervenciones militares de Estados Unidos en la ex-Yugoslavia, Iraq, Afganistán, Libia, etc. "OTANlandia" se refiere a Estados Unidos y su patio trasero clientelar, en el que bregan por reafirmarse las antiguas potencias imperiales de Gran Bretaña y Francia. A través de la OTAN, los países pequeños sin un pasado de glorias coloniales pueden ahora deleitarse bajo el sol colonialista que brilla sobre Iraq y Afganistán. OTANlandia equivale hoy a un Club Colonial.

Un *Diktat* es una enunciación de autoridad, una aseveración dictada a un secretario o a cualquier organismo subordinado. Es un vínculo entre quien detenta el poder y quien debe acatar su dictamen u orden. Lo crucial aquí es que un *Diktat* político, así como una serie continua de ellos —una dictocracia política—, no requieren de una dictadura represiva. El dictamen original de gerente a secretario solo necesitó una estructura de poder y sumisión preexistente.

Si somos disidentes en una dictocracia, no corremos grandes riesgos de ir a la cárcel, a menos que se nos declare sospechosos de "apoyar el terrorismo" —por ejemplo, porque lanzamos una campaña de ayuda para el pueblo de Gaza—, aunque como sindicalistas o ambientalistas de América Latina nos exponemos al peligro de ser asesinados, no necesariamente por el Estado. Podemos votar lo que queramos o decir lo que se nos ocurra sobre los gobernantes de nuestro país, pero lo que decimos surte escaso o ningún efecto: ni tiene el impacto deseado ni nos lleva a terminar en la cárcel.

En muchos países, desde Tailandia hasta Nigeria, la compraventa de votos es una práctica muy extendida. Este electoralismo monetario es más sutil en el mundo rico, pero no menos importante. Un operador crucial de las campañas electorales de Clinton y Obama —Rahm Emanuel, hoy alcalde de Chicago— les dijo a los miembros de su personal: "El primer tercio de la campaña es el dinero, el dinero, el dinero. El segundo tercio es el dinero, el dinero y la prensa. El tercer tercio es el voto, la prensa y el dinero". Dinero 6, votos 1 (Hacker y Pierson, 2010: 252).

El *Diktat* que transforma las democracias en dictocracias se origina en los escalafones más altos de la desigualdad monetaria: "Prácticamente todos los senadores estadounidenses, así como la mayoría de los diputados, son miembros del uno por ciento superior cuando llegan, son mantenidos en su cargo por el uno por ciento superior y saben que, si sirven bien al uno por ciento superior, serán recompensados por el uno por ciento superior cuando dejen el cargo" (Stiglitz, 2011). El politólogo Larry Bartels (2008: cap. 9) ha medido esta dictocracia en el Senado de Estados Unidos. Ni los senadores demócratas ni los republicanos respondieron positivamente siquiera a una sola opinión proveniente del tercio de sus votantes con ingresos más bajos; ambos respondieron con moderación al tercio intermedio, y los republicanos se mostraron extremadamente receptivos ante el tercio más rico de los votantes.

Martin Gilens (2012) ha hilado aun más fino a partir del estudio de Bartels. Su análisis se enfoca en una comparación de numerosas respuestas a preguntas sobre preferencias en materia de políticas públicas —que extrajo de encuestas estadounidenses nacionales basadas en muestras representativas— con los resultados reales de esas políticas, principalmente para el periodo 1981-2002, pero con cierta extensión hasta 1964-2006. De acuerdo con uno de sus principales hallazgos, cuando los grupos de distintos ingresos difieren en sus preferencias, la mitad más pobre de la población no tiene posibilidades de ganar. Solo el 30% más acaudalado dispone de alguna chance, mientras que el 10% más rico triunfa sobre todos los demás (Gilens, 2012: 82). Pero el autor también constató que la influencia del 10% más rico varía según el ámbito en el que se sitúa la política (mayor en cuestiones económicas y religiosas, pero menor en materia de políticas sociales), el ciclo electoral y la constelación partidaria. Los votantes menos pudientes ejercen mayor influencia cuando se aproxima una elección y cuando los dos partidos cuentan con fuerzas equilibradas (*ibid.*: 101, 190). Sin profundizar realmente en el tema, Gilens también pone en evidencia de qué manera el sistema político enmarca y procesa las preferencias de los ciudadanos desiguales. Por ejemplo, a mediados de los años sesenta hubo al parecer una mayoría de los pobres que "se oponían a incrementar el gasto en ayuda a las ciudades, en viviendas para gente de bajos ingresos, así como en asistencia y subsidios sociales" (*ibid.*: 222). Hasta las preferencias de los ciudadanos pueden ser dictadas.

No sé de estudios similares con referencia al Reino Unido o a Europa en general. Sin embargo, salta a la vista que quienes establecen el tono del discurso público y la política de Gran Bretaña son los integrantes de una elite social específica con una educación privada exclusiva. El 59% de quienes integran el actual gabinete liberal conservador se educó en instituciones privadas exclusivas, al igual que el 35% de los actuales parlamentarios. Y tal vez sea aún más revelador el hecho de que un tercio del anterior gabinete laborista también provenía de ese ambiente, al igual que más de la mitad de los principales periodistas del país (Milburn, 2012: 3 y 4). En el Reino Unido, al menos desde Thatcher, las clases altas y medias altas han dictado un axioma según el cual los impuestos sobre la renta y la propiedad deben mantenerse bajos, o bien recortarse. En Alemania y la Eurozona, el *Diktat* supremo e inimpugnable proviene del Banco Central Alemán.

En América Latina, hasta años muy recientes, las dictocracias se alternaban con dictaduras: las segundas intervenían cuando el sistema de gobierno un presidente elegido, por ejemplo no se atenía a los dictados de las primeras. La reforma agraria y el impuesto sobre la renta fueron mantenidos a raya por dictocracias y, en los "años de plomo" de las décadas de 1970-1980, por dictaduras. Los dictámenes de los negocios, tanto trasnacionales como nacionales, mantienen aún a la mayor parte del desigual hemisferio en una senda muy angosta de capacidad redistributiva. En cualquier democracia capitalista, las exigencias de un gran empresario deben recibir un trato más respetuoso que una petición firmada por miles de ciudadanos. He ahí el significado de dictocracia.

Muchos de nosotros coincidiríamos con la prudente conclusión del filósofo de Harvard Michael Sandel (2012: 203): "La democracia no requiere igualdad perfecta, pero sí exige que los ciudadanos participen de una vida en común".

II. Teoría

En el actual frenesí de preocupaciones públicas por la desigualdad han emergido muy escasas reflexiones teóricas sobre los significados y las consecuencias de la desigualdad y de la igualdad. Si bien este breve libro es en primer lugar una intervención cívica respaldada por evidencia empírica, limitarse a seguir la corriente de las indignaciones empiristas no sería sino una abdicación académica que en todo caso facilitaría un pronto apagón de los reflectores que la opinión pública ha enfocado en la desigualdad. La preocupación por la desigualdad es una posición normativa que entraña la visión de una vida humana buena y enriquecida. Pero es preciso enunciar y justificar las bases y los límites de su normatividad. Como sociólogo, también pesa sobre mí la obligación de explayarme sobre los mecanismos y los procesos básicos de la desigualdad y de la igualdad.

Lamentablemente, la sociología no se basta a sí misma en el tratamiento de este tema, a pesar de los omnívoros intereses empíricos en las desigualdades y no obstante el respeto de mi disciplina madre por la teoría pura. Es preciso abrir las ventanas, y en muchas direcciones.

3. Entrecruces teóricos

El marco de los lentes que usamos para mirar el mundo configura en gran medida lo que vemos. A fin de comprender exhaustivamente los problemas de la desigualdad social y dilucidar qué cosas están en juego, necesitamos abrir nuestras ventanas conceptuales para dejar entrar el aire fresco que corre fuera de los encasillados discursos convencionales, tanto académicos como de otros tipos.

Aquí trataremos de lidiar con cuatro interrogantes conceptuales. ¿Cuál es la diferencia entre una diferencia y una desigualdad? ¿Qué igualdad es deseable para los seres humanos racionales en el supuesto de que no sepan de antemano si obtendrán ventajas o desventajas en condiciones de desigualdad? ¿Cuál es la relación entre pobreza y desigualdad? Y dadas las presunciones imperantes, la cuarta pregunta es: ¿hay alguna limitación ética o analítica para el ideal liberal de la igualdad de oportunidades?

La diferencia entre diferencia y desigualdad

Tal como espero haber demostrado más arriba, la desigualdad es un rasgo predominante del mundo actual, y en muchos aspectos —aunque no en todos, como veremos más abajo— hoy se encuentra en alza. Sin embargo, tras el descubrimiento de Auschwitz y el fin del *apartheid* ha surgido una creencia casi universal en una suerte de igualdad humana, por muy inmaterial que esta resulte. Al mismo tiempo, puede decirse

que hoy estamos más conscientes que nunca de que los seres humanos difieren por su configuración, sus talentos, sus valores y sus experiencias. Todo indica que es preciso aclarar de algún modo la diferencia entre (des)igualdad y diferencia. En pocas palabras, ¿cuál es la diferencia entre diferencia y desigualdad?

La confrontación entre la diferencia y la desigualdad salió del feminismo más reciente, como cuestionamiento al hincapié en las desigualdades sociales y económicas entre los géneros que había embanderado a la primera generación de feministas en los años sesenta. En contraste, la nueva generación colocó el acento en las diferencias entre hombres y mujeres, en demanda de espacio y respeto para la diferencia femenina. La diferencia y el respeto por la diferencia pronto pasaron a ocupar el primer lugar también para los académicos y activistas de la etnicidad y la migración.

- Las diferencias están dadas (por Dios/la naturaleza) o son elegidas (estilos), mientras que las desigualdades se *construyen socialmente*.
- En la base de la desigualdad siempre hay algo (implícito) *en común*, cosa que es excepcional y nunca necesaria en los discursos/percepciones de la diferencia. El feminismo igualitario daba por sentado que los hombres y las mujeres tenían en común su cualidad de seres humanos y ciudadanos. El feminismo de la diferencia puso entre paréntesis lo común, como un aspecto a lo sumo secundario.
- La desigualdad es una diferencia *que viola* alguna *norma*/supuesto de igualdad (mundanal) (no necesariamente explícita o clara), derivada de lo que se tiene en común. La des-igualdad de género es una violación a la norma de igualdad humana.
- Las diferencias pueden coexistir y coexisten tanto con la igualdad como con la desigualdad.

Un líder de la Revolución Francesa trajo a colación un ejemplo extremadamente político de la diferencia entre una diferencia y una desigualdad, al referirse con inquina a un acontecimiento que había tenido lugar en la última asamblea de los Estados Generales de Francia, en 1614. En aquella oportunidad, el Tercer Estado (el pueblo llano o común) había solicitado que la nobleza tratara a sus miembros con deferencia, como

desiguales: "Tratadnos como a vuestros herederos menores, y os honraremos y amaremos". En una carta al rey el estamento noble respondió: "Sire, [...] haced que recapaciten y reconozcan lo que somos, la diferencia que hay, y que en modo alguno pueden ellos compararse con nosotros". En 1789, Sieyès, representante del Tercer Estado, identificó esta posición aristocrática como un blanco contra el cual debía apuntar la demanda revolucionaria por la igualdad (Rosanvallon, 2011: 28 [32]).*

¿Qué igualdad es deseable?

La ausencia de igualdad se encuentra por todas partes. Pero cabe preguntarse dónde está y qué es la igualdad. ¿Está en Ningún Lugar, en Utopía? Los políticos e intelectuales de la Revolución Francesa se esforzaron por determinar el significado de la igualdad hasta un punto casi inconcebible en Estados Unidos, donde ninguno de los Padres Fundadores parece haber visto la necesidad de dilucidar cómo se correspondía la esclavitud con la afirmación según la cual "todos los hombres son creados iguales", que habían estampado en la Declaración de Independencia. De hecho, George Washington llegó a tildar de "traidor consumado a los derechos de la humanidad" al último gobernador británico de Virginia a raíz de que el funcionario había prometido liberar a los esclavos que se pasaran al bando de los británicos (Schama, 2005: 18).

La solución francesa consistió en acotar la igualdad a la igualdad "cívica" o "moral": una versión secularizada de la noción cristiana y musulmana de la igualdad entre las almas humanas. En su famoso panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?*, Sieyès escribió: "Las desigualdades de propiedad e industria son como las desigualdades de edad, sexo, tamaño, etc. No desnaturalizan *[dénaturent]* la igualdad de ciudadanía *[civisme]*" (Rosanvallon, 2011: 74). Aquella igualdad era demasiado delgada y liberal para satisfacer a los igualitarios de nuestros días.

Por otra parte, tampoco muchos de nosotros se mostrarían contentos con un igualitarismo radical decimonónico como el de Gracchus Babeuf y sus seguidores: "Que no haya otra diferencia entre las personas

* En adelante, los números que aparecen entre corchetes en las referencias corresponden al número de página de la edición en español. [N. de la T.]

que la de la edad o el sexo. Puesto que todos tienen las mismas necesidades y las mismas facultades, que todos reciban entonces la misma educación y la misma dieta". Cito de un libro de Douglas Rae *et al.* (1981: 132), que casi sin duda constituye el argumento más incisivo contra el igualitarismo simplista e irreflexivo. Aparte de la insostenible tesis sobre la igualdad de necesidades y facultades enunciada en su cita de Babeuf, el más fuerte de los cinco argumentos que presenta Rae contra la igualdad es el hecho de que una cruda utopía igualitaria requeriría que todo fuera asignado de una vez y para siempre. En la realidad empírica, el argumento es en cierto modo menos devastador. En las aldeas rusas prerrevolucionarias, en las chinas posrevolucionarias y en las africanas tradicionales se ha practicado una redistribución de las tierras comunales en consonancia con los cambios demográficos familiares.

Marx disentía con esta suerte de igualdad de talle universal, tal como lo expresa en su áspera crítica al Programa de Gotha lanzado por el Partido Obrero Alemán unificado en 1875. La igual distribución de bienes o salarios es un derecho de la desigualdad, dice Marx, porque los individuos son desiguales en rendimiento y necesidades. La distribución igual implica un paso adelante con respecto a las desigualdades que impone la sociedad capitalista de clases. Pero la bandera de una futura sociedad comunista es diferente: "¡De cada cual, según su capacidad *[Fähigkeiten]*; a cada cual, según sus necesidades!" (Marx [1875] 1969: 21 [18]). Aquí "necesidades" *(Bedürfnisse)* equivale básicamente a lo que Amartya Sen, un siglo más tarde, llamaría con mayor precisión "capacidad para funcionar".

En lo que parece una ironía de la historia, justo cuando se produjo el viraje en dirección a una creciente desigualdad económica hacia fines del siglo XX, el pensamiento igualitarista dio un salto cualitativo en sofisticación con el desarrollo de reflexiones meticulosas y profundas sobre las implicaciones que conlleva la diversidad de necesidades y gustos, la libertad, la elección y la responsabilidad por las propias elecciones. Este avance se inició con *Teoría de la justicia*, de John Rawls (1971), un deslumbrante e incisivo texto que engendró toda una generación de filosofía social del más alto nivel, aunque su radicalismo utópico nunca surtió un verdadero impacto político ni ideológico. Esta nueva etapa de la filosofía igualitaria hizo algunas incursiones importantes en la economía a través del filósofo y economista Amartya Sen, pero el interés sociológico que ha atraído es a todas luces muy limitado.

En lo que respecta a las inquietudes prácticas del siglo XXI en torno a la (des)igualdad —tanto desde el punto de vista empírico-analítico como político—, creo que Sen nos ha proporcionado la mejor definición de la igualdad a la que deberíamos aspirar: *igualdad de capacidad para funcionar plenamente como ser humano*. Tal capacidad entraña sin duda alguna la supervivencia, la salud (y las ayudas para la discapacidad), la libertad y el conocimiento (educación) para elegir el camino de la vida propia, así como los recursos para recorrerlo (véase Nussbaum, 2011). Por muy abstracta que suene, esta noción ha brindado la inspiración y los fundamentos teóricos para los *Informes sobre Desarrollo Humano* de la ONU y el IDH calculado en ellos. A mi entender, el "enfoque de las capacidades" es la mejor base teórica para los análisis y los combates de las desigualdades, que deben ser vistas como barreras multidimensionales a la igualdad de capacidades humanas necesarias para funcionar en el mundo. Desde este punto de vista, puede decirse que las *desigualdades son violaciones a los derechos humanos*, ya que impiden el desarrollo humano pleno a miles de millones de seres humanos.

Sin perjuicio de mi compromiso con la igualdad como valor, no veo razones para explicitar un estado ideal de Igualdad. Tal como ha argumentado Sen (2009: cap. 4) con respecto a la justicia, no se requiere una definición "trascendental" de lo óptimo como condición para poder comparar situaciones, para reconocer si la desigualdad está en alza o en baja, o bien para determinar si es mayor en el Reino Unido que en Alemania, por ejemplo. La iniciativa de hacer foco en los males sociales antes que en el ideal social fue también una decisión clave en el marco de las innovadoras investigaciones sobre el nivel de vida que desarrolló la socialdemocracia sueca a fines de los años sesenta y que más tarde fueron exportadas a otros países. Y en todas partes hay suficiente desigualdad como para que no necesitemos evaluar la hipótesis de que este sea el mejor de los mundos posibles.

Desigualdad y pobreza

Para algunas personas, el problema no es la desigualdad sino la pobreza. Es posible separar conceptualmente ambas cosas. La pobreza puede ser una condición de (relativa) igualdad, como en la China y el Vietnam de

los años ochenta, mientras que el crecimiento de la desigualdad puede interpretarse como parte del valle de transición desde la pobreza hacia la riqueza. Sin embargo, es factible que un sector de la población pobre quede atascado en su lugar porque se encuentra con que el camino hacia arriba está cerrado. En los países desarrollados, en desarrollo y subdesarrollados, en contraste con los no desarrollados, la pobreza es un producto de la desigualdad, de uno o más de sus cuatro mecanismos (que indagaremos más adelante).

La riqueza o la pobreza de la gente que nos rodea afecta en gran medida nuestra capacidad para funcionar. De ahí la importancia que adquiere en este contexto el concepto de pobreza relativa. La magnitud de la pobreza también tiende a depender del índice total de pobreza. Dentro del club exclusivo de los ricos —la OCDE—, el ingreso disponible (a paridades de poder adquisitivo)[1] del decil más pobre de la población estadounidense se encuentra claramente por debajo del promedio entre los treinta países, mientras que el de su decil más alto sobrevuela al resto del mundo rico. En lo concerniente a privaciones absolutas —"opciones alimentarias limitadas", condiciones ambientales, atrasos en el pago de servicios, alquileres e hipotecas—, los pobres estadounidenses están en peores condiciones que el promedio de los pobres europeos (al oeste de los Balcanes), y ya desde antes de la crisis actual. La brecha de la pobreza estadounidense —la distancia desde la línea de pobreza relativa (la mitad de la mediana del ingreso hogareño) hasta la media del ingreso de los pobres como porcentaje de la mitad de la mediana del ingreso del país— es más ancha que la de cualquier otro país de la OCDE, con la excepción de México. Los índices más altos de pobreza relativa se registran en los tres países más desiguales de la OCDE: México, Turquía y Estados Unidos. El Reino Unido pertenece a la clase media alta de la pobreza y la desigualdad, con más pobreza y desigualdad que Francia, menos pobreza y más desigualdad que Alemania, y

[1] Las paridades de poder adquisitivo son conversiones de monedas que se realizan con el fin de que los ingresos de distintos países sean comparables en materia de niveles de vida. Se calculan estimando qué porción de una canasta de productos se puede comprar en un país con (por ejemplo) mil unidades de su moneda en comparación con la porción adquirible en Estados Unidos con 1.000 dólares. Si bien el cálculo es mejor que las tasas oficiales de cambio para este propósito, su aplicación es difícil y está expuesta a errores. En 2005, el Banco Mundial hizo una importante revisión de sus cálculos.

mucho más de ambos que los países escandinavos (OCDE, 2008: 37, 53, 127, 138, 154-188).

La pobreza es una trampa en la que resulta muy fácil quedar atrapado luego de caer en ella. En una selección de diecisiete países de la OCDE, más de la mitad de quienes contaban con un ingreso disponible menor a la mitad de la mediana nacional seguían atrapados en la pobreza después de tres años. En los mejores Estados de bienestar —el grupo representado por los Países Bajos, Dinamarca y Alemania—, la proporción era del 40% al 46%. En el Reino Unido y en Francia, la mitad de quienes habían sido pobres tres años antes seguía en situación de pobreza; en Estados Unidos, esta proporción ascendía al 63% (*ibid.*: 171).

Oportunidad: ¿merecen otra chance los "perdedores"?

En el discurso liberal convencional se hace hincapié en la distinción entre la igualdad de oportunidades y la igualdad de resultados. El liberal guiado por el sentido común está a favor de la primera y se muestra más o menos hostil a la segunda. Hace dos siglos, esta era una idea radical, incluso revolucionaria, y continúa representando un avance del progreso humano desde los *anciens régimes* y sus derechos de cuna. Desde entonces se ha producido un considerable desarrollo técnico del concepto. El economista y matemático estadounidense John Roemer (1998) desarrolló un algoritmo para la instrumentación de la igualdad de oportunidades en el bienestar (ya sea la esperanza de vida o el ingreso a lo largo de la vida); Francisco Ferreira, François Bourguignon y otros economistas del Banco Mundial han profundizado el modelo de Roemer aplicándolo a investigaciones empíricas. Cuando evaluemos los datos empíricos volveremos a estos estudios, pero antes conviene hacer algunas reflexiones a fin de dilucidar hasta dónde nos llevaría el igualitarismo liberal estándar.

Lo primero que llama la atención es su concepción singular, puntillista, del tiempo social. La oportunidad suele medirse en un punto específico de la vida de una persona: en el nacimiento o primera infancia, cuando se miden el género, la pertenencia étnica y el lugar de nacimiento, así como la educación y la ocupación del padre (y a veces también de la madre). Los estudiosos de la movilidad ocupacional suelen

tomar en cuenta dos puntos del tiempo: el nacimiento y la finalización de los estudios.

Después del nacimiento, o al menos después de los estudios, los individuos con iguales oportunidades quedan librados a su suerte, dependientes solo de su propio esfuerzo, cuyo resultado es responsabilidad exclusiva de ellos. ¿A eso se reduce la vida humana? Supongamos que nos licenciamos en letras clásicas en alguna universidad de privilegio, como Oxford o Cambridge, circunstancia que nos brinda acceso a un amplio abanico de oportunidades en el mercado laboral, aunque nuestras chances de llegar a ser alcaldes de Londres tal vez no sean muy grandes. Ahora imaginemos que tenemos una amiga graduada en letras clásicas (árabes) en la Universidad de El Cairo: su oportunidad más probable es el desempleo. ¿Podemos decir que ella se esforzó menos en sus estudios que nosotros? O supongamos que hemos elegido un empleo en una gran corporación jerárquica, pero unos años más tarde nos enfermamos del corazón a causa del estrés y del continuo menosprecio al que nos sometieron nuestros superiores. ¿Cabe pensar que todo eso se debió a nuestros esfuerzos? Otra posibilidad, en absoluto infrecuente: una persona se enamora y tiene un hijo, o incluso dos. Después se termina el amor, la persona se queda sola con sus hijitos y no puede ascender en la carrera laboral, o siquiera conservar su trabajo de tiempo completo, porque no dispone de una guardería económicamente accesible. Resultado: pobreza. ¿Cuánto le reconfortaría saber que tuvo igualdad de oportunidades?

Para el conservadurismo estadounidense, los "perdedores" no deberían tener derechos o "prerrogativas". El Tea Party fue presentado en sociedad mediante una diatriba televisiva contra los subsidios públicos para los "perdedores" de la crisis que no podían pagar sus hipotecas (Skocpol y Williamson, 2012: 7). Pero este no es el único conservadurismo concebible: en los primeros años del siglo XXI, un exitoso candidato presidencial estadounidense prometió un "conservadurismo compasivo",[7] y la caridad es una vieja práctica conservadora. La desestimación de quienes salen perdedores en los resultados proviene más bien de la tradición liberal y su interés primordial en las oportunidades.

[7] Es cierto que, una vez que ganó las elecciones, pronto cambió la compasión por el bombardeo de Iraq según la doctrina militar de "conmoción y pavor" ("*Shock and awe*").

Una perfecta igualdad de oportunidades también puede traducirse en sociedades de resultados muy diferentes. Supongamos que nos tocan gobiernos liberales que toman en serio la libertad de oportunidades e implementan políticas para que el ingreso de nuestra vida no dependa en absoluto de los recursos de nuestros padres, de nuestro género, de nuestra pertenencia étnica ni de nuestro lugar de nacimiento. El resultado que obtenemos en la vida depende por entero de nuestras propias elecciones, del número que sacamos en las loterías de la educación y el mercado laboral, de nuestras preferencias y de nuestros esfuerzos. Pero la sociedad resultante estará configurada por los parámetros de nuestras elecciones y nuestros esfuerzos.

Cuadro 2. *Dos sociedades con perfecta igualdad de oportunidades y diferentes estructuras de resultados*

Sociedad	*Oportunidades de entrar en un grupo de ingresos*	*Porción grupal del ingreso total (en porcentajes)*	*Ingreso per cápita*
A	1/100	20	20
	9/100	20	2,2
	70/100	58	0,83
	20/100	2	0,1
B	1/100	5	5
	9/100	15	1,67
	70/100	65	0,93
	20/100	15	0,75

Consideremos dos ejemplos en los que todos los individuos tienen exactamente las mismas chances de obtener determinados ingresos a lo largo de su vida. Cada uno de nosotros tiene el 1% de posibilidades de ser un ganador, de conseguir uno de los ingresos más altos, de ingresar en el 1% de ingresos superiores. Cada uno de nosotros tiene el 20% de chances de aterrizar entre los relativamente pobres, obligados a conformarnos con el ingreso del quintil más bajo, y todos tenemos la misma buena chance de terminar en el sector medio. La única diferencia entre estos dos ejemplos de sociedades es su estructura de ingresos resultantes, plasmados en instituciones y normativas diferentes (cuadro 2).

Los números son tan ficticios como el supuesto de un gobierno liberal que tome en serio la igualdad de oportunidades, pero las cifras de A derivan de América Latina circa año 2000, mientras que las cifras de B corresponden a Escandinavia alrededor de 1980.

Si bien las sociedades A y B son por definición perfectamente igualitarias en materia de oportunidades, sus resultados son muy diferentes. Por elección racional puramente individualista, al 90% de nosotros le iría mejor si eligiera B en lugar de A, aun antes de considerar las mejores chances de confianza, paz y cooperación que ofrece la sociedad B.

Ahora bien, un acérrimo liberal de derecha podría argumentar que se trata de una imagen estática. En una perspectiva de más largo plazo, la sociedad A, más desigualitaria en sus resultados, podría generar un mayor crecimiento que la sociedad B, y en consecuencia, con el tiempo, mayores ingresos incluso para el 20% más pobre. Esta es una objeción teórica bastante racional, pero flota en las nubes de la ideología, por encima de la realidad social. Es cierto que los incentivos espolean el esfuerzo, pero no hay evidencia empírica alguna que sostenga el argumento según el cual a una mayor desigualdad (en los resultados) corresponde un mayor crecimiento: la actual economía del desarrollo se inclina a todas luces hacia la posición contraria. No obstante, se ha observado un crecimiento espectacular a largo plazo tanto en países con baja desigualdad, como Taiwán, Corea del Sur y Japón después de la Segunda Guerra Mundial, como en países con aceleración de la desigualdad, como la China posmaoísta.

En la vida social real, las oportunidades vienen, van o pasan de largo durante el transcurso de la vida. Nuestro conjunto de oportunidades probables al momento de nacer es más duradero e importante, pero nos enfrentamos a una cada día, según cuál haya sido el resultado del día anterior. La desigualdad de oportunidades en el momento I está significativamente determinada por la desigualdad de resultados en el momento 1. La dicotomía de principio entre la (des)igualdad de oportunidades y la (des)igualdad de resultados es una construcción ideológica sociológicamente insostenible. Si creemos en los derechos humanos, tenemos que aceptar que los "perdedores" también los tienen.

4. Tres tipos de (des)igualdad y su producción

DIMENSIONES DE LA CAPACIDAD HUMANA

La desigualdad que debería incomodar a todos los seres humanos decentes es la capacidad desigual para funcionar en plenitud como ser humano, la capacidad desigual para elegir una vida de dignidad y bienestar en condiciones imperantes de tecnología humana y conocimiento humano. Aunque no me propongo desarrollar aquí una filosofía de la justicia, una vez más me resulta de gran ayuda una pregunta de Sen (2009: 414 [447]): ¿qué es ser un ser humano? ¿Qué se necesita para funcionar plenamente como ser humano? Al menos en lo que respecta al análisis de la desigualdad, es decir, la denegación de la capacidad para el pleno funcionamiento humano, haríamos bien en enfocar nuestra atención en el núcleo duro del interrogante que planteó Martha Nussbaum (2011: 32): "¿Qué requiere una vida merecedora de dignidad humana?". De acuerdo con Nussbaum, esta pregunta no nos lleva necesariamente a confeccionar una lista de "capacidades centrales", sino más bien a enunciar las dimensiones básicas de la vida humana.

Los seres humanos son *organismos*, cuerpos y mentes, susceptibles al dolor, al sufrimiento y a la muerte.

Los seres humanos son *personas*, cada una con su yo, que viven su vida en contextos sociales de sentido y emoción.

Los seres humanos son *actores*, capaces de actuar en pos de objetivos o metas.

De estas premisas podemos derivar tres tipos de desigualdad.

1) La *desigualdad vital*, que se refiere a la desigualdad socialmente construida entre las oportunidades de vida a disposición de los organismos humanos. Esta desigualdad se estudia hoy mediante la evaluación de las tasas de mortalidad, la esperanza de vida, la esperanza de salud (años esperados de vida sin enfermedades graves) y varios otros indicadores de salud infantil, como el peso al nacer y el crecimiento que ha alcanzado el cuerpo a cierta edad. También se utilizan estudios sobre el hambre y la malnutrición.
2) La *desigualdad existencial*, que es la asignación desigual de los atributos que constituyen la persona, es decir, la autonomía, la dignidad, los grados de libertad, los derechos al respeto y al desarrollo de uno mismo. Esta noción de desigualdad obtuvo una elocuente formulación jurídica en un fallo del derecho consuetudinario británico (sobre las mujeres canadienses), emitido en 1923: "Las mujeres son personas en lo concerniente a penas y castigos, pero no en lo concerniente a derechos y privilegios" (Munroe, s/f).
3) La *desigualdad de recursos*, que adjudica a los actores humanos recursos desiguales para actuar. Es aquí donde comienza el grueso del discurso sobre la desigualdad, con la llegada del primer cheque salarial, sin advertir que a esa altura ya se han enterrado muchos cadáveres y se han atrofiado para siempre muchas vidas a fuerza de humillaciones y degradaciones. Sin embargo, la importancia central de la desigualdad de recursos es innegable. Los recursos para la acción son de diversos tipos, aunque si seguimos la pista monetaria del ingreso llegaremos bastante lejos. Tal como ha señalado recientemente Michael Sandel (2012: 3), en estos días "no hay muchas" cosas que el dinero no pueda comprar. Pero nuestro primer recurso suelen ser los padres, su riqueza, sus conocimientos y el apoyo que nos brindan. Más adelante les haremos los honores, al indagar en la (des)igualdad de oportunidades y la movilidad social.

La desigualdad existencial es un concepto que aún no ha adquirido derechos ciudadanos reconocidos en la comunidad de las ciencias sociales. También se ha abierto una divisoria de aguas en la filosofía social,

que contrapone el reconocimiento a la redistribución, en cuyo marco Nancy Fraser defendió con valentía la importancia central de la desigualdad y la redistribución (Fraser y Honneth, 2003). Sin embargo, varias manifestaciones de esta desigualdad ya se han estudiado o están en vías de estudio: mujeres oprimidas y confinadas por el patriarcado y el sexismo; pueblos colonizados oprimidos por los colonizadores; clases de "abajo" oprimidas por las de arriba; indígenas, inmigrantes y minorías étnicas bajo el dominio de *Herrenvölker* (razas dominantes); personas con desventajas y discapacidades, o apenas los indigentes, sometidos a guardianes de asilos o a los condescendientes detentores del poder sociomédico; homosexuales encerrados en el clóset a instancias de heterosexuales intolerantes; castas "contaminantes" marginadas por las castas más altas; ocupantes de los rangos más bajos pisoteados por sus superiores en la mayoría de los ordenamientos jerárquicos. Los ejemplos abundan. Y todos ellos se vinculan a asignaciones desiguales de la autonomía personal, el reconocimiento y el respeto; a denegaciones de la igualdad existencial entre las personas humanas, a las que se les niega la capacidad de funcionamiento digno.

Esta desigualdad puede sopesarse y compararse indagando en normas, ordenamientos y discursos institucionales, en los patrones de interacción social, en las prácticas de los poderosos y los guardianes del conocimiento experto, como los médicos; y, desde el otro lado, inquiriendo en experiencias personales de restricciones y humillaciones, tanto a través de encuestas como de entrevistas cualitativas.

En lo que concierne a la desigualdad de recursos, la educación es un aspecto cada vez más potente. Si bien la educación se estudia en mayor medida con referencia al acceso, Pierre Bourdieu (1979) hizo de la desigualdad cultural un foco distintivo del análisis social. Hasta ahora virtualmente inexplorado, el posible trueque ideológico entre la desigualdad del ingreso y la desigualdad cultural se percibe en un amplio espectro de la derecha estadounidense. Allí, una generosa magnanimidad frente a la desigualdad del ingreso y los ricos va acompañada de un intenso resentimiento cultural contra los "esnobs elitistas con excesiva educación" (por ejemplo, Murray, 2012: 84).

Los estudios convencionales sobre la desigualdad se concentran en el ingreso, y ningún académico poco convencional que trabaje con seriedad debería desatender las convenciones. Es por eso que prestaremos

gran atención a la desigualdad del ingreso, urbi et orbi. La riqueza es sin duda un recurso importante, sobre todo en las sociedades basadas en la renta de la tierra y de los minerales. No obstante, puesto que la mayoría de los superricos actuales se mantienen a flote gracias a las recompensas por el rendimiento, aquí nos concentraremos en el ingreso.

Las relaciones y los contactos sociales a los que podemos recurrir, ya sea para conseguir una recomendación laboral, obtener un préstamo o recibir consuelo ante la aflicción, las penas y la soledad, constituyen un recurso importante, no solo desde el punto de vista económico, político o psicológico, sino también en beneficio de nuestra salud somática. En este mundo de extrema capitalización, las relaciones sociales suelen denominarse "capital social", término que debería evitar todo estudioso de la dignidad humana. Los vínculos sociales entendidos como "capital" social se usan en la mayoría de los casos como variable explicativa intermediaria de otros aspectos de la desigualdad, pero más rara vez como manifestación de la desigualdad propiamente dicha. Si bien ello nos desvía un poco del argumento principal, tenemos razones para tomar en cuenta las relaciones sociales al indagar en la desigualdad vital.

El *poder* es un recurso potente para la acción humana, a todas luces el principal competidor del dinero. La desigualdad de poder hasta ahora se ha incluido rara vez en los estudios y análisis de las desigualdades sociales, y cuando se aborda la "desigualdad política", esta suele referirse a las desigualdades en relación con el voto y con otras formas de participación. Es preciso tomarla más en serio y en relación con distintos tipos de regímenes, que precisamente son constelaciones de poder. Sin hacerle la debida justicia en materia de espacio, el presente estudio introduce el poder en los análisis de la desigualdad.

Las tres dimensiones interactúan y se entrelazan, y siempre conviene sospechar que lo hacen. Pero también es preciso recordar que son irreductibles unas a otras. No solo se refieren a distintas facetas de la desigualdad humana, sino que cada una tiene su propia dinámica y no siempre covarían. Por ejemplo, en los países ricos, la desigualdad intranacional del ingreso registró una fuerte disminución desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta alrededor de 1980, en tanto que la desigualdad vital —en el Reino Unido, que tiene los mejores datos en este rubro—, medida por la tasa de mortalidad de personas entre los 20 y los 44 años de edad en diferentes clases ocupacionales, en realidad se

incremento entre 1910-1912 y 1970-1972 (Therborn, 2006: cuadro 1.12). O consideremos el lugar que ocupa América Latina en el mundo: si bien es la región persistentemente más desigual en materia de recursos económicos, ha registrado durante largo tiempo una desigualdad vital y existencial mucho menor que, por ejemplo, Asia Meridional. Estas dinámicas específicas y las principales interacciones entre los tres tipos de desigualdad pueden presentarse como en el cuadro 3.

CUADRO 3. *Raíces, dinámica e interacciones de los tres tipos de desigualdad*

Tipos de desigualdad	*Raíces y dinámica*	*Interacciones*
Vital	Ecología poblacional Sistema de estatus Conocimiento médico	Envía: impacto en la desigualdad de recursos Recibe: impacto mayúsculo de la desigualdad existencial y la desigualdad de recursos
Existencial	Sistema de familia-sexo-género Relaciones interraciales Sistema de estatus social	Envía: impacto mayúsculo en la desigualdad vital y la desigualdad de recursos Recibe: impacto mayúsculo de la desigualdad de recursos
De recursos	Sistemas económico, político y cognitivo; ecología y rendimiento	Envía: impacto en la desigualdad vital y la desigualdad existencial Recibe: impacto de la desigualdad existencial y la desigualdad vital

La ecología poblacional se refiere en este contexto a los efectos ambientales en la salud, la enfermedad y la muerte de las poblaciones humanas, tales como la carga de enfermedad de los trópicos y los efectos letales de la urbanización temprana euroestadounidense, o bien los efectos de la contaminación en los barrios marginales contemporáneos.

Los sistemas de estatus humano pueden adquirir diversas coloraciones, pero su núcleo está formado por el sistema familia-sexo-género. Además de su dimensión existencial, las distinciones y relaciones etnorraciales también ejercen un gran peso en la desigualdad de recursos, para después repercutir una vez más sobre la jerarquía existencial en una

espiral de retroalimentación. Por ejemplo, en Brasil, Guatemala y Perú, los grupos más desaventajados "se componen exclusivamente de miembros de minorías raciales o étnicas" (Ferreira y Gignoux, 2011: 652).

Los sistemas económicos se han erigido en su mayor parte sobre la base de alguna desigualdad intrínseca entre los propietarios y los que (solo) trabajan, y han diferido principalmente en la forma en que el producto de los segundos es apropiado por los primeros. Sin embargo, la historia ha conocido también sistemas en los cuales la mayoría de los actores económicos eran individuos iguales, recolectores, pescadores, cazadores, agricultores o colectivos socialistas. Durante gran parte de la historia humana, la política se basó en tributos de los trabajadores a los gobernantes. El siglo pasado, en el que predominaron los gobiernos elegidos por el voto, ha creado una nueva dinámica de la (des)igualdad.

Las maneras de ganarse el sustento y los sistemas económicos están insertos en el espacio ecológico. Más de la mitad de la desigualdad del ingreso en la China actual deriva de la locación espacial (ADB, 2012b: 70), mientras que la privación de oportunidades en dos de los países más desiguales del mundo —Brasil y Colombia— se concentra prácticamente por entero en una o dos regiones (Ferreira y Gignoux, 2011: 652). Muchos Estados nación de América Latina están hoy más espacialmente polarizados en su economía que la UE-27,* según el indicador de la brecha en el PBI per cápita. La ratio inter-nacional actual más alta dentro de la UE es 4:1, entre Irlanda y Bulgaria, mientras que las disparidades provinciales latinoamericanas alcanzan ratios de 9:1 en Brasil, 8:1 en Argentina y 6:1 en México (CEPAL, 2010: 135). Entre Francia y Argelia, la ratio es 3:1.

Cuatro mecanismos de la (des)igualdad

Si bien la mayor parte del debate público sobre la desigualdad gira en torno de resultados y patrones, tanto los estrategas de las políticas públicas como los analistas sociales se interesan también por los mecanismos. ¿Cómo se producen las desigualdades actuales? ¿Cómo podría producirse la igualación?

*La Unión Europea con 27 Estados miembros. [N. de la T.]

El pionero de esta perspectiva fue el gran sociólogo e historiador Charles Tilly (1998), con su estudio sobre la desigualdad persistente en países como Sudáfrica e Irlanda del Norte. Tilly enfocó su atención en una forma particularmente atroz de desigualdad (económica) que deriva de una formación de pares asimétricos entre categorías raciales/étnicas o etnorreligiosas, tales como negros y blancos o protestantes y católicos. Pero para entender mejor cómo se generan las desigualdades, necesitamos recurrir a un panorama más amplio y a un enfoque más general.

Desde el punto de vista ideológico, el análisis se ha tensado a menudo entre el "logro [individual]" y la "explotación" (véase Wright, 1994), o bien entre la desigualdad de resultados y la igualdad de oportunidades. Yo alegaría que el denominado "logro" en realidad depende mucho de la construcción del juego sistémico y la estructuración de la recompensa (como se subraya en el cuadro 2, más arriba), en tanto que la "explotación" es en la actualidad menos importante de lo que habría esperado Marx; y, en tercer lugar, que la "igualdad de oportunidades" es nada más y nada menos que una dimensión temporal de la (des)igualdad. Una vez más, las perspectivas en oferta son demasiado limitadas.

Las desigualdades se producen y sostienen socialmente como resultado de ordenamientos y procesos sistémicos, así como por la acción distributiva, tanto individual como colectiva. Resulta crucial prestar atención sistemática a ambos aspectos. Aquí se considera "acción distributiva" a cualquier acción social, individual o colectiva, con consecuencias distributivas directas, ya sean acciones de avance o retardo sistémico, o bien de asignación/distribución. En conjunto, la acción distributiva y la dinámica sistémica producen y mantienen desigualdades a través de cuatro mecanismos diferentes, con implicaciones distintas para la evaluación y para el cambio. Estos mecanismos son tipos de procesos sociales que producen cierto resultado distributivo. Operan tanto entre los alumnos escolares como entre regiones de la economía mundial.

Dichos procesos penden entre dos polos de interacción social. En un polo tenemos la distancia que se produce porque A está adelantado con respecto a B, gracias a la mayor ayuda que recibió A de sus padres u otras precondiciones mejores, como una capacitación superior, suerte en el comienzo o en el recorrido, o bien un esfuerzo más arduo. B está quedándose atrás porque no vio que se abría un nuevo atajo, porque no sabía que había nuevos medios de producción o transporte a su disposición, por su

mala salud o por cualesquiera otras razones. No es necesaria una interacción entre A y B para producir la distancia entre ellos, pero ambos la ven y la consideran importante. Y cualquiera haya sido la causa que generó la distancia inicial, no resulta fácil ponerse al día, en tanto que la distribución despareja de información, sumada a una psicología social de la confianza en uno mismo, la ambición y la dedicación, suelen consolidarla y extenderla. Podemos referirnos al proceso que se desarrolla en este polo como *distanciamiento*. El discurso liberal e individualista suele denominar "logro" a este mecanismo, en el que no ve una producción de desigualdad sino una asignación de recompensas legítimas.

El distanciamiento es un mecanismo importante de la desigualdad, que no corresponde subsumir a otros procesos. Pero aquí la noción de "logro" está obstruida por anteojeras ideológicas. Es ciega a todo menos al actor que logra, de modo que no nos dice nada sobre sus relaciones con otros o su dependencia con respecto a ellos, sobre el libreto social que define el "logro" ni sobre los contextos de las oportunidades y las recompensas. Mientras que el distanciamiento es uno de los mecanismos generadores de desigualdad, la distancia social puede ser una diferencia y no una desigualdad, en el sentido que explicamos más arriba. La distancia social es considerada injusta —una desigualdad— por el actor desaventajado y/o por observadores en la medida en que indica una distancia entre las vidas reales de los desaventajados y una vida posible, preferible, para ellos.

El distanciamiento es ante todo un proceso sistémico que se desarrolla en sistemas preparados para forjar ganadores y perdedores —incluida la definición de lo que constituye "ganar"—, así como una distancia de recompensas y ventajas entre ellos. Pero los sistemas, desde las escuelas a los Estados y las economías del mundo, difieren en la longitud de la separación, en su distancia social entre ganadores y perdedores, entre los corredores que van a la cabeza y los corredores rezagados, entre los "avanzados" y los "atrasados". Es importante poner de relieve el contexto sistémico del distanciamiento, en oposición al bagaje ideológico individualista según el cual el éxito es un logro singular del individuo exitoso. No obstante, hay otras variables contextuales además de los ordenamientos sistémicos.

Los seres humanos emergen como actores adultos con diferentes condiciones de salud y vigor que son producto de su infancia. Los actores

difieren por la confianza en sí mismos frente a riesgos e incertidumbres, así como por su acceso a la información sobre nuevas oportunidades. De esta manera, a través de la formación de los actores, las distancias sociales —del logro escolar, de las carreras laborales, de la posición social— tienden a reproducirse a lo largo de generaciones. En las sociedades complejas siempre hay un margen de espacio para que algunos individuos "gambeteen el sistema", pero los casos ocasionales de distanciamiento individual con respecto a la multitud no anulan per se el patrón general de la desigualdad. En períodos de cambio sistémico, el proceso de distanciamiento toma por una nueva dirección. Los grandes ganadores en la reciente transición desde el socialismo comunista al capitalismo fueron los "oligarcas" rusos, que al parecer eran principalmente individuos marginales en posiciones privilegiadas, con educación de elite y vínculos sociales, pero fuera de la *Nomenclatura* política, en Rusia a menudo por razones antisemitas (véase Chua, 2003).

En el otro polo de los mecanismos que producen desigualdad, A deriva sus ventajas con respecto a B de los valores que B le suministra. En este polo se sitúa la desigualdad por *explotación*. La explotación entraña una división categorial entre personas superiores y personas inferiores, en cuyo marco las primeras, de manera unilateral o asimétrica, extraen valores de las segundas. La divisoria categorial clásica que subyace a la explotación económica ha sido la que separa libertad y propiedad de falta de libertad y ausencia de propiedad. La esclavitud y la servidumbre fueron ejemplos clásicos. De acuerdo con Marx, detrás del intercambio entre fuerza de trabajo y salario funciona un proceso similar de explotación en los mercados capitalistas, o mejor dicho en los lugares de trabajo capitalistas, que brinda a los propietarios un plusvalor: la base de sus ganancias.

Ningún igualitarista pone en tela de juicio el hecho de que la producción capitalista se erige sobre una apropiación asimétrica de los frutos del trabajo humano, y por ende sobre la explotación. Pocos observadores decorosos negarían la explotación de trabajadores en las maquilas tricontinentales chinas, bangladesíes o de otros países que producen para Walmart y demás marcas y tiendas estadounidenses y europeas. Pero la teoría del valor-trabajo, que Marx tomó de Ricardo para situarla en las raíces de su economía, ya no se sostiene como fundamento válido de la economía capitalista. Ello implica que la prevalencia y la medida de

la explotación económica capitalista no son evaluables empíricamente ni es posible afirmar a modo de axioma que todas las relaciones laborales de capital salario se basan en la explotación

Por otra parte, el marxismo no patentó la "explotación". Ésta puede definirse socialmente, como se lo hizo más arriba, sin referencia alguna a la teoría económica, y se utiliza mucho en el discurso social y psicosocial. La explotación se relaciona de manera clara y contundente con la desigualdad existencial. Todos sabemos lo que significa explotar el amor, el respeto y la admiración de otra persona: usarlos para ventaja propia dando poco o nada a cambio. Si bien no siempre es observable y rara vez es calculable con exactitud, la explotación es en principio empíricamente investigable. Continúa siendo un pilar del análisis de la desigualdad, aunque ya no ocupa un lugar tan central como lo hacía en los antiguos imperios tributarios, o bien cuando sostenía la esclavitud en las plantaciones estadounidenses o la servidumbre rusa.

La explotación se contempla universalmente como la peor forma de desigualdad. Una vez que se ha aceptado alguna noción de igualdad humana elemental, la explotación es siempre injusta. En este sentido, el concepto en sí mismo está normativamente cargado. Es posible negarlo o disfrazarlo de intercambio benevolente, pero no defenderlo. De hecho, la pesada carga de oprobio moral que conlleva ha restringido sus posibilidades de utilización económica práctica. Pocos trabajadores industriales del Atlántico Norte se pensarían a sí mismos como explotados —salvo en ocasiones específicas— y la retórica central del movimiento obrero ha dejado de lado hace rato el concepto de explotación.

Entre el distanciamiento y la explotación podemos discernir otros dos mecanismos que producen desigualdades. La *exclusión* resulta de

No hace mucho, el economista radical estadounidense John Roemer (1982) hizo un intento de rescatar el concepto marxiano de explotación sin recurrir a la teoría del valor-trabajo. Si bien lo llevó a cabo con su característico aplomo matemático, el resultado no deja de ser en última instancia un experimento de pensamiento sobre lo que ocurriría si los trabajadores se retiraran de la economía. Si se demuestra que los trabajadores estarían mejor retirándose del capitalismo y llevándose con ellos su cuota per cápita de los medios de producción, la conclusión es que ahora están explotados. Esto es economía pura en su mejor forma, brillante, elegante, matemáticamente rigurosa y sin demasiado aprovechamiento en el enrevesado mundo empírico. El autor sigue siendo un compañero igualitario, pero hasta donde yo sé últimamente se ha preocupado mucho más por la desigualdad de oportunidades que por la explotación.

impedir el avance o el acceso de otros: es una división entre los que pertenecen y los que no pertenecen. En el diseño de un mecanismo explicativo, la exclusión debería contar más como variable que como categoría como un conjunto de obstáculos que se colocan delante de algunas personas, un conjunto que incluye impedimentos, "techos de cristal", discriminaciones de diversos tipos y compuertas cerradas. La exclusión figura en la economía como monopolización, renta de la tierra y otros tipos de "búsqueda de renta" (véase Sorensen, 1996). La sociología empírica francesa de los años noventa hizo de ella una categoría social fundamental, pertinente a la formulación de políticas públicas en Francia (Paugam, 1996) y en la UE, que desde su Consejo de Laeken en 2001 ha aprobado un conjunto de indicadores para medirla. La estigmatización es un indicador de la exclusión, que abre heridas culturales incurables en los que se quedan afuera.

También observamos un tipo de desigualdad originada en cierta graduación institucionalizada que ubica a algunos actores sociales arriba y a otros abajo en una escala de supraordenación y subordinación. Esta desigualdad se refiere en primer lugar a una graduación de los incluidos, de quienes quedan puertas adentro de la exclusión, pero también los excluidos pueden estar graduados, tal como los habitantes del *Infierno* de Dante. Es la desigualdad por *jerarquización*, que pone de relieve la importancia de la organización formal. Antes señalamos la potencia de la jerarquización, al observar de qué manera se distribuyen las muertes tempranas en la burocracia gubernamental de Whitehall. Un ejemplo moderno interesante, sin duda inspirado en la tradición ancestral, era el sistema de graduación en el servicio civil de la China comunista, establecido en 1953. Consistía en una escala de 26 rangos, que determinaban no solo el salario, la apariencia del uniforme, el tamaño de la vivienda y las comodidades que esta ofrecía, sino también el acceso a la información y los medios de transporte que podían utilizarse durante el servicio. Solo desde el grado 14 para arriba se podía comprar un pasaje de avión o acceder a un confortable asiento "mullido" en el tren, y solo desde el grado 13 se podía reservar una habitación de hotel con baño privado (Chang, 1991: 240 y 241). Este sistema jerárquico fue eliminado en la década de 1960 (Zhou y Qin, 2012: 48 y 49).

La jerarquización también puede estar anclada en un sistema articulado de valores. Los órdenes sociales premodernos solían ser percibidos y

formulados en términos de órdenes jerárquicos, estamentos o castas, con una división principal entre intelectuales (sacerdotes, brahmanes, mandarines, ulemas), guerreros, comerciantes/artesanos y agricultores. En las altas culturas contemporáneas sobrevivió una jerarquía similar plasmada en sistemas de valores estéticos, como el "gusto" y el "estilo". En la Europa contemporánea, probablemente sea Francia el lugar donde mejor se articula esta jerarquización cultural, a la que Pierre Bourdieu (1979) dedicó la que tal vez pueda considerarse su mejor obra. Bourdieu partió de un aspecto que ya no es tan evidente por sí mismo, en especial fuera de Francia: "A la jerarquía socialmente reconocida de las artes [...] corresponde la jerarquía social de [sus] consumidores", en cuyo marco los gustos culturales pueden funcionar como "indicadores privilegiados de la 'clase'" (*ibid.*: I y II).

Estos cuatro mecanismos son acumulativos en su incidencia. El mecanismo de la exclusión adquiere relevancia e importancia en la medida en que quienes colocan las barreras excluyentes o los obstáculos que impiden pasar son los actores que en algún sentido están más adelantados y aventajados que los demás: distanciados. Para que la jerarquización se institucionalice es preciso colocar algunas barreras divisorias entre superiores e inferiores. Por último, la explotación presupone el distanciamiento, la exclusión y la superioridad/inferioridad institucionalizada (aunque no necesariamente una cadena graduada de mandos), y agrega a todo esto la extracción de recursos a costa de los inferiores. La exclusión, la supra-/subordinación y la explotación son mecanismos transitivos de desigualdad, mecanismos que, en contraste con el distanciamiento, ponen directamente en desventaja a los desaventajados.

Los mecanismos no se excluyen mutuamente. Cualquier resultado distributivo dado puede muy bien ser consecuencia de dos o más de ellos. Luego de analizarlos durante aproximadamente una década, tiendo a pensar que estos cuatro mecanismos, tomados en conjunto, explican la generación de todos los tipos de desigualdad. No obstante, puesto que se trata de herramientas para el análisis y la comprensión, no me consideraría en falta si alguien descubriera uno nuevo.

Los cuatro mecanismos identificados inciden en la esperanza de salud y de vida, en la autonomía, el reconocimiento y el respeto, así como en los recursos económicos y de otros tipos. Su peso relativo es evaluable y debatible con respecto a cualquier distribución dada, desde el ingreso nacional en la economía mundial hasta la esperanza de vida en Londres

o las relaciones existenciales de género en un pueblo indio. Podemos organizarlos como se observa en el cuadro 4, ejemplificando su dinámica tanto en el marco de la organización sistémica como a través de la agencia directa de actores individuales o grupales.

Cuadro 4. *Los mecanismos de la desigualdad y su dinámica interactiva*

Mecanismos	*Dinámica*	
	Agencia directa	*Dinámica sistémica*
Distanciamiento	Ir adelantado/atrasado Desplazar a otros de la competencia Psicología social del éxito/fracaso	Estructuración y normativa de las recompensas: por ejemplo, "el ganador se queda con todo", "efecto San Mateo", sistema de "estrellato" Rendimientos a escala Estructuración de la información: las oportunidades
Exclusión	Clausura, obstaculización, acaparamiento de oportunidades, discriminación, monopolización	Admisión limitada de miembros, umbrales de acceso Acumulación de ventajas Estigmatización Derechos de ciudadanía/propiedad
Jerarquización	Supra-/subordinación Relaciones de patrón/cliente Rebajamiento/deferencia	Escala organizacional, distancia por estatus/autoridad Jerarquía de roles familiares Centro y periferias de sistemas Jerarquías étnicas/raciales/de género Generalizaciones de superioridad/inferioridad
Explotación	Extracción Utilización Abuso	Relaciones polarizadas de poder Dependencia asimétrica Sistemas tributarios

Todo análisis exhaustivo de la desigualdad debería también atender a los modos posibles de superarla, o al menos de reducirla. De hecho, para cada mecanismo de desigualdad existe el correspondiente mecanismo opuesto: estos son los mecanismos de la igualdad.

Desde el lado de la igualdad, el distanciamiento se contrarresta con la aproximación o la puesta al día. Tal como sus opuestos, los mecanismos de la igualdad inciden tanto a través de la agencia directa como a través de ordenamientos sistémicos. La mas importante de las aproximaciones sistémicas es la acción afirmativa, también denominada "discriminación positiva". Se ha practicado a escala masiva en la India, mediante la reserva de vacantes educativas y empleos públicos para castas y tribus "atrasadas" (véanse más detalles en Galanter, 1984). En Estados Unidos, desde el avance logrado por el Movimiento por los Derechos Civiles en los años sesenta, se ha utilizado para facilitar el ingreso de la población negra en la educación superior, una estrategia adoptada muy recientemente en Brasil. Entre otros medios sistémicos de aproximación social se destaca el suministro de incentivos para que los padres pobres puedan mandar a sus hijos a la escuela, vacunarlos y tomar otras medidas de salud infantil. También se asignan recursos adicionales de enseñanza a las escuelas de zonas desaventajadas.

El opuesto obvio de la exclusión es la inclusión, que abre la admisión de miembros, otorga derechos a quienes antes estaban excluidos y sustituye las barreras de la exclusión por reglas contra la discriminación. Las jerarquías pueden ser desmanteladas o niveladas. Pueden ser perforadas mediante la apertura de canales para la calificación interna y el ascenso —por ejemplo, de camillero a enfermero, de enfermero a médico— o reducidas y suspendidas temporariamente mediante el otorgamiento de facultades compensatorias a los subordinados. He ahí el sentido de los sindicatos, las negociaciones colectivas y los consejos de fábrica, como los *Betriebsräte* alemanes, o bien los representantes estudiantiles en los consejos universitarios. En las organizaciones formales, desde las empresas hasta las iglesias, desde las universidades hasta los partidos políticos, la lucha por la desjerarquización se ha llevado a cabo con frecuencia bajo la bandera de la "democratización". Las economías capitalistas de mercado pueden desjerarquizarse significativamente mediante reglas que faciliten y protejan el derecho a formar sindicatos, mediante derechos laborales de cumplimiento imponible por vía del sistema judicial y mediante una legislación del salario mínimo que establezca un piso para la escala salarial a fin de proteger a los trabajadores más vulnerables.

La explotación se contrapone o se revierte con la redistribución, que se ha vuelto un rasgo masivo del capitalismo contemporáneo avanzado,

como veremos más adelante. En el ámbito existencial, el concepto correspondiente suele ser la rehabilitación, por lo general con pedidos de disculpas a la víctima o descargo autocrítico, y a veces con una compensación económica. En décadas recientes, la rehabilitación ha pasado a ser un proceso en gran escala.

Como se observa en el cuadro 5, los igualitarios no escasean en medios para reducir y superar las desigualdades.

CUADRO 5. *Mecanismos de igualdad*

	Agencia directa	*Dinámica sistémica*
Aproximación	Puesta al día Aprovechamiento de nuevas oportunidades	Capacitación compensatoria Acción afirmativa
Inclusión	Migración Reclamo de admisión como miembro	Derechos humanos y de otros tipos Leyes contra la discriminación
Desjerarquización	Organización colectiva Negociaciones colectivas Establecimiento de redes	Empoderamiento, democratización Nivelación institucional/organizacional Posibilidades de recalificación interna
Redistribución y rehabilitación	Organización y demandas políticas Filantropía	Sistema tributario; transferencias y servicios sociales Rectificación pública, compensación

La puesta al día puede deberse principalmente a esfuerzos adicionales, pero en mayor escala suele depender del contexto o los cambios sistémicos, que por supuesto no les quitan mérito a los esfuerzos. También es posible que se origine en nuevas oportunidades sistémicas, como tecnologías o mercados nuevos a los que los rezagados pueden adaptarse con mayor celeridad. El historiador de la economía Alexander Gerschenkron (1962), de Harvard, puso de relieve estas "ventajas del atraso" con referencia a la industrialización decimonónica de Europa Central y Oriental. El desarrollo económico del Este Asiático después de la Segunda Guerra Mundial también podría contemplarse desde una perspectiva similar.

La inclusión es tal vez el más extendido de los mecanismos para generar igualdad. Es intrínseca al Estado nación moderno, que faculta a

sus ciudadanos —y por lo general también a sus residentes permanentes— para que gocen de determinados derechos y servicios públicos. Para ser admitidos como integrantes de la UE desde 2004, los nuevos Estados miembros tenían que presentar un Plan de Acción Nacional para la Inclusión Social. A escala global, el discurso sobre los derechos humanos y la atención pública que estos atraen apuntan a una inclusión de la humanidad. Un proceso más tangible de inclusión humana ha sido la difusión mundial de prácticas y saberes médicos, con efectos contundentes sobre la desigualdad vital en el mundo. Los migrantes migran buscando ser incluidos en un contexto con mejores oportunidades de vida, en una ciudad con abundantes recursos o en un país rico. Reclamar el estatus de miembro ha sido otra importante acción directa en pos de la inclusión: tal vez por encima de todo, el reclamo del derecho al voto.

La organización sindical y la demanda de negociaciones colectivas en igualdad con la patronal han constituido un desafío clave a la jerarquía organizacional moderna. La nivelación organizacional/institucional pasó a ser una doctrina gerencial significativa en este último ámbito durante las décadas recientes, en gran medida inspirada en la gerencia japonesa posterior a la Segunda Guerra Mundial y en la agitación cultural que detonaron las rebeliones estudiantiles de los años sesenta (véase Boltanski y Chiapello, 2007). Los movimientos por la democratización organizacional ocuparon un lugar protagónico en los acontecimientos de 1968, tras un siglo de luchas obreras por los derechos sindicales. Paradójicamente, la ideología gerencial antijerárquica ha recorrido desde los años ochenta un camino paralelo a las campañas por la desindicalización, que a su vez la han eclipsado cada vez más. En el mundo académico, las jerarquías gerenciales están suplantando crecientemente a las instituciones democráticas.

La reciente sustitución parcial (o al menos la complementación) de la jerarquía por las redes horizontales es otro mecanismo de la igualdad (véase Castells, 1998). Sin embargo, conviene no olvidar que también existen redes jerárquicas verticales de clientelismo por fuera de las estructuras organizacionales formales.

La redistribución ha sido la principal ruta socialdemócrata hacia el incremento de la igualdad, pero además obtuvo una amplia difusión política que la convirtió en una estrategia potente y comparativamente exitosa.

Cuadro 6. *El poder de la redistribución del ingreso*
Coeficientes de Gini del ingreso de mercado y del ingreso disponible
después de impuestos y transferencias

País	*Ingreso de mercado*	*Ingreso disponible*	*Poder redistributivo: reducción porcentual de la desigualdad*
Canadá	41	32	22
Finlandia	39	24	38
Alemania	40	28	31
Polonia	47	33	29
Suecia	37	22	40
Gran Bretaña	46	35	23
Estados Unidos	45	37	18
Argentina (urbana)	50	47	6
Bolivia	48	47	2
Brasil	57	54	5
México	55	53	4
Perú	50	49	2

Nota: Las cifras de la OCDE se refieren a 2004-2005; las latinoamericanas (incluido México) se refieren a 2008-2009.
Fuentes: Para los países de la OCDE, OCDE (2011a: cuadro 7.3); para América Latina, Lustig *et al.* (2012a: cuadro 1).

Las transferencias sociales, mucho más que los impuestos (que las financian), constituyen el instrumento principal de la redistribución. Han desempeñado un papel especialmente importante en la reducción de la pobreza en la vejez, e incluso la han eliminado en gran medida en el noroeste de Europa. Pero también dentro de la población activa (16 a 65 años de edad), que por supuesto incluye de facto una cantidad sustancial de jubilados, la redistribución en los países de la OCDE reduce en un cuarto, en promedio, la desigualdad del ingreso (OCDE, 2011a: figura 6.1).

La rehabilitación ha pasado a ser un aspecto significativo de la historia contemporánea. Como fenómeno macro, comenzó en la Unión Soviética y Europa Oriental después del estalinismo, con la rehabilitación de víctimas de la represión política. Si bien este fue un proceso de gran significación política y moral, no incidió demasiado en el campo de la

(des)igualdad. Más pertinentes en tal sentido fueron las rehabilitaciones de las víctimas del desarrollismo modernista y el reconocimiento de la igualdad existencial para los pueblos indígenas, para los hijos de aborígenes o sencillamente de familias pobres que fueron apartados de sus padres y entregados a padres adoptivos más "civilizados" o "respetables". Gobiernos recientes, desde Australia hasta Suecia, se han disculpado con las víctimas y les han pagado indemnizaciones.

La importancia relativa de estos mecanismos de la desigualdad y la igualdad ocupa un lugar central en las controversias —tanto académicas como políticas— acerca del desarrollo mundial; sin embargo, su presencia apenas implícita en nociones de áreas específicas refleja una teorización insuficiente de la desigualdad. ¿La desigualdad mundial surgió principalmente a raíz del distanciamiento en los tiempos de la Revolución Industrial, con el avance y el alejamiento de las economías del Atlántico Norte? ¿O se debió también a prácticas excluyentes y obstaculizadoras, como el desplazamiento de las manufacturas indias por obra de los gobernantes británicos, la violenta "apertura" de China, la jerarquización del mundo entero para dividirlo en una parte colonizadora "civilizada" y una parte colonizada "incivilizada"? ¿Hasta qué punto la prosperidad de Europa Occidental y su ventaja industrial inicial no se erigieron sobre la explotación colonial, en particular de las Américas? ¿El reciente incremento de los diferenciales del ingreso en Estados Unidos y otros países se debe al cambio tecnológico y los consecuentes virajes en el rumbo de la demanda laboral, que amplía la distancia entre los trabajadores de alta y baja calificación, o es en gran medida un efecto de los procesos excluyentes provocados por la desorganización política y social de las clases populares?

III. Historia

SIEMPRE más interesado por el presente y su futuro, preferí dedicarme a las ciencias sociales antes que a la historia. Sin embargo, nunca ha dejado de fascinarme la ubicación del presente en el tiempo, así como en el espacio. El académico marxista estadounidense Paul Sweezy (1955) lo expresó de manera emblemática en el título de un libro: *El presente como historia*. Tal como las vastas extensiones del espacio planetario, el arco prolongado del tiempo nos enseña el importante sentido de las proporciones, de las limitaciones —un sentido de humildad política y también académica—, cuando nos medimos con el universo. Pero las experiencias históricas, al igual que las de otros espacios, también nos ofrecen fuentes de inspiración y valentía. En términos más prosaicos, la perspectiva histórica nos ayuda a comprender dónde estamos parados y qué podemos hacer.

5. La desigualdad y el surgimiento de la modernidad

En los tiempos premodernos existían diferencias, diferencias verticales —entre hombres libres y esclavos; entre reyes, nobles y el pueblo llano; entre ricos y pobres , que eran como las diferencias entre los hombres y las mujeres o entre los viejos y los jóvenes. Pero esas diferencias no siempre se aceptaban. A menudo se impugnaba la legitimidad de los reyes. En ocasiones estallaban levantamientos campesinos, insurrecciones urbanas de artesanos, e incluso rebeliones de esclavos. En algunas revueltas se elevaban demandas igualitarias, por lo general de motivación religiosa. Pero rara vez había una desigualdad, es decir, rara vez se percibía, debatía o teorizaba la des-igualdad. No existía una entidad común de los seres humanos en este mundo: no había normas que rigieran alguna suerte de igualdad humana terrenal.

Con la llegada de los tiempos modernos, la desigualdad se convirtió en un problema, por dos razones confluyentes. Una fue la idea de una sociedad históricamente cambiante y políticamente cambiable, que se desarrolló durante la Ilustración a la par del capitalismo comercial en gran escala. Ante los ojos de los historiadores, filósofos sociales y economistas escoceses —desde John Millar hasta Adam Smith— y de sus coetáneos fisiócratas franceses, las sociedades agrarias, en particular las señoriales, sucumbieron o se transformaron con el "comercio", así como alguna vez la caza y la recolección habían sucumbido con el advenimiento de la agricultura.

La otra fue una noción secular de cierta igualdad humana fundamental. Tanto el cristianismo como el islam albergaban una concepción

teológica de la igualdad entre las almas humanas, que los herejes radicales podían invocar a veces, antes de ser aplastados. Pero en el transcurso de la Ilustración emergieron nociones de cierta igualdad humana terrenal en las críticas a los privilegios aristocráticos, a la dependencia personal y a la heteronomía como "esclavitud", aunque tales impugnaciones rara vez se dirigían de forma concreta contra la esclavitud real (véanse Rosanvallon, 2011: parte I; Blackburn, 2011: caps. 2 y 3). Pronto estas nociones suministrarían el bagaje intelectual para las revoluciones atlánticas de fines del siglo XVIII.

Fue así como la des-igualdad devino en un problema político y moral. Los seres humanos ya no eran solo diferentes, de diferente rango, de diferente riqueza, de distinta suerte. Ahora era posible violar su igualdad: podían ser des-iguales. Y si estaba cambiando la constitución de la sociedad, ¿en qué dirección lo hacía? ¿Qué estaba ocurriendo con la (des)igualdad?

Tres relatos maestros

En la historia de la ciencia social moderna, distinguimos tres respuestas principales —clásicas, en una mirada retrospectiva— y muy distintas a esta pregunta. Dos se brindaron en el segundo tercio del siglo XIX, mientras que la tercera adquirió su formulación más influyente a mediados del siglo XX. Aún se venera a los principales enunciadores de las tres respuestas; sin embargo, al menos en lo que concierne al tema de la igualdad, ninguno de los tres sería aceptado hoy como una autoridad apta para resolver la disputa. Nunca se cruzaron sus caminos, y tampoco, hasta donde yo sé, los de sus admiradores.

De acuerdo con el primer relato maestro clásico de la desigualdad moderna, esta se halla en continua mengua: la modernidad es la era en la que evoluciona la igualdad. De acuerdo con el segundo, la modernidad implica una polarización entre la abundancia de los pocos y la creciente miseria de los muchos. De acuerdo con el tercer relato, en los tiempos modernos, la igualdad primero aumenta y después declina.

Debemos la primera interpretación a un notable aristócrata liberal francés que fue a visitar Estados Unidos al mediar la década de 1830 y escribió una larga carta de amor sobre ese país, texto que muchos consideran

el primer clásico moderno de la ciencia política: *De la démocratie en Amérique [La democracia en América]*. Con su bagaje de experiencias personales, Tocqueville ([1840], 1961: II, 542) quedó abrumado por el igualitarismo estadounidense, que extrapoló para convertirlo en una historia mundial de la modernidad: "Veo que los bienes y los males se reparten con bastante igualdad en el mundo; las grandes riquezas desaparecen; el número de las pequeñas fortunas crece, y los goces y los deseos se multiplican: no hay prosperidades extraordinarias ni miserias irremediables". De más está decir que el segundo libro principal de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856), fue menos ingenuo y sentimental, pero la savia que infundió en el *mythos* liberal estadounidense sigue siendo una interpretación muy importante de la historia moderna.

Un par de décadas más tarde, el comunista alemán exiliado Karl Marx llegó a la conclusión totalmente opuesta. Era la época de la economía capitalista, y el capitalismo implicaba tendencias inherentes al aumento de la desigualdad: "Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastrocamiento, se acrecienta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la explotación" (Marx [1867], 1921: t. I, 728 [953]).

La idea de que dos académicos brillantes puedan llegar a percibir el mundo de maneras tan diferentes da que pensar a quienes se dedican a hacer diagnósticos sociales. Ambos pensadores miraban el mundo desde dos perspectivas muy disímiles del tiempo, con objetos y objetivos muy distintos en su mente: Tocqueville centraba la atención en los resultados de las dos grandes revoluciones del siglo XVIII, la francesa y la estadounidense. Sus principales intereses eran la política y las leyes. Desde el punto de vista político, era un liberal y se sentía a sus anchas en la liberal "Monarquía de Julio". Marx se abocó a analizar el nuevo sistema económico que surgía de la Revolución Industrial, tras el desmantelamiento del orden aristocrático. Su antorcha iluminaba las condiciones socioeconómicas de una clase nueva: el proletariado industrial. En calidad de intelectual socialista, su objetivo político consistía en urgir a la nueva clase a ponerse en acción. Cada uno de estos analistas miraba países diferentes: Tocqueville, a Francia y Estados Unidos; Marx, a Gran Bretaña.

En gran medida, entonces, Tocqueville y Marx hablaban sin escucharse, y la historiografía posterior de la ciencia social prácticamente no

ha intentado relacionarlos ni compararlos. Sin embargo, desde la radical diferencia de sus puntos de partida, los diagnósticos de Tocqueville y Marx se encontraron en el mismo terreno, como lo ilustran las citas anteriores. Ahora bien, ¿quién tenía razón y quién se equivocaba?

Ambos, podemos decir con la ventaja de la mirada retrospectiva: Tocqueville tenía razón en subrayar que la Revolución Francesa había eliminado las desigualdades legales y políticas de casta y estamento que imponía el *Ancien Régime*, y que la potencia ascendente de Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX, en la mayoría de los aspectos —con la excepción de la esclavitud sureña y el genocidio de los indígenas en el Oeste—, era mucho más igualitaria que el Viejo Mundo de Europa. Además, la Revolución Francesa había reducido la desigualdad económica, un resultado que ni la Restauración ni la Monarquía de Julio desbarataron por completo (Morrisson, 2000: cuadro 7b).

La Gran Bretaña decimonónica era uno de los países más desiguales del Atlántico Norte, claramente más que Prusia, pero a la par de la Francia posrevolucionaria (Lindert, 2000: cuadro 1, y Morrisson, 2000: cuadros 6c y 7b). Era la tierra que albergaba los "oscuros molinos satánicos" (William Blake) del industrialismo temprano. Entre mediados del siglo XVIII y las vísperas de la Primera Guerra Mundial, la porción del ingreso real que se llevaba el 5% más rico de Inglaterra y Gales registró una significativa suba de largo plazo, en tanto que la porción de riqueza del uno por ciento superior experimentó un marcado incremento desde principios del siglo XVIII hasta aproximadamente 1875, para después mantenerse en una meseta elevada hasta mediados de los años veinte (Lindert, 2000: 179 y ss.).

La industrialización capitalista produjo en general más desigualdad en Europa, como ocurrió en Francia durante las décadas de 1830 a 1860 y en la Alemania posterior a 1870 (Morrisson, 2000: 234, 236). En Suecia y los Países Bajos, la desigualdad económica comenzó a aumentar temprano: en Suecia, como en Inglaterra, ya en el siglo XVIII, y en los Países Bajos desde el XVII (Morrisson, 2000: 229, 238). En Estados Unidos, la desigualdad experimentó un fuerte incremento en el transcurso del siglo XIX. Aunque aún no se han fechado con exactitud los puntos de inflexión de la curva distributiva, recientes evaluaciones de expertos indican que la desigualdad económica estadounidense empeoró en los tiempos de la visita de Tocqueville (Floud *et al.*, 2011: 330; Fogel, 2012: 30).

La desigualdad de salud y de esperanza de vida también aumentó en Estados Unidos entre 1790 y 1870 (Lindert, 2000: 192).

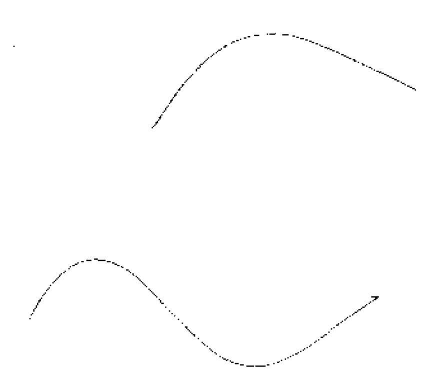
En resumen, Marx también tenía razón, y más que Tocqueville en lo que respecta a las condiciones socioeconómicas, pero sobrestimó el drama y no previó la relativa estabilización social del capitalismo industrial alrededor de 1900. Ponerlo en el pedestal de la evaluación más correcta no nos ayudaría a esclarecer las cosas. Ahora sabemos también que la tendencia a la polarización observada por la teoría marxiana no continuó en el siglo xx. Es cierto que siguió en el nivel inter-nacional (globalmente, hasta la década de 1950; entre los países más ricos y los más pobres continúa vigenre), pero en el nivel nacional, dentro de todos los centros del capitalismo, se revirtió hacia la igualación. Esta inversión de la tendencia comenzó en Europa con la Primera Guerra Mundial y en Estados Unidos con la Depresión de los años rreinta; y reinó hasta la crisis petrolera de los años setenta, aunque sus trayectorias concretas variaron de nación a nación.

Si bien Tocqueville (1961: t. II, segunda parte) exageró la igualación existencial posfeudal al presentarla como una tendencia antigua de la evolución histórica, además de una "pasión" moderna, también es cierto que detectó un importante cambio histórico, que Marx, en su guerra comunitaria contra el individualismo liberal, nunca llegó a reconocer del todo a pesar de su tributo a la revolución moderna de la burguesía en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Marx estaba más preocupado por la emancipación y la capacidad de desarrollo de los seres humanos que por la igualdad de condiciones.

Mientras que Tocqueville, con una mezcla de respeto, resignación e inquietud, había visto el mundo moderno como un lugar donde la igualdad crecería indefectiblemente, y Marx, previendo una revolución futura, lo percibió como una sociedad de desigualdad galopante, nuestro tercer maestro, Simon Kuznets (1955), vio en la modernidad industrial una desigualdad primero creciente y después decreciente. Kuznets era un economista ruso-estadounidense que más tarde sería laureado con el Premio Nobel. Su ensayo más famoso fue el discurso presidencial ante la Sociedad Económica Estadounidense. En el momento de su escritura, ese texto retrató de manera bastante adecuada la historia económica del capitalismo en el Atlántico Norte. En contraste con los profetas decimonónicos, Kuznets fue un académico cauto que trazó este cuadro a modo de "conjetura".

Dejando margen para escalas temporales de variación nacional, Kuznets creía que, en los tiempos modernos, la desigualdad estaba tomando la forma de una curva U invertida (véase la figura 1). El crecimiento económico y la industrialización implicaban en primer lugar un incremento de la parte que se llevaban quienes estaban situados en los sectores de alta productividad, con ingresos elevados, con lo cual aumentaba la desigualdad general. Más tarde, a medida que avanzara el crecimiento económico, el resto de la población se pondría al día y por ende caería la desigualdad. Para su gran mérito, Kuznets no presentó estas observaciones como un relato maestro de la "modernización". Lejos de ello, advirtió sobre la posibilidad de que la industrialización de los países subdesarrollados pudiera ser aún más traumática, desigualitaria y sociopolíticamente disruptiva que las industrializaciones más tempranas —como la británica—, ya que a todas luces partiría de una situación más desigual.

FIGURA 1. *Curvas estilizadas de la desigualdad del ingreso en países desarrollados, desde mediados del siglo XIX hasta fines del XX*



Arriba: curva estilizada de la modernización propuesta por Kuznets, con la desigualdad primero en alza y después en baja.
Abajo: curva estilizada real de la desigualdad en los países ricos desde fines del siglo XIX hasta fines del XX, mejor ilustrada por el Reino Unido y Estados Unidos.

Fuentes: Kuznets (1955); Cornia (2004); Atkinson y Piketty (2010).

La precisión con que Kuznets captó los procesos distributivos reales del breve siglo XX ha sido objeto de debate, tanto entre economistas como entre historiadores, y es una cuestión de la que no necesitamos ocuparnos

aquí, aunque cabe destacar la extendida aceptación de sus hipótesis. El final de su discurso, en el que Kuznets exhortaba a "pasar de la economía de mercado a una economía política y social", se recuerda menos y no se ha tomado tan en cuenta. Sin embargo, hoy nadie puede negar la tendencia abrumadora —si no universal— a la creciente desigualdad del ingreso que se inició en los centros del capitalismo desde aproximadamente 1980. La curva está doblándose hacia arriba otra vez (Cornia 2004).

En otras palabras, el legado que nos dejó el siglo XX al despedirse fue el retorno de la desigualdad.

6. Recorrido histórico con seis destinos: las tres desigualdades en la historia global y nacional

Después de haber contemplado la estratosfera teórica de la imponente ciencia social, nos disponemos a hacer una breve excursión histórica con seis destinos. Antes hemos distinguido tres tipos de desigualdad: la desigualdad vital, la desigualdad existencial y la desigualdad de recursos. ¿Cómo podemos sintetizar su desarrollo moderno, tanto en el nivel global como en el nacional?

Desigualdad vital

Angus Maddison (2001: 29 y ss.), el osado historiador de los períodos largos, sostiene que la esperanza de vida en Inglaterra estaba muy avanzada con respecto al resto del mundo ya a mediados del siglo XVI, pero en el siglo XVIII fue alcanzada por Suecia, Japón y Estados Unidos, así como por Francia después de la revolución. La brecha entre este grupo (junto con otros países de Europa Occidental) y el resto del mundo se ensanchó después hasta alrededor de 1950. La evidencia comparativa de la India y el Reino Unido respalda esta noción (Therborn, 2006: cuadro 1.4). Los datos sobre mortalidad infantil, que son más abundantes, ofrecen el mismo panorama, por ejemplo, entre Estados Unidos (tanto la población negra como la blanca), por un lado, y Argentina junto con otros países sudamericanos, por el otro; aunque México disminuyó después de su revolución la brecha de mortalidad con respecto a Estados Unidos (Mitchell, 1998: cuadro A7). El distanciamiento seguía el impulso de los

avances en las naciones ricas. Al menos desde mediados del siglo XX comenzó un proceso de igualación, contemporáneo a la descolonización de Asia y al surgimiento del interés global por la salud y el desarrollo, las campañas mundiales de vacunación, la erradicación de la malaria e iniciativas similares.

Este proceso se frenó alrededor de 1990 por dos razones. Una fue la epidemia de sida en el África Subsahariana; la otra, la restauración del capitalismo en la ex-Unión Soviética (Stuckler *et al.*, 2009; Cornia y Menchini, 2006). En ambas regiones menguó drásticamente la esperanza de vida, mientras en el resto del mundo continuaba mejorando. En los países más afectados del África Meridional, la esperanza de vida al nacer se redujo de manera considerable en el período 2000-2005 con respecto a 1970-1975/6: la de Zimbabue se acortó en quince años; la de Zambia, en once. En Rusia, la disminución total fue de cuatro años para ambos sexos, pero mucho más alta para los varones (PNUD, 2007: cuadro 10). Entre la implosión de la Unión Soviética en 1991 y el año 1994, la esperanza de vida de la población masculina rusa cayó en siete años (Shkolnikov *et al.*, 2001: figura 1).

Desde aproximadamente el año 2000, tanto la ex-Unión Soviética como África se encuentran en proceso de recuperación, pero en 2009 la mortalidad de Zambia y Zimbabue seguía siendo más alta que en la década de 1970, y la esperanza de vida sudafricana estaba a ocho años por debajo del nivel registrado en 1990. En Rusia, la esperanza de vida sigue siendo un año más corta que en 1990; en Ucrania, dos años en promedio y tres para los varones (OMS, 2012: cuadro 1). En lo que respecta a la esperanza de vida al nacer, se observa en líneas generales una débil tendencia a la convergencia global, aunque África por ahora sigue exceptuada. En lo concerniente a mortalidad de niños antes de cumplir los 5 años, decrecen las diferencias absolutas, incluida la brecha entre África y el resto, pero las ratios de supervivencia están ampliándose.

Dentro de las naciones, por otra parte, la evidencia disponible indica con nitidez que la desigualdad vital sigue una trayectoria distinta: la desigualdad de vida y salud entre las clases sociales se ha mantenido estable a lo largo de los últimos cien años, con una tendencia al aumento en tiempos recientes. Ni siquiera los Estados de bienestar de los países escandinavos lograron garantizar la igualdad vital entre las clases (Kunst, 1997; Vågerö, 2006). Un raro dato decimonónico —de Copenhague en el

período 1865-1874 (Westergaard, 1901)[1] indica un diferencial de clase de 2,3 en la mortalidad estandarizada por edades entre los trabajadores manuales y los oficinistas de los estratos más altos, que se ve bastante similar a los datos de las clases británicas correspondientes a 1991-1993: 2,9 para los trabajadores manuales no calificados y 1,8 para los semicalificados, ambos en relación con los profesionales (Westergaard, 1901; Fitzpatrick y Chandola, 2000: cuadro 3.8).

También está la extraña historia de los cuerpos estadounidenses, que indica un ascenso de la desigualdad durante el siglo XIX. La estatura promedio de los hombres libres nacidos en Estados Unidos se redujo desde la década de 1830 hasta 1890, y al parecer recién en 1920 recuperó el nivel de 1780 (datos de veteranos del ejército; Floud *et al.*, 2011: cuadro 6.10). Las dos explicaciones principales que se ofrecen para esta extraordinaria trayectoria son: en primer lugar, la urbanización, porque las ciudades del siglo XIX, en contraste con las del mundo pobre de hoy, eran más peligrosas para la salud que las zonas rurales (si uno era pobre); en segundo lugar, la herencia inmigrante de la pobreza parental (Fogel, 2012: 30).

Gran Bretaña tiene las mejores estadísticas vitales diferenciadas por clases. Allí la desigualdad de clase en lo que respecta a la muerte entre los 20 y 44 años de edad se incrementó visiblemente entre 1910-1912 y 1991-1993 (Fitzpatrick y Chandola, 2000: cuadro 3.8). Y continúa creciendo (Marmot, 2012). En Londres, la brecha en la esperanza de vida masculina entre los distritos Chelsea y Kensington, de clase media alta, y Tottenham Green, de población más bien pobre, alcanza hoy los 17 años;[2] es igual a la que se abre entre el Reino Unido y Myanmar (OMS, 2012: cuadro 1). Entre los 33 distritos de Londres, la variación en la esperanza de vida masculina se ha ensanchado de 5,4 años en 1999-2001 a 9,2 años en 2006-2008 (Observatorio Londinense de la Salud, 2011). A lo largo del trayecto que recorre el metro de la línea Jubilee hacia el este, la esperanza de vida de los residentes va bajando medio año por estación (*ibid.*).

[1] Los datos no son exactamente comparables. Aparte de posibles diferencias en la clasificación ocupacional, la mortalidad danesa se refiere a los hombres de 25 a 75 años; la inglesa, a los hombres de 20 a 44. Agradezco a mi colega danés Pekka Martikainen por los datos de Copenhague.

[2] *The Guardian*, 11 de febrero de 2012, p. 6.

Es probable que sean varias y diversas las razones que explican esta perdurable —e incluso creciente— desigualdad de vida y de salud entre las clases sociales, más pronunciada en el grupo de los hombres que en el de las mujeres, pero con el mismo patrón en ambos casos. En la base de esta diversidad causal, están las consecuencias psicosomáticas que provocan las diferentes situaciones de clase o estatus. La falta de respeto y la falta de control sobre nuestra vida y situación laboral son malas para la salud e incrementan el riesgo de muerte prematura. Así lo demostró el mencionado estudio longitudinal sobre los empleados gubernamentales de Whitehall, que abarcó desde los porteros hasta los más altos funcionarios. El estudio reveló que las posibilidades de muerte prematura y mala salud siguen de cerca la escalera burocrática: cuanto más alto es el puesto, más bajo es el riesgo de muerte. Esta correlación resultó poco afectada una vez que se tomaron en cuenta los aspectos relativos al "estilo de vida", como el consumo de tabaco y alcohol (Marmot, 2004: cap. 2).

Dos son los principales sospechosos de haber causado los recientes incrementos en la desigualdad vital. El primero es el aumento de la incertidumbre económica, que marca una creciente polarización entre los desempleados y los marginados del mercado laboral, por un lado, y los que surfean sobre las olas altas, por el otro. El segundo es lo que hoy suele llamarse "estilo de vida", pero cuya mejor denominación es "opciones de vida". No se trata tanto de una elección entre estilos como de una perspectiva de las opciones posibles. Lo esperable es que las personas con escaso control sobre las situaciones básicas de su vida, como la búsqueda de empleo, el manejo de su contexto laboral o el inicio de una carrera, sean menos propensas a controlar la salud corporal —tomar en cuenta y seguir el consejo experto en relación con el tabaco, el alcohol y otras drogas, así como la dieta y el ejercicio— que quienes tienen la sensación de controlar su vida.

Desigualdad existencial

En este ámbito tampoco se ha observado un desarrollo histórico lineal (véase la figura 2). El racismo creció con el imperialismo decimonónico, alejándose del ecumenismo global de Voltaire y Herder, hasta alcanzar su punto culminante en el holocausto de la Alemania nazi. Después de

1945, la desigualdad existencial comenzó a registrar un pronunciado descenso en el plano internacional. La Declaración Universal de Derechos Humanos, lanzada por la ONU en 1948, estableció una agenda global de igualdad existencial básica, que ha evolucionado gradualmente. El racismo quedó desacreditado por su derrota en la Segunda Guerra Mundial y por el horror de Auschwitz. El sexismo recibió un embate mundial en los años setenta, con la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Mujer, celebrada en México, y la subsiguiente Década de las Mujeres y el Desarrollo. Las poblaciones indígenas premodernas —también denominadas "pueblos originarios"— hicieron su aparición en el escenario global durante los años noventa y se hicieron acreedores de cierto respeto por sus hábitos de vida ajenos a la modernidad. El último tercio del siglo pasado fue un período de importante igualación existencial en todo el mundo.

FIGURA 2. *Hitos de la (des)igualdad existencial, 1900-2012*

Línea de base: 1900

Patriarcado universal, aunque diferenciado; colonialismo europeo-estadounidense en todo el mundo; racismo institucionalizado de la supremacía blanca reinante en todas partes; concepción de una jerarquía en la existencia humana, predominante en todo el mundo.

Década de 1910

Se desmantela la legislación patriarcal en los países escandinavos y la Rusia revolucionaria.

Después de la Primera Guerra Mundial, se establece la igualdad cívica en el Atlántico Norte, solo masculino en las regiones latinas.

Década de 1920

Surgimiento y derrotas de movimientos antirracistas en Asia y África; surgimiento del movimiento cultural proindígena en América Latina, sobre todo en México.

Endurecimiento de las leyes racistas sobre inmigración en Estados Unidos.

En el derecho imperial de Canadá, primero se niega y después se reconoce el estatus de "persona" para las mujeres.

Década de 1930 a Segunda Guerra Mundial

Racismo oficial y genocidio por parte de los nazis alemanes.

Durante la Segunda Guerra Mundial, operaciones genocidas nacionales desde el Báltico hasta Croacia y Rumanía.

Amplia difusión y aplicación de políticas eugenésicas, incluso en Escandinavia.

1945-1950

El racismo explícito queda desacreditado, pero triunfa en Sudáfrica.

Descolonización de Asia.

Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU.

Desmantelamiento de leyes patriarcales en Asia Oriental y Europa del Este.

Derechos cívicos de las mujeres en los países latinos de Europa y —gradualmente— en América Latina.

Década de 1950

Proscripción por ley de la discriminación de castas e inicio de la acción afirmativa en favor de las "castas protegidas".

Se declara inconstitucional la segregación racista en las escuelas de Estados Unidos.

Se desmantela gradualmente el tratamiento jurídico cuasi-penal de los ancianos pobres, los débiles y los huérfanos en Europa Occidental.

Década de 1960

Descolonización africana.

Movimiento estudiantil antiautoritario global.

Movimiento por los Derechos Civiles, sufragio universal y derecho al casamiento interracial en Estados Unidos.

Convención de la ONU contra la Discriminación Racial.

Erosión de leyes racistas sobre inmigración en Estados Unidos y Oceanía.

Décadas de 1970-1980

Ola de feminismo global, Década de las Mujeres declarada por la ONU, desmantelamiento o delimitación intercontinental del patriarcado institucionalizado.

Igualdad de género por ley en toda Europa Occidental.

Desracialización de la inmigración en Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda.

Sufragio universal en Brasil.

Década de 1990

Fin del *apartheid* en Sudáfrica.

Violentos conflictos étnicos tras la disolución de los Estados comunistas multinacionales de la Unión Soviética y Yugoslavia.

Genocidio en Ruanda.

Luchas generalizadas por el respeto a la diferencia y la igualdad existenciales: de etnia, género y sexualidad.

Conferencia de la ONU sobre las Mujeres en Beijing, 1995.

Incipiente reconocimiento de la igualdad sexual, con avances en Europa Occidental y Sudáfrica.

Reacción patriarcal delimitada entre musulmanes, judíos, cristianos

Creciente racismo antiinmigratorio en Europa.

Década de 2000 y principios de la década de 2010

Ascenso de los movimientos indígenas, sobre todo en Indoamérica y la India.

Declaración de la ONU sobre Derechos de los Pueblos Indígenas.

Constitución "plurinacional" de Bolivia.

Surgen movimientos y reconocimientos de "afrodescendientes" en Brasil y otras partes de América del Sur.

Triunfa la política de las castas bajas en la India.

Reconocimiento de matrimonios del mismo sexo en partes de las Américas y de Europa Occidental, así como en Nepal.

Avances continuos de las mujeres en educación superior, liderazgo corporativo, política, sector militar.

Después de 1945 se produjo un claro movimiento mayoritario hacia la igualación existencial en el mundo, y hoy la igualación de la autonomía personal, el reconocimiento y el respeto sigue siendo la tendencia principal en todas partes. Este desarrollo de los acontecimientos tiende a quedar eclipsado en las preocupaciones por el ingreso del uno por ciento. Sin embargo, la evolución humana de la modernidad no ha sido gradual. Los peores genocidios de la historia tuvieron lugar en tiempos bastante recientes, durante las décadas de 1940 y de 1990. Se han suscitado reacciones violentas significativas contra los derechos de las mujeres y contra los inmigrantes. El antisemitismo sigue vivo (*European Societies*, 2012); la islamofobia se ha diseminado por Europa y Estados Unidos, mientras el antiarabismo parece crecer cada vez más entre los israelíes de Palestina. El patriarcado y la misoginia mantienen su reinado en la mayor parte de África, así como en el oeste y el sur de Asia, a menudo acompañados de violencia. Hay un patriarcado resurgente en el interior de China, mientras que el Este Asiático "desarrollado" sigue caracterizándose por la discriminación de las mujeres, por ejemplo en el mercado laboral.

El desarrollo intra-nacional de los acontecimientos varía y no siempre de acuerdo con el calendario internacional. Desde fines de los años cuarenta, Sudáfrica adoptó un régimen racista explícito y generalizado, que empeoró de manera continua hasta la década de 1970. El racismo blanco sobrevivió a 1945 en los países de colonización anglosajona, como Estados Unidos y Australia. El Sur de Estados Unidos mantuvo su unipartidismo racista hasta fines de los años sesenta, en tanto que el Partido Laborista Australiano conservó su principal lema programático de la supremacía blanca —*Keep Australia White* [Mantenga blanca a Australia]— hasta principios de los setenta. Los indígenas de los Estados andinos de América del Sur recién lograron asomar entre las sombras de los blancos y los mestizos en la década de 2000.

Los derechos de las mujeres hicieron grandes progresos en Europa y las Américas desde la década de 1970, en gran parte impulsados por los movimientos de 1968. Sin embargo, el patriarcado y la misoginia mantienen su predominio en la mayor parte de Asia y el África Subsahariana (Inglehart y Norris, 2003; Therborn, 2004: caps. 2 y 3). Contrariamente a los supuestos occidentales comunes, los más sexistas no son los países árabes sino los del África Subsahariana, junto con la India y el resto de Asia Meridional (PNUD, 2011: tabla 4).

El sistema de castas había evolucionado hasta convertirse en una denegación especialmente perniciosa de la igualdad existencial. Su dimensión de herencia ocupacional y su graduación general del estatus fueron características generalizadas de la Europa premoderna y otras sociedades de la época. Pero el sistema de castas de la India también estaba incorporado en las nociones religiosas hindúes de contaminación: el estrato más bajo de la pirámide consistía en los "intocables" —los impuros—, que podían contaminar a un hindú de la casta alta hasta con su sombra. El nacionalismo indio, con Gandhi a la cabeza, militó contra la discriminación de castas, que se prohibió después de la Independencia. Sin embargo, como tantas otras leyes del débil Estado indio, el impacto social de esta iniciativa no fue muy contundente. El matrimonio sigue concertándose en gran medida de acuerdo con la casta, y la casta baja aún significa clase baja (véase una reseña reciente en Weisskopf, 2011). Por otra parte, gracias a la democracia de la política india, los exintocables —ahora llamados *dalits*— integran una bancada parlamentaria de tamaño considerable. En 2006, una coalición liderada por los *dalits*, que habían logrado

cortejar a los brahmanes de la casta alta, ganó las elecciones para jefe de gobierno en el más populoso de los estados indios (Rao, 2009: 281 y ss.).

La industrialización exitosa y el movimiento obrero aportaron respeto social a los trabajadores de los países ricos. El desarrollo exitoso también ha sacado a la superficie discriminaciones y humillaciones antes reprimidas o ignoradas, en nombre del "desarrollo". El multiculturalismo hoy entraña reconocimiento y respeto a los "pueblos originarios" y sus modos específicos de vida. Los traumas existenciales que causaron las agencias del desarrollo a muchos niños "por su propio bien" han salido a la luz en recientes declaraciones de sus víctimas, hoy ya en la madurez o en la vejez; por ejemplo, los niños pobres de Gran Bretaña deportados a los dominios blancos, los niños aborígenes de Australia arrancados a sus padres y arrojados a la "civilización" blanca, los hijos suecos de padres pobres y/o considerados disfuncionales que fueron entregados a padres sustitutos. Probablemente existan casos similares en muchos otros países. Los gobiernos se han disculpado tardíamente y han pagado indemnizaciones.

Sin embargo, aunque haya mermado la desigualdad existencial institucionalizada más flagrante, como el racismo, el sexismo y el desarrollismo despiadado o celo "civilizador", la desigualdad existencial continúa impregnando las sociedades contemporáneas. Su enorme incidencia en la salud, la enfermedad y la longevidad se ha demostrado de forma contundente, tal como señalamos en la sección anterior. Las investigaciones en la interfaz de la sociología y la medicina no cesan de hacer nuevos descubrimientos sobre el tema. Un ejemplo muy reciente proviene de un estudio longitudinal sobre niños nacidos en Aberdeen, Escocia, durante la primera mitad de los años cincuenta. De acuerdo con sus resultados, los niños que habían asistido a cursos escolares con mayor desigualdad en las estructuras de estatus sociométrico padecían más problemas de salud al llegar a la mediana edad que aquellos cuyos cursos escolares habían sido más simétricos. La diferencia se mantenía en las cohortes como totalidad y no solo para quienes habían sido aislados en la escuela (Almquist, 2011: monografía 1), respaldando con solidez el argumento de Richard Wilkinson (Wilkinson, 2005; Wilkinson y Pickett, 2009) según el cual la desigualdad también lastima a los privilegiados.

Hoy también se observan tendencias sociales que impulsan nuevas formas de desigualdad existencial: la contratación externa en el contexto

de la desindustrialización, la inmigración de los pobres y las marginaciones del mercado laboral. Estas tendencias perjudican ahora a una "clase inferior" de personas marginadas o excluidas del mercado laboral: la segunda generación de inmigrantes industriales, las madres solteras pobres, los hijos de trabajadores desindustrializados. En Gran Bretaña se los ha dotado de una nueva identidad peyorativa con el mote de *chavs** (Jones, 2011). En un *best seller* conservador estadounidense se los retrata como una nueva "clase baja" de solteros, vagos, deshonestos y ateos (Murray, 2012).

La clase retorna aquí bajo la forma de degradación existencial.

Desigualdad de recursos

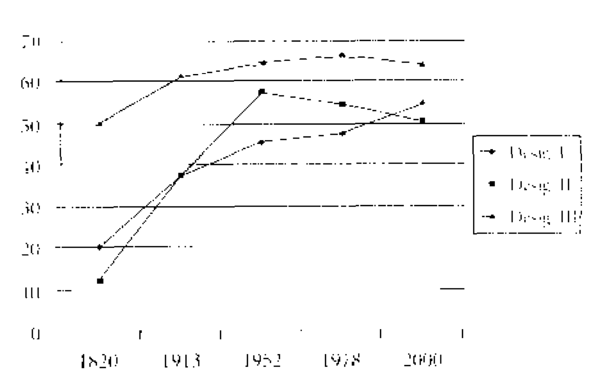
Esta dimensión de la desigualdad —en cuyo marco observaremos ante todo el ingreso— subraya aún más que las otras la importancia de distinguir entre tendencias globales y nacionales.

En el nivel mundial, se produjo una fuerte tendencia al incremento de la desigualdad al menos desde principios del siglo XIX hasta las décadas de 1950 y 1960. En aquel largo periodo se estableció la concepción moderna del mundo "civilizado" en contraposición al "incivilizado", que después de 1945 se enunció como "desarrollado" versus "subdesarrollado". Asia fue el principal perdedor. Excluyendo a Japón, la porción asiática del PBI mundial decreció desde el 56% en 1820 hasta el 15% en 1950. En el otro extremo, la porción de Europa Occidental pasó de un cuarto en 1820 a un tercio en 1870 y 1913, para volver a un cuarto hacia 1950. Estados Unidos aportaba a lo sumo el 2% de la producción mundial en 1820, pero creció a un quinto en 1913 y a poco más de un cuarto en 1950. Mientras Europa Occidental y Oriental crecían junto con Estados Unidos y Japón, con el agregado de América Latina después de 1870 —y también África entre 1913 y 1950—, China y la India se estancaban o decaían en el siglo XIX, y ambas declinaron visiblemente en el periodo 1913-1950 (Maddison, 2001: cuadros B-20 y B-22).

* Según el diccionario *Oxford* de la lengua inglesa, el término *chav* se originó en Gran Bretaña durante los años noventa, probablemente como apócope de *chavo*, que en lengua romaní significa "muchacho". Se usa de manera informal y despectiva con referencia a jóvenes de clase baja, comportamiento llamativo y ropa vistosa. [N. de la T.]

Branco Milanovic, economista del Banco Mundial, ha distinguido tres mediciones globales para la desigualdad del ingreso. Una es el PBI nacional per capita. La segunda es el PBI per capita en función de la cantidad de habitantes, de modo tal que la pobreza de un país pobre grande o la riqueza de un país rico grande cuenten más que la pobreza o la riqueza de un país pequeño. Ambos conceptos presentan la desventaja de que suponen igualdad dentro de los países. La tercera medición apunta a captar también la desigualdad interna mediante el uso de encuestas de hogares en lugar de cuentas nacionales agregadas. La articulación de encuestas con el fin de volverlas comparables es una tarea delicada y difícil que aún no puede darse por resuelta a pesar de los heroicos esfuerzos de Milanovic y otros. Y de más está decir que la estimación de las distribuciones históricas nacionales anteriores a la existencia de encuestas representativas de hogares es aún más riesgosa. No obstante estas dificultades, podría decirse que la figura 3 exhibe las principales tendencias históricas.

FIGURA 3. *Desigualdad global del ingreso, 1820-2000*



I = Entre países; II = Entre países en función de la población; III = Distribución en hogares. Coeficientes de Gini.

Fuente: basado en Milanovic (2005: cap. 11).

La curva de la desigualdad tendió a nivelarse a mediados del siglo XX, con la descolonización de la India y la independencia de China, y en tiempos recientes adquirió una tendencia a la baja tras la erupción económica de

inmensos países pobres como China y la India, sumada al vigoroso crecimiento que experimentó el empobrecido continente africano después del año 2000. Pero la polarización mundial entre países no se ha detenido a pesar del crecimiento actual en los Estados más pobres del mundo. En 2005, los que la ONU llama "países menos desarrollados" obtuvieron un ingreso nacional per cápita de aproximadamente el 16% del ingreso mundial. Hacia 2011, esa porción había disminuido al 14% (PNUD, 2007: 246; PNUD, 2011: cuadro 10).

Las trayectorias nacionales siguieron otros rumbos. Tal como predijo Marx y señalamos más arriba, el ascenso del capitalismo industrial durante el siglo XIX generó una mayor desigualdad económica, pero no en una escala drástica (véase Lindert, 2000). El siglo XX suscitó una igualación mayúscula, en Europa desde la Primera Guerra Mundial y en Estados Unidos desde la Depresión de 1929. Fuera del Atlántico Norte soplaron otros vientos distributivos durante el siglo XX. Asia Oriental, desde el Japón ocupado por Estados Unidos hasta la China comunista, se embarcó en la igualación a fines de los años cuarenta, al igual que la India descolonizada. En América Latina se produjeron drásticas igualaciones en la Argentina peronista, pero al parecer no se estableció una tendencia sostenida a lo largo de todo el siglo.

La desigualdad total suele ser impulsada desde arriba, por la porción de los más ricos, más que desde abajo, por la porción de los más pobres. De ahí que los denodados esfuerzos de Thomas Piketty, Anthony Atkinson, Emmanuel Saez y sus colegas por crear un panorama global e histórico de la porción de los ingresos más altos nos ofrezcan el mejor cuadro de la desigualdad intra-nacional del ingreso en el mundo. Los datos de estos autores provienen en esencia de estadísticas oficiales sobre declaraciones fiscales y se refieren a los ingresos brutos, lo cual en décadas recientes no significaría lo mismo en países de redistribución considerable —incluido Estados Unidos— que en otros países, como los de América Latina y Asia, donde la redistribución ha sido escasa. Sin embargo, es innegable que estos datos exhiben un panorama mundial excepcional de la desigualdad y su desarrollo a lo largo del tiempo.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la alta desigualdad era universal, con Suecia a la cabeza: allí, el uno por ciento más rico se llevaba el 21% del total de los ingresos personales, mientras que el 0,1% se

CUADRO 7. *Ingresos más altos del mundo, 1913-2005*

Porcentaje del ingreso total apropiado por el 1% superior y/o el 0,1% superior de los receptores de ingresos. La primera cifra de cada casillero se refiere al ingreso del 1% superior; la segunda, al del 0,1% superior.

	1913	*1929*	*1939*	*1949*	*2005*
Francia	20.8 (1919)	16.6	13.5	9.3	8.2
Alemania	17.8	11.4	16.7 (1938)	12.4	13.4
España		1.4[a]	1.3[b]	0.8[c]	9.3; 0.9
Suecia	21.9 (1912)	14.5 (1930)	10.3 (1941)	8.2	6.2
Reino Unido	19.9 (1918)	[illegible]	17.7 (1937)	11.3	14.3
Estados Unidos	18.9	18.8	15.5	11.3	18.8
Argentina			21.8	19.3	17.7
Japón	17.7	18.8	18.8	8.2	9.2
China			-	3 (1986); 0.3	6.1
India		13.6	16.7	12.5	9.4 (1999)
Indonesia		17.6	20.7		[illegible]

[a] 0,01% superior en 1933.
[b] 0,01% superior en 1940.
[c] 0,01% superior.
[d] En 1953, las cifras correspondientes fueron 13 y 5.
[e] 0,01% superior en 2003.

Fuente: Atkinson y Piketty (2010: cap. 5).

quedaba con el 9%. Había escasa diferencia entre Estados Unidos y Europa. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias constituyeron el primer período de igualación en la historia moderna (después de la Revolución Francesa). Lógicamente, el efecto principal se sintió en los países europeos asolados por la guerra, pero también en Suecia, que se las había ingeniado para mantenerse afuera.

La Depresión de los años treinta ejerció un impacto distributivo muy diferenciado: fue contundente allí donde el derrumbe de la bolsa redundó en política redistributiva, como en Estados Unidos con el New Deal, en Suecia con la socialdemocracia y en Francia con el Frente Popular. Los ricos se recuperaron en la Alemania nazi, y en España no sufrieron con la victoria de Franco. Las grandes colonias francesas de la India e Indonesia aumentaron su desigualdad a lo largo de la década, mientras que el Japón militarizado quedó como estaba. El resultado de la Segunda Guerra Mundial suscitó una igualación significativa, no solo entre los derrotados, como Alemania (aquí las cifras se refieren a Alemania Occidental) y Japón, sino también entre los victoriosos, como Francia, el Reino Unido y Estados Unidos. En una intrincada senda nacional, el resultado de la guerra también impulsó el ascenso de Perón a partir de una junta militar que en sus orígenes había sido profascista, y también favoreció las políticas de igualación que puso en práctica el nuevo líder.

Los guarismos de Gran Bretaña y Estados Unidos correspondientes a 2005 indican un movimiento posbélico en la curva de la (des)igualdad, con un fuerte nuevo incremento de la desigualdad entre 1949 y 2005, que después de 1980 se refleja en un ascenso vertical de la curva. En Estados Unidos, el 0,1% más rico recibía por entonces una porción del ingreso que más o menos igualaba la del 1% superior en Francia: casi el 8% del ingreso total. En los Países Bajos, el milésimo situado en la cima de la pirámide se apropiaba el 1,1% del ingreso nacional, aproximadamente lo mismo que en su excolonia de Indonesia. En la mayor parte del mundo rico nucleado en la OCDE, con la excepción de la España en proceso de democratización, la desviación en la curva de la desigualdad del ingreso posterior a la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar alrededor de 1980, como punto bajo de la desigualdad.

Una causa fundamental de este cambio fue sin duda la desindustrialización. Comenzó en la segunda mitad de los años sesenta y se aceleró tras la crisis petrolera de los años setenta, con el subsecuente debilitamiento

de los trabajadores y los sindicatos (que habían alcanzado su máxima organización en esa década). Otra causa fue la expansión explosiva del capitalismo financiero, favorecido por el abandono del orden monetario posbélico de Bretton Woods e impulsado por la embestida de la desregulación financiera en los años ochenta. La globalización del capitalismo, con su inclusión de China, Vietnam y Europa Oriental, podría ser una tercera razón. Más adelante (en el capítulo 8) volveremos a este entramado causal.

Si bien en el mundo se pusieron en marcha poderosas fuerzas trasnacionales, su impacto no ha sido el mismo en todas las naciones. Dentro de la rica OCDE podemos distinguir entre *países U* y *países que viran a J*, denominados según la curva que refleja su distribución del ingreso durante el siglo XX.

Los países U están volviendo a su desigualdad anterior a la Segunda Guerra Mundial, en tanto que los países J mantienen más o menos las ganancias históricas de las clases populares después de la guerra mientras ponen freno al avance de la igualación, con lo cual en su mayoría experimentan hoy un aumento de la desigualdad. El grupo J está integrado por Europa Occidental, Argentina y los países asiáticos de la India, Indonesia y Japón.

El núcleo del grupo U está formado por los miembros del eximperio británico blanco, que en este aspecto, como en todos los demás, hoy son liderados por Estados Unidos, con el Reino Unido en segundo lugar. Nueva Zelanda, y probablemente ahora —aunque no tanto en 2005— Australia y Canadá, también están retornando a sus niveles de desigualdad previos a la Segunda Guerra Mundial.

La causa de este alineamiento no ha sido muy explorada ni es demasiado obvia, dadas las considerables diferencias entre las estructuras económicas y políticas de los países, así como su diferente sincronización. Mientras que Estados Unidos y el Reino Unido se embarcaron de lleno en la desigualación durante los años ochenta, Canadá en realidad avanzaba en la dirección opuesta en materia de ingreso disponible y recién pasó a la desigualación a mediados de los años noventa, debido a un viraje hacia la derecha en las políticas impositivas y transferenciales (OCDE, 2011a: cuadro A1.1).

Si observamos este patrón en conjunto con Japón y los países J de Europa Occidental, advertiremos que cualquier noción totalizadora de la "globalización" es una candidata endeble a la explicación general. La

desigualdad del ingreso —de los ingresos disponibles después de impuestos y transferencias— se incrementó en prácticamente todos los países ricos desde mediados de los años ochenta hasta mediados de la primera década del siglo XXI, aunque con variaciones temporales en las intensidades. En Suecia se produjo una oleada de desigualdad excepcionalmente fuerte desde mediados de los años noventa. Sin embargo, como este incremento partió de una base baja, el país todavía se mantiene por debajo del promedio de la OCDE en materia de desigualdad, aunque por encima de Noruega, Austria o la ex-Checoslovaquia, y en el rango de Alemania y Francia (véase el cuadro 10, más adelante). Entre los países europeos grandes, Alemania experimentó un aumento sustancial de la desigualdad, aunque se mantuvo por debajo del promedio de la OCDE. Francia ha podido resistir mejor el embate: su desigualdad en realidad decreció de mediados de los ochenta a mediados de los noventa y hoy se encuentra más o menos a la par con la de Alemania.

Educación

El recurso de la educación ha atravesado un proceso de igualación global desde 1980 (Goesling y Baker, 2008: cuadro 5), aunque la desigualdad educativa aún sigue siendo enorme en la India y en el resto de Asia Meridional, así como en los Estados árabes (véase el cuadro 8, más adelante). La desigualdad educativa dentro de los países también ha tendido a descender (Thomas *et al.*, 2000).

Sin embargo, los estudios arriba citados no ponen de manifiesto dos aspectos significativos de las divisorias educacionales, de creciente importancia debido al incremento que ha experimentado el valor de la educación formal. Uno es la divisoria entre las instituciones educativas privadas y públicas. En los niveles primario y secundario, las escuelas privadas son mejores que las públicas en la mayor parte del mundo —porque están mucho mejor equipadas y son más selectivas—, excepto por las escuelas privadas suecas financiadas con impuestos. La clásica escuela ciudadana del Estado nación está cayendo en un creciente abandono, incluso en la Europa Nórdica. Los niños son segregados en distintas escuelas desde una etapa muy temprana. Con respecto al nivel universitario, la segregación funciona en el sentido opuesto en algunos países, particularmente

en Brasil, pero también parcialmente en Chile, Japón y parte de Estados Unidos. Las selectivas universidades públicas ofrecen la mejor educación, de modo que los hijos de padres con bajo nivel educativo y/o ingresos insuficientes para pagar las escuelas secundarias privadas tienen que conformarse con instituciones de mucho menor calibre que especulan con servicios educativos caros de baja calidad. En el caso de Chile, este sistema fue introducido por la dictadura militar.

En segundo lugar, cada vez adquieren mayor visibilidad las consecuencias agravantes de las divisiones educacionales remanentes, como señalamos en el capítulo 1. En las "economías del saber" del siglo XXI, las personas con bajo nivel educativo corren con creciente desventaja, no solo en materia de ingresos sino también en lo que respecta a la salud y la duración de la vida.

Dentro de los países ricos ha prevalecido la noción académica de "persistente desigualdad" intergeneracional, introducida por un estudio con ese título (*Persistent Inequality*) que marcó un hito en el abordaje del tema (Shavit y Blossfeld, 1993). La constante revisión académica, que sigue en marcha, ha virado recientemente este panorama en una dirección un poco más positiva: todo indica que la distribución de los recursos educativos se ha vuelto menos desigual a lo largo de las dos generaciones pasadas (Breen *et al.*, 2009).

En lo que respecta a la participación de género, se ha producido una revolución silenciosa en cuyo marco las mujeres han superado visiblemente a los hombres en matriculación educativa en Argentina, Brasil y Malasia, así como en la mayoría de los países desarrollados del mundo. Las mujeres tienen hoy un desempeño tan bueno como el de los hombres, o levemente mejor, en países como Bangladesh, China, Irán (!) y México, pero no (aún) en la India, Indonesia y Vietnam (PNUD, 2007: cuadro 28).

Recursos de poder: la democratización y sus límites

Los actores humanos también pueden valerse de la política como recurso para alcanzar sus metas, es decir, en el marco de una organización colectiva de poder o presión. En líneas generales, la historia moderna ha marchado hacia una igualación de los recursos de poder, en particular

dentro de las naciones. Pero este ha sido un proceso extremadamente dilatado que aún no está completo en el nivel global.

La democratización no fue una evolución inexorable de la humanidad, sino más bien un drama histórico que en el mundo rico giró en torno a las dos guerras mundiales (Therborn, 1977), mientras que en las excolonias se desarrolló en el marco de la descolonización y sus vicisitudes. El sencillo principio de establecer un gobierno a través del sufragio universal no es todavía un derecho humano universalizado y aún se deniega en Arabia Saudí. Debieron pasar dos siglos para que fuera reconocido en la totalidad de Estados Unidos, cuando a fines de la década de 1960 pudieron por fin acceder al voto los afroamericanos del Sur. En la república brasileña demoró un siglo, hasta 1988, cuando los numerosos analfabetos fueron por fin aceptados como ciudadanos políticos. En Sudáfrica no se aprobó hasta 1994.

La historia política moderna no solo ha recorrido caminos sinuosos hacia la democracia, sino que también en gran medida ha propiciado dictaduras. Las dictaduras modernas no se basan en la exclusión socioeconómica, sino en una monopolización de facto del poder, ya sea a manos de instituciones jerárquicas, de la administración estatal y su aparato de seguridad, de los militares o del partido gobernante. Las dictaduras desempeñaron un papel preponderante en el siglo XX, pero el siglo finalizó con la derrota de varias de ellas, tanto interrelacionadas como aisladas. La importante oleada de democratizaciones latinoamericanas a lo largo de los años ochenta siguió principalmente el impulso de acontecimientos nacionales. Brasil transitaba una senda de apertura desde arriba, a instancias del movimiento obrero paulista y la Iglesia católica. Los militares argentinos quedaron devastados por su derrota en la Guerra de Malvinas/Falklands. La astuta dictadura chilena perdió un referendum crucial, que el régimen no estaba en condiciones de revertir a causa de sus divisiones internas. En América Central, puesto que las dictaduras no lograban derrotar ni vencer a la insurgencia que se alzaba contra las tremendas desigualdades, la democracia se alcanzó por medio de negociaciones pacíficas. En Corea del Sur estallaron temerarias luchas callejeras de estudiantes y obreros industriales — con el apoyo de amplios sectores de la clase media — que consiguieron arrancar la democratización a los militares, debilitados tras el asesinato de su líder Park Chung-hee después de un prolongado mandato. La sangrienta pero hábil dictadura

militar indonesio, que había asesinado entre medio millón y un millón de personas en el transcurso de unos pocos meses entre 1965 y 1966, sucumbió ante las protestas populares detonadas por la crisis financiera que asoló al Este Asiático en 1997-1998.

La implosión del comunismo de Europa Oriental redundó en una democratización de los recursos políticos a lo largo de la franja centro-este de Europa, desde el Báltico hasta Bulgaria, con procesos similares más tardíos en Ucrania y Georgia. También puso fin a la infatuación con los Estados unipartidarios en varios países de África. Por otra parte, en Rusia, Asia Central, Bielorrusia y la mayor parte del Cáucaso, la democratización consistió principalmente en sustituir una desigualdad de poder por otra de distinto tipo.

Los Estados unipartidarios sobrevivientes han emprendido hoy una gradual desjerarquización y una desmonopolización inclusiva, en China, Cuba y Vietnam, con la excepción de la dinástica Corea del Norte.

La trayectoria política inter-nacional también ha sido despareja, con el ascenso de los imperios mundiales (primero el británico y después el estadounidense, por encima de todo) y de las "superpotencias" de la Guerra Fría, que durante largo tiempo mantuvieron bajo su égida a organizaciones como la Liga de Naciones y la Organización de Naciones Unidas. No obstante, los votos de la Asamblea General de Naciones Unidas indican una creciente distribución en cierto modo menos desigual de la influencia política inter-nacional. En cuestiones relativas a Palestina, Estados Unidos pierde regularmente las votaciones, aunque sin efecto real en el terreno sionista armado hasta los dientes. Y la competencia anglo-francesa por los votos del Consejo de Seguridad sobre el lanzamiento de un ataque a Iraq liderado por Estados Unidos en 2003 no significó nada en última instancia. Los votos cuentan, pero cuando están en juego los intereses de la elite dominante, deciden las armas.

Dentro de las naciones, los movimientos sociales, las asociaciones colectivas y las elecciones con amplio derecho al voto —en pocas palabras, la democratización— han puesto en marcha una importante igualación de los recursos políticos, antes monopolizados por monarcas y otros déspotas. Sin embargo, tal como en el caso de los recursos económicos, la igualación política se ha detenido o revertido en tiempos recientes a raíz de la desindicalización, la erosión de los partidos políticos y la disolución social generalizada de las clases populares. Por otra parte,

a diferencia de la creciente concentración que tuvo lugar en el caso de los recursos económicos, el surgimiento de las redes sociales electrónicas ofrece la posibilidad de crear una comunicación autogenerada de masas. En las protestas de 2011, la "primavera árabe", las revueltas panmediterráneas y los movimientos Ocupa del Atlántico Norte, presenciamos su poder de movilización, aunque también quedaron en evidencia los límites de su potencial para la transformación de la sociedad.

IV. El mundo desigual de hoy

Mi inclinación a ver el presente como historia nos ha traído de vuelta al presente, y ya en el primer capítulo nos habíamos encontrado frente a frente con experiencias actuales de muerte y atrofia. En las páginas que siguen, observaremos algunos patrones sistemáticos que se perciben en el mundo desigual de hoy. Y trataremos de hallar la respuesta a tres grandes enigmas acerca de la travesía que recorrimos hasta aquí.

7. Patrones mundiales de la actualidad y dinámica de las desigualdades

Desarrollos desiguales entre los desiguales

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha comenzado a adaptar recientemente sus índices de desarrollo humano[1] a fin de tomar en cuenta la desigualdad. El panorama de los ingresos se amplía así al incluir también el recurso educacional y una medición de la desigualdad vital. En líneas generales, el PNUD determina que un cuarto del desarrollo humano mundial se pierde por las distribuciones desiguales. Si bien las dimensiones de esta estimación pueden estar abiertas a la discrepancia, al menos la iniciativa del PNUD ha vuelto posible la comparación entre los distintos tipos de desigualdad existentes en todo el mundo (véase el cuadro 8).

Los distintos tipos de desigualdad tienen una distribución mundial irregular. La desigualdad vital, a pesar de su resiliencia de clase incluso en el nivel de desarrollo alcanzado por los Estados de bienestar, hace más estragos en África y en el mundo menos desarrollado en general. La educación desigual es particularmente visible en la India, así como en el resto de Asia Meridional y en los Estados árabes. China sale mucho mejor parada que la India debido a sus menores desigualdades en lo concerniente a esperanza de vida y educación, que en total reducen su índice en el 22% a diferencia del 28% que se pierde en la India. La desigualdad de

[1] El índice de desarrollo humano es un indicador compuesto por la esperanza de vida al nacer, el nivel educacional y el ingreso nacional per cápita.

América Latina se concentra en el ingreso a pesar de que ha transcurrido una década de igualación.

Cuadro 8. *Pérdida de bienestar humano por diferentes tipos de desigualdad en las regiones del mundo en 2011*
Pérdida porcentual en el valor del IDH

	Índice general	*Esperanza de vida*	*Educación*	*Ingreso*
Países con desarrollo muy alto	11,5	5,2	6,2	22,2
Países menos desarrollados	32,4	34,7	36,8	25,3
Estados árabes	28,4	18,0	40,8	17,8
Asia Oriental	21,3	14,3	21,9	20,8
Europa Oriental, Asia Central	12,7	11,7	10,7	15,7
América Latina	26,[illegible]	13,4	23,3	39,3
Asia Meridional	28,4	26,9	40,9	15,1
África Subsahariana	34,5	39,0	35,8	28,4
Mundo	23,0	19,0	26,2	23,4

Fuente: PNUD (2011: cuadro 3).

A escala mundial, los países ricos o con "desarrollo muy alto" son los menos desiguales. Entre los países más ricos, Estados Unidos es el que más desarrollo pierde a raíz de la desigualdad: el 15% en total, en comparación con el 7% de Alemania, el 8% del Reino Unido y el 9% de Francia y España. Las pérdidas más pequeñas se han registrado en los países escandinavos y en Eslovenia, calculadas un poco por debajo del 6%. La región que más se aproxima a Estados Unidos en materia de desigualdad general es Europa Meridional, que desde Portugal hasta Grecia experimenta en su IDH una pérdida del 10% al 13% a causa de la desigualdad. Ajustado por la distribución, el desarrollo de Estados Unidos se encuentra levemente por debajo del italiano. Faltan los datos japoneses, pero Corea del Sur obtiene resultados un poco peores que Estados Unidos porque presenta la distribución educativa más desigual entre los países desarrollados, que parece deberse en gran medida a un efecto generacional causado por una reciente expansión de gran magnitud en la educación superior.

En Iberoamérica, las peores perdidas se registraron en Bolivia y Colombia —un tercio del IDH— principalmente a causa de una perdurable desigualdad del ingreso. Sin embargo, vale la pena señalar que la extrema desigualdad distributiva del ingreso en la región coexiste con una desigualdad considerablemente menor en materia de educación y esperanza de vida. En los países más desiguales —Haití y varios países africanos, desde Namibia hasta la República Centroafricana—, un buen 40% del ya bajo nivel de desarrollo promedio se pierde a causa de la desigualdad.

Las diferencias nacionales internas en lo concerniente al desarrollo humano son inmensas. En la India, por ejemplo, la ratio entre los índices de desarrollo humano del quintil más rico y el quintil más pobre de la población en 1997-1999 era aproximadamente igual a la diferencia entre los índices de desarrollo humano nacionales de Estados Unidos y la India en 2011. Según estimaciones de Michael Grimm *et al.* (2009: cuadro 1), el desarrollo humano del quintil más rico en países pobres como Kirguistán, Vietnam, Indonesia y Bolivia es igual o mayor que el asignado al quintil más pobre de Estados Unidos. En Brasil, el 60% de la población vive con un nivel más alto de desarrollo que el quintil más pobre de los estadounidenses (los datos se refieren a alrededor del año 2000). Las cifras de Grimm *et al.* son estimaciones derivadas empíricamente, producidas con gran ingenio académico, pero deberían tomarse como indicadores más que como verdades demostradas. Siguiendo la metodología del PNUD, dichas estimaciones descuentan incrementos del ingreso, lo cual implica asignar un mayor peso a la salud y la educación. No obstante, lo cierto es que ponen de relieve un aspecto muy importante de la desigualdad mundial contemporánea, a menudo oscurecido por las comparaciones enfocadas en el PBI: el nivel pasmosamente alto que pueden alcanzar las desigualdades intra-nacionales.

Los diferenciales entre las esperanzas de vida ilustran muy bien esta observación. Alrededor de 2010, los hombres suecos del municipio de Danderyd (un suburbio de Estocolmo habitado por clases medias altas) vivían en promedio 8,6 años más que sus conciudadanos del lejano norte, residentes en el pequeño municipio obrero y campesino de Pajala (Estadísticas de Suecia, 2011): una brecha levemente mayor que la diferencia nacional entre Suecia y Egipto (PNUD, 2011: cuadro 1). En el Reino Unido, las brechas de longevidad son aún más grandes, como señalamos antes en el caso de Londres y como veremos más adelante.

El PNUD no calcula la desigualdad existencial, pero incluye un índice de desigualdad de género, compuesto en primer lugar por las tasas de mortalidad materna y fecundidad adolescente; en segundo lugar, por la educación secundaria y los escaños parlamentarios en comparación con los hombres; en tercer lugar, por las tasas de participación relativa en la fuerza de trabajo. Desde este punto de vista, la desigualdad de género en el mundo se ve como lo indica el cuadro 9 (cuanto más bajo es el índice, menor es la desigualdad).

CUADRO 9. *Desigualdad de género en el mundo, 2011*
Índice de desigualdad

Grupos de países y países individuales	
Desarrollo humano muy alto	0,224
Países menos desarrollados	0,594
País más igualitario (Suecia)	0,049
Estados árabes	0,563
China	0,209
Estados Unidos	0,299
Europa Oriental y Asia Central	0,311
América Latina y el Caribe	0,445
Asia Meridional	0,601
África Subsahariana	0,610
Mundo	0,492

Fuente: PNUD (2011: cuadro 4).

Los índices compuestos siempre están abiertos a controversias en lo referente a la selección de los indicadores y su incidencia en el valor final; en su valoración de la desigualdad de género, el PNUD parece adjudicar más peso a la salud reproductiva que a los aspectos existenciales. El pésimo resultado de Estados Unidos —cuya desigualdad de género es mayor que la de China— parece deberse en primer lugar a la mortalidad materna y los partos adolescentes, que también explican por qué el Reino Unido tiene el mismo valor de índice que China. Corea y Japón exhiben baja desigualdad, junto con Europa Occidental continental, con valores que oscilan entre 0,10 y 0,12, mientras que Suiza, Alemania y los países escandinavos

permanecen por debajo de 0.1. En Asia Meridional, la India es más desigual que Paquistán y Bangladesh a pesar de registrar un índice más bajo de muerte materna, ya que carga con mayor fecundidad adolescente y menor participación parlamentaria femenina, así como un sesgo de género más alto que el de Bangladesh en materia de educación secundaria y participación en la fuerza de trabajo. Los peores pecadores contra la igualdad de género, con valores que superan el 0.7 según estimaciones del PNUD, son algunos países africanos del Sáhel —Chad, Mali y Níger— junto con el Congo-Kinshasa, Afganistán y Yemen. Dos países del África Subsahariana —Ruanda y Burundi— obtienen índices un poco mejores que el promedio mundial, mientras que Sudáfrica coincide casi exactamente con ese valor.

Otra manera de abordar la desigualdad existencial de género consiste en investigar normas y prácticas familiares, como lo he hecho en un estudio histórico sobre sexo y poder en el siglo XX (Therborn, 2004). Hoy los dos mayores reductos del dominio masculino en la familia son el África Subsahariana y Asia Meridional, especialmente en el norte de ambas regiones. De acuerdo con datos de encuestas realizadas por UNICEF (2007: 19 y 20), en países como Nigeria y Mali, aproximadamente dos tercios de las mujeres dicen que es el marido quien toma decisiones sobre gastos diarios del hogar y quien determina si la esposa puede visitar a amigos o parientes. En Uganda y Tanzania, poco menos de la mitad de las esposas reportan esto; en Kenia y Ghana, alrededor de un tercio de las mujeres casadas, proporción que baja a un quinto en Zimbabue (Sudáfrica no formó parte de esta encuesta). En Bangladesh, un tercio de las mujeres experimentan las correspondientes condiciones; en Marruecos y Egipto, no menos de un cuarto. En la encuesta de la India, la enunciación de estas preguntas era un poco diferente, pero solo un tercio de las mujeres indias casadas dijeron que podían ir solas al mercado, a un centro de salud y fuera de la comunidad. En 2005-2006, el 45% de las mujeres indias de 15 a 49 años de edad señalaron que había al menos una razón específica que habilitaba al marido a pegarle a su esposa (Namasivayam *et al.*, 2012: cuadro 2).

Bajo el auspicio de la ONU y presiones de los feminismos nacionales, las leyes que reforzaban el poder patriarcal en Europa Occidental y las Américas se desguazaron durante el último tercio del siglo XX (Therborn, 2004: 100 y ss.). Aunque este proceso global no dejó de influir en

las normas oficiales, su impacto fue mucho mas limitado en África y en Asia. Los países árabes, así como numerosos países africanos (como el Congo-Kinshasa), tienen leyes que dictan la obediencia de la esposa y requieren el consentimiento del esposo/padre/pariente masculino, por ejemplo, para sacar un pasaporte (Banda, 2008: 83 y ss.). Un proyecto de ley propuesto por el gobierno de Mali que revocaba la cláusula de obediencia fue retirado en 2009 a instancias de la oposición conservadora masculina, a pesar de que se había aprobado en el Parlamento (véase <www.wluml.org>).

Un área que permite medir el rebrote del patriarcado y el masculinismo es la ratio sexual de nacimientos, de niños sobrevivientes y de esperanza de vida masculina-femenina. La baja fecundidad —política pública impuesta en China y opción elegida en otras partes del mundo—, la preferencia patriarcal/masculinista por el hijo varón y la tecnología ecográfica prenatal han sesgado en tiempos recientes las ratios sexuales de los nacimientos en un conjunto distintivo de países. Este fenómeno se ha observado en Asia Meridional, Corea del Sur, China, Vietnam, las repúblicas caucásicas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia, así como las repúblicas balcánicas occidentales de Albania y Montenegro (UNFPA, 2011: 13).

En la India, la ratio sexual entre los 0 y los 6 años de edad se ha incrementado desde una distribución normal de 104-106 varones por cada 100 mujeres en 1981 y 1991, a 109:100 en 2011 (PNUD, 2011: 15 y ss.). La ofensiva masculinista alcanzó su máxima fuerza en la China posmaoísta, cuya ratio sexual de nacimientos subió vertiginosamente desde 107:100 en 1982 hasta 120:100 en 2005 y se ha estabilizado en ese punto hasta ahora (UNFPA, 2011: 13).

Los matrimonios concertados por el padre y/o la madre siguen siendo importantes en el siglo XXI, aunque se desconoce su prevalencia exacta. Estos matrimonios predominan todavía en Asia Meridional —es decir, en la India, Paquistán, Nepal y Bangladesh (Mody, 2008; WLUML, 2006: cap. 3; Jones, 2010)— y su práctica se perpetúa en la actual diáspora (Charsley y Shaw, 2006). Es una costumbre muy difundida en las zonas rurales de Asia Central y en Asia Occidental —incluidas las zonas rurales de Turquía—, así como en el África Septentrional y Subsahariana. También es común en partes sustanciales del Sudeste Asiático, como Malasia e Indonesia, donde cuenta con el respaldo de permisivas leyes nacionales o provinciales (WLUML, 2006: cap. 3). La ley islámica

prohibe los matrimonios forzados, pero no exige el consentimiento activo de la novia. Las concertaciones parentales de matrimonios siguen siendo importantes en China, particularmente en el oeste rural (Xu *et al.*, 2007; Judd, 2010).

Sin embargo, es importante subrayar la inexactitud de la actual concepción binaria que opone los matrimonios concertados a los matrimonios por elección. Los matrimonios concertados clásicos, en los que no se consulta a los futuros cónyuges —o al menos a la novia—, han desaparecido en gran medida en Asia Oriental (Jones, 2010; Tsutsui, 2010; Zang, 2008) y están mermando también en el resto del continente (WLUML, 2006; Bhandari). En países árabes como Egipto y Marruecos, una abrumadora mayoría apoya la idea de que las mujeres deben tener derecho a elegir su cónyuge, y también es masiva la percepción de que así son las cosas en la actualidad (PNUD, 2005: 263 y 264). Entre la concertación parental exclusiva y la elección individual sin consultar a los padres, existe hoy un abultado continuo afro asiático de iniciativas, vetos, negociaciones, acomodamientos y soluciones de compromiso. Sin embargo, el matrimonio en África y Asia continúa siendo una cuestión más familiar que individual.

Otras manifestaciones fundamentales de la desigualdad existencial son el racismo y la estigmatización étnica. Antes señalamos los notables avances que experimentó la igualdad existencial durante la segunda mitad del siglo pasado —particularmente en el último tercio—, proceso que culminó a principios de los años noventa con la caída del *apartheid* en Sudáfrica. Sin embargo, todo indica que desde entonces el progreso de la igualdad existencial humana se ha frenado, e incluso ha debido retroceder por la fuerza en algunos lugares; aquí las excepciones son los países andinos de America del Sur, donde los pueblos indígenas están en proceso de reafirmación, así como Europa Occidental y las Américas con respecto a la homosexualidad y los matrimonios del mismo sexo. En una serie de países se han desbaratado anteriores *modi vivendi* interétnicos e interreligiosos al quebrarse el caparazón de los regímenes autoritarios que garantizaban la coexistencia. Las guerras de Yugoslavia y de la sucesión poscomunista en la región caucásica son los ejemplos más dramáticos; el genocidio ruandés de 1994, literalmente bajo la mirada de la ONU, fue el más horrendo. Pero los ejemplos abundan: desde el violento racismo contra los caucásicos y los centroasiáticos en la

Rusia poscomunista hasta el creciente antisemitismo en Hungría y Polonia, la atroz discriminación contra los gitanos sinti y romaníes en Eslovaquia, Hungría y Rumania, los violentos conflictos sectarios en el Iraq posterior a la invasión, la tremenda discriminación contra los rohingya en Myanmar y un largo etcétera. Entre los judíos de Israel está cobrando cada vez mayor fuerza una visión de sí mismos como raza superior, con la acelerada colonización de los territorios palestinos y una creciente vehemencia en las demandas de deportar —"transferir"— a los palestinos de Palestina.

No obstante, a pesar de ciertos reveses y algunas horribles exhibiciones denegatorias de la igualdad existencial entre los seres humanos, los logros obtenidos por el feminismo y los movimientos antirracistas a fines del siglo XX no corren peligro visible de quedar desbaratados. Y en tiempos recientes hubo tres categorías de personas que ganaron reconocimiento y respeto por primera vez en la era moderna: los pueblos indígenas, o los extramodernos; los homosexuales, o los proscriptos de la sexualidad moderna; las personas con discapacidades, o los que antes estaban siempre ocultos.

En lo que respecta a la desigualdad vital, por otra parte, se observa una tendencia al incremento dentro de las naciones ricas, tal como señalamos tanto en el primer capítulo como en la reseña histórica de las páginas anteriores. La desigualdad entre los países entró en alza alrededor de 1990, a causa del sida en África y de la restauración capitalista en la ex Unión Soviética. En ambos casos se ha observado una leve merma en la cantidad de víctimas durante los años recientes; en Sudáfrica, desde 2005. No obstante, si se compara la tasa de mortalidad de 2010 con la de 1990, el 10% y el 14% adicional de hombres que sobrevivieron hasta los 15 años de edad respectivamente en Rusia y Ucrania están muriendo antes de cumplir los 60 años. Para la población masculina, la restauración del capitalismo en Ucrania fue casi tan letal como el sida en Sudáfrica, donde la tasa de mortalidad trepó el 15%. Entre las mujeres, en cambio, la hecatombe poscomunista es menor que entre los hombres —ya que su tasa de mortalidad antes de los 60 años aumentó solo el 4%— y mucho menor que la mortandad por sida en Sudáfrica. Durante el mismo período, las muertes prematuras de adultos en el Reino Unido disminuyeron el 4% para los hombres y el 2% para las mujeres (Rajaratnam *et al.*, 2010: 1710 y 1711).

La desigualdad vital también está dejando una impronta dramática en la vida urbana, tal como señalamos con referencia a Londres en la reseña histórica de las páginas precedentes. Allí los habitantes de las áreas más pobres vivían cinco años menos que sus conciudadanos de las zonas más ricas al iniciarse el período gubernamental del Nuevo Laborismo (en 1999-2001), y casi nueve años (8,9) menos hacia el final (2006-2008) (Observatorio Londinense de la Salud, 2011). La brecha en la esperanza de vida entre los distritos de Londres es igual a la que se abre entre el Reino Unido y Guatemala (UNICEF, 2012: cuadro 1). La desmedida brecha vital entre Glasgow Calton y Glasgow Lenzie —28 años— es la misma que separa al Reino Unido de Haití. El distrito más bien central de Calton, que está lejos de ser un barrio marginal, constituye un caso extremo cuyo origen aún no se ha determinado con claridad, pero en el que se entretejen problemas de desempleo, alcoholismo y abuso de drogas que incluso un visitante casual advierte a primera vista (véanse datos y contextualización en Hanlon *et al.*, 2008). No obstante, todo indica que los malos entornos barriales causan por sí mismos un efecto negativo en la salud de las personas, con independencia de las privaciones individuales (Bilger y Carrien, 2013). Desde una perspectiva geográfica más amplia, la brecha entre las esperanzas de vida de Glasgow y Chelsea-Kensington, que alcanzó 12 años en 2009-2010 (ONS, 2011), es igual al abismo que se abre entre el Reino Unido y Ucrania (OMS, 2012: cuadro 1).

El patrón mundial de la desigualdad del ingreso

Los cuadros sobre distribución del ingreso tienen mucho en común con las encuestas de opinión política: son interesantes; son indispensables para los verdaderos interesados; en general reflejan bien las proporciones más importantes, aunque no siempre muestran al mayor ganador ni al que pierde por un margen escaso; varían siempre de una a otra fuente y estiman márgenes de error. Pero en contraste con las encuestas de opinión, en la distribución del ingreso no hay resultados electorales finales que determinen quiénes se equivocaron y quiénes acertaron en sus estimaciones.

Hoy las estimaciones de la distribución nacional se basan en encuestas de hogares, con márgenes de error similares a los que arrojan las encuestas políticas, aunque las encuestas económicas son en general mucho

más extensas. En ellas siempre resulta muy difícil llegar a los muy ricos, y a menudo también a los muy pobres. Este problema suele zanjarse mediante el "censuramiento", es decir, estimando ingresos por encima y por debajo de las sumas en las que se detuvo la cuenta, con lo cual la medida real de la desigualdad queda censurada.

Las comparaciones internacionales también se exponen a algunas dificultades básicas de la comparabilidad. Mientras que la mayoría de las encuestas nacionales evalúan los ingresos, muchas naciones asiáticas —incluidas algunas grandes, como la India, Paquistán, Bangladesh e Indonesia— se ciñen a las encuestas sobre gastos de consumo. Si bien suelen presentarse juntos en el mismo cuadro de la ONU o el Banco Mundial, a veces sin nota al pie, el ingreso y el consumo redundan en estimaciones muy diferentes de la desigualdad. Como los ricos ahorran más, mientras que los pobres suelen verse obligados a consumir por vía del endeudamiento, los gastos de consumo arrojan índices más bajos de desigualdad. Nunca se ha estandarizado esta variación, pero parece situarse en un rango de 6-10 puntos Gini. Otro problema, aunque algo menor, es el hecho de que los datos de la OCDE suelen medir el ingreso disponible —después de impuestos y transferencias públicas—, mientras que otras encuestas sobre el ingreso se refieren a los ingresos brutos de mercado. Puesto que la redistribución pública es más escasa fuera de los países desarrollados de la OCDE, el efecto de esta discrepancia no es demasiado importante.

Al menos entre los académicos europeos, el proyecto LIS, dirigido por una asociación académica internacional con sede en Luxemburgo, se ha considerado hasta ahora la mejor fuente de datos comparables para determinar la desigualdad intra nacional del ingreso, ya que su información se basa en encuestas nacionales estandarizadas. Y es probable que continúe siendo la fuente más idónea, pero aun así no tiene la validez de un resultado electoral. Advertí la magnitud de este problema de forma bastante drástica al constatar la enorme diferencia que hay en la desigualdad estadounidense si se toman los datos de LIS o si se recurre a la CBO. Según el primero, el coeficiente de Gini correspondiente al ingreso disponible en Estados Unidos ascendía a 0,38 en 2007 (LIS, 2012), mientras que la segunda fuente registraba un valor de 0,49 (después de transferencias e impuestos federales) (CBO, 2011a: 19). El PNUD (2011: cuadro 3) situó el valor en 0,41, cálculo que puede o no haber tomado también en consideración los impuestos estaduales y locales (cabe aclarar que este

coeficiente a veces se multiplica por 100, como en el cuadro 10, de modo tal que oscila entre 0 y 100 en lugar de hacerlo entre 0 y 1.

De ahí que no se pueda confiar plenamente en las cifras absolutas de distribución y se corran riesgos al erigir modelos matemáticos a partir de ellas. Sin embargo, estas limitaciones no son excusa para alegar una supuesta falta de conocimiento. Aunque algunas importantes comparaciones entre países a veces resultan engañosas, los contornos del patrón mundial son bastante claros e incontrovertidos desde el punto de vista académico (véase el cuadro 10).

Si bien no puedo aseverar que el cuadro 10 sea *el* panorama verdadero de la desigualdad del ingreso en el mundo, no me cabe duda de que es el más exacto disponible, al menos al momento de escribir este libro. Se basa principalmente en monografías nacionales e informes oficiales, así como en recolecciones de datos a cargo de instituciones regionales muy capacitadas de África, Asia, Europa y América Latina. En relación con muchas de las principales bases de datos más respetables, como el LIS, Eurostat, la OCDE, el PNUD y el Banco Mundial, aquí se introducen algunas revisiones considerables. La más importante, dado el peso global del ítem, es el significativo empujón hacia arriba que han recibido las cifras de la desigualdad estadounidense, consecuencia directa de los datos proporcionados por la CBO de ese país. Contra todos los esfuerzos de las altas esferas políticas y financieras del Reino Unido, la divisoria atlántica de la desigualdad económica se ha ensanchado (se constataron los datos de la ONS). La frecuente subestimación internacional de la desigualdad india, que deriva de mezclar los gastos de consumo con los del ingreso, se corrigió sobre la base de dos estudios nacionales distintos pero coincidentes. El récord igualitario de los Países Bajos y la región escandinava, en particular de Suecia, que los medios internacionales suelen inflar, quedó alterado aquí luego de la consulta a fuentes oficiales de estadísticas nacionales.

El orden relativo de China y la India sigue pendiente de solución. Una encuesta china sobre gastos a la que ha recurrido el ADB (2012b: cap. 2) respalda la usual subvaloración de la desigualdad en la India. La brecha entre zonas rurales y urbanas es sin duda mucho mayor en China —la más ancha de Asia por lejos—, mientras que en la India se han incrementado las diferencias entre estados/provincias. El 5% y el 1% más ricos de este país parecen llevarse una porción más grande del ingreso nacional que sus homólogos de China (véase el cuadro 7). El lugar de

Indonesia, cercano a China y la India, tampoco está claro, pero el ADB lo sitúa entre ambos países. En cuanto a Bangladesh y Paquistán, parecen ser menos desiguales que la India en materia de ingresos (ADB, 2012b: 47 y ss., 68 y ss.; Atkinson *et al.*, 2010: 730 y ss.).

CUADRO 10. *Desigualdad del ingreso en países del mundo, 2005-2011*
Coeficientes de Gini y ratios entre quintiles, es decir, la ratio entre las porciones del ingreso que se llevan el quintil más rico y el quintil más pobre de la población

Desigualdad más alta del mundo	*Gini > 60*	*Ratio entre quintiles*
Sudáfrica (2008)	66	35
Namibia (2010)	64	
Desigualdad muy alta	*Gini claramente > 50*	*Ratio entre quintiles > 20*
Brasil (2011) y Bolivia, Colombia, República Dominicana, Guatemala, Honduras	56	22
Desigualdad alta	*Gini alrededor de 50*	*Ratio entre quintiles > 10*
China	49-54	12
India y algunos países de Asia, como Malasia y Tailandia	34-35	..
Zambia y partes de África, incluida Nigeria	55 49	15 ...
Argentina (zonas urbanas en 2011)	49	15
México (2010) y la mayoría de los restantes países latinoamericanos	48	13
Desigualdad muy sustancial	*Gini entre 40 y 50*	*Ratio entre quintiles > 7*
Estados Unidos (2007)	49	8,6
Rusia	42	8
Desigualdad sustancial	*Gini alrededor de 30*	*Ratio entre quintiles 7*
España	34	6,8
Reino Unido	33	5,3
Japón	33	6

Corea del Sur	[illegible]	[illegible]
Polonia	[illegible]	[illegible]
Francia	[illegible]	[illegible]
Etiopía	[illegible]	[illegible]
Alemania	[illegible]	[illegible]
Suecia	[illegible]	[illegible]
Dinamarca	[illegible]	[illegible]
Finlandia	[illegible]	[illegible]
Delimitados en igualdad	*Gini* [illegible] *30*	*Ratio entre quintiles* [illegible] *4*
Austria	26	[illegible]
República Checa	[illegible]	[illegible]
Países Bajos	29	[illegible]
Noruega	25	3,6
Eslovaquia	26	3,8
Eslovenia	24	3,5

Fuentes: África: *African Statistical Yearbook* (2012: 33); Sudáfrica: Leibbrandt *et al.* (2010: cuadros 2.9 y A.2.3); China: Li Shi *et al.* (2011); India: Das (2012: 61), con referencia a la desigualdad salarial general, con un Gini de 55, y los economistas del Banco Mundial Peter Lanjouw y Rinku Murgai en informe de *The Economist* (2012: 8); Japón y Corea del Sur: OCDE (2011b: cuadro A1.1); otros de Asia: ADB (2012a: cuadro 2.1); UE: Eurostat (2013); América Latina: CEPAL (2012: cuadros II.A.1.2); países nórdicos y Países Bajos —oficinas de estadísticas nacionales—: Dinamarca: Estadísticas de Dinamarca (2011); Finlandia: Estadísticas Oficiales de Finlandia (2012); Países Bajos (solo el Gini): Oficina Central de Estadísticas de Países Bajos (2012); Noruega: Statistisk sentralbyrå (2012); Suecia: Estadísticas de Suecia (2013c); para el resto de Europa y Rusia: [illegible] (2011: cuadro 3).

El peso de la historia incide de manera muy despareja en el panorama del mundo descripto más arriba, cuya visión de conjunto reivindica el potencial de la economía política contemporánea. La igualación comunista se ha desechado en China y en Rusia, pero parece haber sobrevivido en la ex-Checoslovaquia y en Eslovenia, cuyas desigualdades no eran tan marcadas antes de la etapa comunista. Por otra parte, tanto la desigualdad capitalista como la precapitalista continúan oprimiendo a América Latina, Sudáfrica y la India, a pesar de los numerosos intentos honorables de modificar la situación.

Las desigualdades económicas nacionales del mundo exhiben ciertos patrones geoeconómicos históricos claros. Los países en peores condiciones son los que fueron colonizados por racistas blancos para la explotación de recursos mineros y agrícolas: Sudáfrica y Namibia, Brasil y

Bolivia, junto con la mayor parte de América Latina. El África Subsahariana exhibe en conjunto un patrón distributivo muy variado. Próximos a los desafortunados herederos del *apartheid* se ubican países de un desarrollo socioeconómico similarmente escaso y abundante riqueza mineral, dominados por pequeñas elites que se apropian de la renta, como la República Centroafricana y Angola. A continuación viene un grupo de economías dinámicas, jerárquicas y corruptas: algunas con recursos minerales, como Nigeria y Zambia; otras que no los tienen, como Kenia. En una etapa temprana del desarrollo económico moderno y sin un botín extractivo que ofrecer, se encuentran países donde hasta ahora se observa una desigualdad económica limitada, como Etiopía (de rápido crecimiento actual) y los países del Sáhel.

América Latina exhibe una desigualdad más homogénea. Un solo país registra hoy un coeficiente de Gini por debajo de 40: la Venezuela chavista, por escaso margen. El neoliberalismo de fines del siglo XX empujó por encima de esa marca a los países históricamente menos desiguales, Uruguay y Costa Rica. Las interminables tragedias de Haití, que se remontan a la traumática venganza de la Francia imperial y Estados Unidos contra la primera revolución negra del mundo, constituyen un caso especial. Pero la desigualdad latinoamericana continental deriva de una constelación interconectada y superpuesta de poderosas fuerzas que la han fomentado a lo largo de la historia: las inmensas rentas mineras; la esclavitud para explotar plantaciones; la renta de la tierra de los fértiles latitundios, explotados con o sin la mano de obra de siervos indígenas (Argentina y Uruguay en el segundo caso), y las jerarquías raciales. Los procesos de continua reproducción y expansión de la desigualdad se descarrilaron ocasionalmente por obra de revoluciones —como en México y Bolivia— o populismos presidenciales, aunque nunca durante mucho tiempo; tras estas breves interrupciones, fueron restablecidos primero por las ráfagas de la Guerra Fría que llegaban desde el Norte y más tarde por los severos sermones neoliberales del Consenso de Washington.

Los pioneros del desarrollo extraeuropeo exitoso en el Nordeste Asiático —Japón, Corea y Taiwán— ostentan una distribución económica notablemente similar a la de los Estados de bienestar europeos. Los Estados desarrollistas del Nordeste Asiático han logrado mantener a raya la peor desigualdad económica promoviendo la cohesión social patriarcal

y étnica más que mediante políticas redistributivas. Corea tiene la menor desigualdad del ingreso entre adultos jóvenes en la zona de la OCDE, e incluso el actual Japón se encuentra levemente por debajo del promedio en este respecto (OCDE, 2011a: figura 6.1). En las grandes economías asiáticas de China, la India, Indonesia y Bangladesh, la desigualdad económica se ha incrementado con fuerza durante las últimas dos décadas (ADB, 2012a: 7), pero el "Asia en desarrollo" permanece por debajo de los arcos que traza la desigualdad en África y América Latina.

Europa se mantiene compacta, al menos por ahora. Ningún país situado al oeste de Rusia tiene un Gini igual o mayor a 40. El Gini global de la UE es de 31, con una ratio 80:20[2] de 5. A la cabeza de la desigualdad económica en Europa Occidental se encuentran España, Portugal, el Reino Unido y Grecia. Europa Septentrional Central es la región menos desigual del mundo, con Noruega como representante más fidedigno, a pesar de su renta petrolera. En los Estados sociales, hoy bajo asedio neoliberal, todavía se conserva el legado que dejó la excepcional influencia del movimiento obrero europeo en sus diversas corrientes: la socialdemocracia, la democracia cristiana y el comunismo.

Oportunidades de los hijos: relaciones intergeneracionales del ingreso

La nueva economía de la desigualdad de oportunidades está inaugurando una nueva perspectiva en comparación con la preocupación sociológica por la movilidad social intergeneracional que caracterizó al siglo XX. La preocupación es la misma —la idea liberal de la igualdad de oportunidades—, pero los economistas indagan ahora en enfoques más amplios de los resultados, no en primer lugar las ocupaciones, sino las ganancias, la salud y los logros educativos (estos últimos también contemplados por la sociología de la educación). Mientras que la investigación sobre movilidad hacía hincapié en los atributos compartidos por las sociedades industriales (Eriksson y Goldthorpe, 1993), la actual pesquisa sobre desigualdad de oportunidades pone de relieve las diferencias de oportunidad entre las distintas naciones.

[2] Ésta es la ratio entre el ingreso de los percentiles 80º (rico) y 20º (pobre) de la población.

Las ganancias que perciben los hijos adultos en su carrera laboral dependen significativamente del ingreso y el nivel educativo que tuvieron los padres. Pero la desigualdad de oportunidades, o aquello que los economistas denominan "elasticidad generacional del ingreso", registra fuertes variaciones entre los países (véase el cuadro 8). La medición de la elasticidad puede arrojar valores entre 0 y 1: el 0 indica que los diferenciales del ingreso parental no se trasmiten en absoluto a los hijos adultos y el 1 significa que se trasmiten completamente.

El panorama general que muestra el cuadro 11 encuentra confirmación en varios estudios similares —con ciertas diferencias entre las metodologías y las bases de datos—, referidos al ingreso adulto en las décadas de 1990 o de 2000 y al ingreso que obtuvieron los padres de esos adultos en el pasado (por ejemplo, OCDE, 2008: cap. 8; Marrero y Rodríguez, 2012; Lefranc *et al.*, 2008; Jäntti *et al.*, 2006).

CUADRO 11. *Desigualdad de oportunidades de ingresos hacia fines del siglo XX*

Coeficientes de elasticidad: cuanto más alto es el coeficiente, más fuerte es el vínculo entre los ingresos generacionales y mayor es la desigualdad de oportunidades.

Reino Unido	0,50
Italia	0,50
Estados Unidos	0,47
Francia	0,41
España	0,40
Japón	0,34
Alemania	0,32
Suecia	0,27
Australia	0,26
Canadá	0,25
Finlandia	0,18
Noruega	0,17
Dinamarca	0,15

Fuente: Corak (2012), cuadro 1.

En vista de las usuales percepciones ideológicas, llama la atención la limitada igualdad de oportunidades existente en Estados Unidos, discrepancia que se debe en primer lugar a la portentosa falsedad de la leyenda

sobre el paso de la pobreza a la riqueza. En el quintil más pobre de la población estadounidense los hijos tienen una probabilidad mucho mayor de quedarse atascados en el extremo más bajo de la jerarquía de ingresos, incluso más que en el Reino Unido (OCDE, 2008: cuadro 8.1). Tampoco debería pasar desapercibido el hecho de que la desigualdad de oportunidades se correlaciona positivamente con la desigualdad de resultados: los países con la mayor desigualdad intrageneracional exhiben la mayor desigualdad intergeneracional, mientras que la menor desigualdad intergeneracional aparece en los países con la menor desigualdad intrageneracional de resultados.

No obstante, nunca hay que desechar de plano las ideologías populares, ya que en general se volvieron potentes porque alguna vez estuvieron en contacto con la realidad. La relativamente alta movilidad del ingreso en Australia y Canadá, dos países con una desigualdad general mayor a la de Europa Noroccidental continental, indica la posible existencia de una dimensión independiente en la desigualdad de oportunidades que tal vez Estados Unidos haya tenido alguna vez pero ahora perdió.

También existe un creciente número de investigaciones multigeneracionales. Una de las más representativas es un estudio sueco que continúa otro de los años treinta sobre alumnos escolares de la mediana ciudad de Malmö, expandiéndolo a cuatro generaciones con referencia a la educación y a tres con referencia a las ganancias. Un tercio de los bisnietos (nacidos alrededor de 1981) cuyos bisabuelos (nacidos alrededor de 1896) pertenecían al quintil de ganancias más altas seguían en la categoría más alta. El riesgo de quedar atascado en el quintil más bajo era mucho menor, en tanto que la asociación educacional, aunque estadísticamente significativa, era débil (Lindahl *et al.*, 2012).

En cuanto al resto del mundo, la información escasea. Pero la que tenemos tiende a respaldar el fuerte vínculo entre los dos aspectos que las ideologías más influyentes se empeñan en separar: oportunidades y resultados. Brasil, muy desigualitario en sus resultados, también exhibe una igualdad de oportunidades mucho menor que las de Estados Unidos y el Reino Unido con referencia a las cohortes nacidas en 1960 (Milburn *et al.*, 2009: 37). De acuerdo con un estudio de la India (Singh, 2012) que compara sus resultados con los de otras investigaciones, las relaciones intergeneracionales en materia de ganancias (y consumo) son más desiguales en la India que en Europa, pero mucho menos que en

América Latina. Deng *et al.* (2012) encontraron mayor desigualdad de oportunidades en la China urbana que en Europa o Canadá, pero sin la posibilidad de establecer una comparación precisa con Estados Unidos o Brasil.

La dinámica actual de la desigualdad del ingreso: en la cima y en la base

El debate del "1% contra el 99%" se originó en Estados Unidos durante la primavera de 2011 a instancias del Premio Nobel Joseph Stiglitz, sobre la base de hallazgos locales. De acuerdo con la CBO (2011a: cuadro 2), el uno por ciento de la población que recibe los ingresos más altos duplicó con creces su apropiación del ingreso nacional disponible —después de transferencias e impuestos federales— entre 1979 y 2007. El siguiente 19% más rico mantuvo en general su porción del ingreso —aproximadamente el 36%—, mientras que todos los demás, desde los pobres hasta la clase media, salieron perdiendo.

¿Quiénes son los estadounidenses del uno por ciento? Hay un 31% de ejecutivos y gerentes no financieros; un 16% de profesionales médicos (doctores, los clásicos enemigos de la "medicina socializada"); un 14% de profesionales de las finanzas (el doble que en 1979) y un 8% de abogados (*ibid.*: 18). Dentro del 0,1% más rico, tres cuartos pertenecen al mundo de los negocios —41% de ejecutivos no financieros, 18% de ejecutivos financieros y 14% de otros empresarios—; los profesionales del derecho y la medicina suman el 11%; los profesionales de la computación, junto con otros técnicos y científicos, representan el 4%, mientras que las celebridades de las artes, los medios y el deporte apenas ascienden al 3% (Hacker y Pierson, 2010: 46).

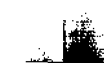
Aparte de la previsible acumulación de riquezas y poder en manos de los ejecutivos empresariales, tanto fuera como dentro del ámbito financiero, llama poderosamente la atención el potencial generador de ingresos que encierran las profesiones estadounidenses. Un ejemplo es la remuneración anual promedio de los psiquiatras, de 216.500 dólares en 2010, en comparación con la de un profesor de Harvard, de 193.800 dólares. Un socio de un estudio jurídico puede ganar más de 1 millón de dólares, pero todo ingreso palidece, claro está, en comparación con el que

obtiene un director corporativo [illegible] que en raras [illegible] de 20 millones para [illegible] (Hacker, 2012: [illegible]).

Como vimos antes en el cuadro 7, la apropiación del ingreso que logró en tiempos recientes el uno por ciento superior de Estados Unidos es única en el mundo en lo que concierne a su aceleración, aunque algunos países latinoamericanos y africanos probablemente puedan competir en términos de porción absoluta del ingreso nacional. Sin embargo, en los países de la OCDE se ha observado una tendencia bastante general a la ventaja acelerada de quienes se llevan los ingresos más altos. En materia de ingreso hogareño (que depende también de las relaciones de género y la composición del hogar) fue Suecia el país que exhibió el mayor ensanchamiento de la brecha entre el 10% más alto y el 10% más bajo en relación con el desarrollo del ingreso, que se incrementó en dos puntos porcentuales anuales desde mediados de los ochenta hasta el primer lustro de 2000, en comparación con el 1,6% anual del Reino Unido y el 1,4% anual de Estados Unidos. Los hogares que componen el 10% más acaudalado mantuvieron la misma ventaja con respecto al conjunto de la población en Suecia y en Estados Unidos, apropiándose 0,6 puntos porcentuales más cada año, en contraste con el 0,4% del Reino Unido (OCDE, 2011a: cuadro 1).

También existen buenas razones para indagar en la dinámica de los ingresos más bajos. En este aspecto, Estados Unidos se destaca una vez más dentro del mundo desarrollado. Desde 1980 hasta 2005, las ganancias reales que obtiene el 40% peor pago de los hombres con empleo de tiempo completo declinaron en promedio cada año del cuarto de siglo (OCDE, 2008: figura 3.3). Solo en Canadá ocurrió algo similar. Pero el decil de hombres con ingresos más bajos sufrió una caída de ganancias reales también en Alemania, Países Bajos, Noruega y Suecia (OCDE, 2011a: figura 5.4). Entre mediados de los noventa y el primer lustro del nuevo siglo, el ingreso real del quintil más pobre de la población cayó en Austria, Alemania, Japón, México y Turquía, así como en Estados Unidos (OCDE, 2008: 287).

En cuanto a los veinte años comprendidos entre mediados de los ochenta y el primer lustro del siglo XXI, todos los países desarrollados, con la sola excepción de Grecia, experimentaron un incremento en la desigualdad del ingreso, aunque de diferentes dimensiones y en distintos periodos de tiempo (OCDE, 2011a: cuadro 1). El Asia en desarrollo



aparte de Asia Central, en proceso de recuperación al menos parcial de la crisis poscomunista— ha tenido la misma experiencia, con algunas excepciones menores en Paquistán, Filipinas y Tailandia (ADB, 2012b: cuadro 2.2.1). Esto deja entrever la incidencia de algunos factores generales del capitalismo desarrollado contemporáneo, mientras que el extremismo estadounidense señalado antes pone de relieve la necesidad de prestar atención a la variabilidad nacional. El extenso y acalorado debate académico no ha arribado a un consenso conclusivo. Se ha centrado en torno a tres grupos de variables: globalización, tecnología y política. Algunos argumentos se vislumbran más sostenibles que otros (OCDE, 2011a: cuadro 2).

Todo indica que la "globalización", tanto de aperturas comerciales como de inversión extranjera, no ha desempeñado un papel importante en el mundo rico de la OCDE y sus recientes aumentos de la desigualdad. La migración, un tercer aspecto importante de la conectividad mundial contemporánea, no está incluida en los cálculos de la OCDE. Si bien cabe pensar que no cuenta como factor general clave, es muy probable que haya agregado una presión descendente en el extremo más bajo del empleo estadounidense con el incremento sustancial de la inmigración oriunda del mundo pobre a partir de 1970; sin embargo, no puede decirse que su influencia haya sido crucial si se tiene en cuenta que la explosión de la desigualdad estadounidense tuvo lugar en la década de 1980, tras la oleada inicial de la nueva inmigración y antes del torrente inmigratorio de los años noventa (véanse Mishel *et al.*, 2009: 159 y ss., y CBO, 2011b: 12).

La tecnología también compite por el premio a la mejor explicación de la creciente desigualdad, y todo indica que es el argumento predominante en la economía convencional. La nueva "era de la información" electrónica ha incrementado la demanda de trabajadores calificados y ha disminuido la de trabajadores semicalificados. Como resultado se polarizó el desarrollo del mercado laboral, con una creciente porción de empleos de alta calificación y buenos salarios, así como de empleos precarios y mal pagos al servicio de dicha clase "creativa", apareados a una merma en las ocupaciones intermedias manuales y administrativas. Esta actual tendencia a la polarización del mercado laboral encuentra confirmación en la evidencia empírica. El fenómeno fue constatado en Estados Unidos por Eric Olin Wright (Wright y Rogers, 2011: 160 y ss.) y otros

autores, y también se observa con respecto al mercado laboral total de la UE durante el periodo 1995-2006. La tendencia es pronunciada en Alemania y el Reino Unido, aunque no es aplicable a Francia, que experimentó una mejora generalizada de su mercado laboral (Goos *et al.*, 2009: cuadro 2). Particularmente en Estados Unidos, los diferenciales salariales por nivel educativo se incrementaron notablemente después de 1979, sobre todo en los años ochenta (OCDE, 2011b: 81).

Los sociólogos radicales han hecho hincapié en la política, en las alteraciones políticas al juego del mercado y particularmente en la ofensiva antisindical, emprendida no solo por empleadores sino también por algunos gobiernos. El estudio oficial de la OCDE sobre el tema (OCDE, 2011a: cuadro 2) les da la razón en gran medida. Tanto la desregulación de los mercados de productos como la merma en la protección de los empleados y la disminución de los beneficios laborales se correlacionan significativamente con la creciente desigualdad salarial, situación que se ve muy agravada al ampliarse el abanico de opciones a disposición de los empleadores en materia de trabajo temporario y de jornada parcial (*ibid.*: 32 y ss.). El declive de los sindicatos fue constatado tanto por la OCDE como por un reciente estudio sociológico estadounidense de Volscho y Kelly (2012: figura 2), en el que se argumenta mediante una modelación socioeconómica estándar que el incremento en la apropiación del uno por ciento más rico se debe en gran medida a este fenómeno.

Con el debido respeto por todos los investigadores que han seguido la pista de la globalización, la tecnología y la política —de los que personalmente he aprendido mucho—, creo que todas estas líneas de argumentación exhiben limitaciones significativas. La OCDE conceptualiza la globalización con una perspectiva demasiado estrecha para percibir cambios recientes en la economía planetaria. La noción que hace hincapié en la demanda de calificación tecnológica parece demasiado débil para captar la extrema polarización que han evidenciado algunos derroteros recientes de la desigualdad (véase Mishel *et al.*, 2013). El argumento político no ha proporcionado (aún) una cadena causal plausible que conduzca, por ejemplo, desde el declive de los sindicatos hasta el aumento galopante de los ingresos en Wall Street (véase Kaplan y Rauh, 2010: 61).

A modo de "conjetura" en el sentido de Simon Kuznets, argumentaré que un estudio analítico del movimiento actual hacia una creciente desigualdad del ingreso en las naciones ricas debe identificar con precisión

las dinámicas inmediatas en la cima y en la base, para después intentar relacionarlas con la dinámica mundial del capitalismo en el presente.

CUADRO 12. *Capital administrado por las cincuenta firmas que ocupan el escalafón superior en la industria de valores de Estados Unidos, 1972-2004*

	Millones de dólares
1972	3.[illegible]68
1987	29.636
2004	696.087

Fuente: Kaplan y Rauh (2007: cuadro 2c).

Los ingresos de la cima avanzan, en primer lugar, con los rendimientos del capital, no los rendimientos *rentistas* de hace cien años, sino el rendimiento del capital administrado —en fondos comunes de capital, por ejecutivos empresariales remunerados con acciones—; y, en segundo lugar, con las inversiones de capital que complementan los ingresos de las clases medias altas. La explosión de los fondos comunes de capital bajo administración de activos es realmente descomunal. En el cuadro 12 aparecen apenas algunos ejemplos de Estados Unidos.

La "industria de valores" es a grandes rasgos lo que los legos llamarían "banca de inversión": Goldman Sachs y compañía. Los fondos especulativos constituyen otra rama de capitales comunes administrados. En 1986, estos fondos administraron 20.000 millones de dólares; en 2004, 934.000 millones de dólares (Kaplan y Rauh, 2007: cuadro 3a). Las firmas no financieras también han crecido, incluidos algunos grandes estudios jurídicos que sextuplicaron sus ingresos entre 1984 y 2004 (*ibid.*: 40).

En contraste con los economistas especializados en negocios que recolectaron estos datos, no veo de qué manera las cifras presentadas respaldan la idea de "cambio tecnológico sesgado por la calificación", pero no me cabe duda de que ofrecen una prueba fehaciente del "incremento en la escala" del capital.

A la experiencia estadounidense podríamos agregar un ejemplo tomado de Suecia, país que los sufridos igualitarios anglosajones suelen considerar ideal. A pesar de que hoy se encuentra en retroceso, Suecia

sigue siendo un país bastante menos indecente que la mayoría de los que integran el mundo rico de la OCDE. Sin embargo, como hemos señalado antes, desde los años noventa viene experimentando un vigoroso desarrollo de la desigualdad del ingreso, aunque a partir de una base relativamente baja. Desde 1980 hasta 2008, el coeficiente de Gini sueco creció en 9 puntos (Björklund y Jäntti, 2011: 42), no muy por detrás del incremento estadounidense registrado entre 1979 y 2007, que alcanzó 12 puntos (CBO, 2011a: 19). En el caso sueco, la fuerza impulsora ha sido el rendimiento del capital, que constituye un tercio del ingreso percibido por el 10% más rico, mientras que solo representa el 7% del ingreso en el siguiente decil (Estadísticas de Suecia, 2010: cuadro 39).

Con la ayuda de Simone Scarpa, un estudiante de posgrado de la Universidad Linnaeus de Suecia, que se valió de la base de datos LISA de Estadísticas de Suecia para hacer los cálculos, he observado el desarrollo del ingreso durante el período 1991-2010 en el área metropolitana de Estocolmo. Durante estos años, el 80% menos rico de la población vio decrecer su porción del ingreso, mientras que el 10% más próspero aumentó su porción desde el 25% hasta el 32%. Las ganancias laborales de este último se incrementaron, mientras que las percibidas por los cuatro deciles peor pagos declinaron en términos absolutos. Pero lo que determinó el privilegio del 10% más rico fue el rendimiento del capital. Este se incrementó para ellos en el 282% a lo largo del período, mientras que en realidad *decreció* para los deciles noveno a séptimo, así como para los cuatro deciles más pobres. En 2010, el decil (más rico) de los habitantes de Estocolmo era el único con un rendimiento neto del capital, que representaba el 38% de su ingreso disponible.

La causa inmediata de la creciente desigualdad sueca es la inversión de capital estructurada por clases y el viraje de la liberalizada Bolsa de Estocolmo, que durante el período 1960-1979 decreció en valor promedio y después escaló vertiginosamente, superando a la Bolsa de Nueva York en el 10% anual durante las décadas de 1980 y 1990 (Roine y Waldenström, 2012: 583). El rendimiento del capital ha adquirido mayor importancia en Suecia que en el resto de la Europa continental: representa no menos del 11% del ingreso total que percibieron los hogares en 2008 (Estadísticas de Suecia, 2010: cuadro 39), mientras que solo alcanzó el 7% en Alemania y el 4% en Francia (OCDE, 2011a: Notas de Países: Alemania, Francia).

En el otro extremo de la jerarquía de ingresos, las causas inmediatas son diferentes. En Estados Unidos, el salario mínimo legal cayó desde aproximadamente el 45% del salario promedio hasta alrededor del 30% en 2004 (Mishel *et al.*, 2009: 211). La desindicalización recibió dos considerables envíones gubernamentales en la década de 1980: el despido de todos los controladores aéreos en huelga durante el gobierno de Reagan y la derrota de los mineros a manos de Thatcher. Mientras procedían de esta manera en su país, ambos políticos cantaban loas a la federación sindical polaca Solidarność y eran reverenciados por los anticomunistas de Polonia que durante un breve lapso hicieron alarde de sindicalistas. La inseguridad del mercado laboral –vendida como "flexibilidad"– devino en una política paradigmática en cuyo marco se recortaron los subsidios de desempleo, tanto en duración como en cantidad.

Estas medidas se condicen con una tendencia casi universal a la creciente violación de los derechos laborales básicos, que comenzó a mediados de los años ochenta y se prolongó hasta principios del siglo XXI (Mosley, 2011: 122 y ss.). En Europa Oriental y Occidental, los derechos laborales han resistido mejor que en otras partes del mundo. En un importante estudio laboral británico se observó un derrotero mixto desde mediados de los ochenta hasta los primeros años del siglo XXI: un mayor aprovechamiento de las destrezas laborales y una reducción de la inseguridad del empleo durante el auge a principios del milenio, junto con el derrumbe de las negociaciones colectivas, una disminución de la autonomía laboral y un efecto neto negativo de la "gerencia de alta implicación", que redundó en un incremento de la ansiedad. La introducción del Salario Mínimo Nacional por parte del gobierno laborista y su subsiguiente rebote parecen ser la mejor explicación para el establecimiento de un nuevo patrón de crecimiento salarial durante el periodo 1996-2003, cuando el 10% más bajo de los salarios aumentó más que el salario medio (Brown *et al.*, 2009: 175, 202 y ss., 345 y ss.). Una efímera tendencia similar hacia la mejora de la situación para los trabajadores peor pagos tuvo lugar en Estados Unidos durante la década de 1990, con una restauración temporaria del salario mínimo (Mishel *et al.*, 2009: 156, 211).

La reciente igualación latinoamericana siguió una dirección exactamente opuesta a la situación estadounidense de las décadas pasadas, con un respaldo positivo a los pobres y a los estratos más bajos en la pirámide del mercado laboral: se ha observado una rápida extensión de la

educación popular, una elevación del salario mínimo, una ampliación de los derechos sociales y una reducción de las diferencias salariales por calificación de la mano de obra; también se instrumentaron diversos programas sociales dirigidos a sectores específicos que han sacado a mucha gente de la extrema pobreza, además de incrementar la escolarización y la salud infantil (Lustig *et al.* 2012a, b). La disminución general de la desigualdad ha sido modesta —con la posible excepción de Venezuela— debido a que se introdujeron escasas modificaciones en la cima de la pirámide para contrarrestar la arraigada afluencia del 10% más rico y su dictocracia sobre el Estado, cuyo efecto redistributivo sigue siendo mucho menor que el del gobierno estadounidense (véase el cuadro 6 más arriba).

La porción del valor agregado producido que queda en poder de los trabajadores ha caído en el mundo desde alrededor de 1990; sin embargo, contrariamente a lo que indican los modelos simples de la globalización, lo ha hecho con mayor fuerza fuera del corazón del capitalismo nucleado en la OCDE, en África Septentrional y Oriente Medio, en el África Subsahariana y (curiosamente) en América Latina (OCDE, 2012: 71).

En resumen, la parte superior de la desigualdad intra-nacional es impulsada en primer lugar por la expansión y la concentración del capital, mientras que la parte inferior avanza a fuerza de medidas (políticamente alterables) concebidas para mantener a los pobres con la cabeza baja, debilitando su resistencia a fin de que acepten cualquier cosa.

Estas dos tenazas de la actual desigualdad derivan de transformaciones que ha sufrido el capitalismo mundial en tiempos recientes. En su centro hay una reestructuración histórica iniciada con el viraje tecnológico hacia la desindustrialización, ya visible en las estadísticas laborales de la OCDE desde aproximadamente 1965 y acelerada tras la primera crisis petrolera de 1973-1974. No mucho tiempo después, a partir de los años ochenta, se produjo una drástica financiarización del capitalismo desarrollado, impulsada al menos en parte por la desregulación de los mercados de divisas y las operaciones bursátiles (el *big bang* londinense de 1986).

La desindustrialización, sumada a una expansión de las fuerzas productivas privadas que se volvió posible gracias a la tecnología electrónica, disminuyó los recursos, la concentración y la cohesión de los trabajadores. Si bien la responsabilidad moral por las recientes derrotas obreras es

atribuible a empleadores y políticos empeñados en exprimir a los trabajadores hasta la última gota, la causa por la que pudieron hacerlo es una cuestión diferente, que remite a transformaciones estructurales. Un mecanismo crucial es a todas luces la espiral viciosa de la creciente desigualdad de recursos y lo que antes identificamos como dictocracia política. La desindustrialización y la gerencia electrónica debilitan la cohesión y el tamaño de la fuerza de trabajo; la financiarización y la transnacionalización del capital expanden los recursos de poder en manos del capital; y el proceso político normativo se inclina en favor de este último e incrementa la cantidad de políticas destinadas a beneficiarlo, que a su vez fortalecen y endurecen los dictados del capital.

Además de esta transformación estructural intrínseca, y aparte de la desindustrialización y la financiarización, el capitalismo mundial también se ha extendido enormemente al incorporar en el mercado mundial a la mayoría de las economías que antes pertenecieron al bloque comunista. Solo la entrada de los trabajadores chinos en el mercado mundial duplicó con creces la fuerza de trabajo de los países nucleados en la OCDE (OCDE, 2007: cuadros 1.2, 1.A.1.3). Este cambio no puede dejar de influir en las relaciones globales entre el capital y el trabajo, inclinándolas hacia el lado del capital, aun cuando en años recientes —y tal como lo habría previsto Marx— la rápida acumulación capitalista china también ha redundado en mayor fuerza y capacidad de demanda de los trabajadores locales.

En lo concerniente a los mecanismos que producen desigualdad, la financiarización, las finanzas mancomunadas y los rendimientos "estelares" amplificados por la tecnología electrónica han suscitado un enorme distanciamiento entre los estratos más altos y el resto de la población. En la base de la pirámide, la tendencia política a excluir a los más vulnerables de la protección social (o reducir su acceso a ella), sumada a la rejerarquización gerencial (con desindicalización de los trabajadores), han empujado aún más hacia abajo a los sectores desprotegidos.

La contracorriente del género

Sin embargo, la distribución del ingreso no está ligada solamente a la dinámica del capitalismo sino también a las relaciones existenciales, ante

todo las que se entablan entre las dos mitades de la humanidad: los hombres y las mujeres. Desde este punto de vista, la desigualdad del ingreso está moviéndose con lentitud en contracorriente. La participación de las mujeres en el trabajo asalariado cambió poco a escala mundial durante la década pasada, a pesar de los avances observados en América Latina. Hoy se mantiene en aproximadamente dos tercios de la tasa masculina. En Oriente Medio y África Septentrional, a duras penas supera un tercio de las oportunidades que ofrece el mercado de trabajo a la mano de obra masculina; en Asia Meridional, asciende apenas a alrededor del 40% (OIT, 2010: cuadro A8).

No obstante, la brecha salarial de género está achicándose en casi todas partes, con cambios muy sustanciales en Japón y México, aunque partiendo de una amplitud considerable. En todo el abanico ocupacional, los salarios de las mujeres ascienden hoy al 85%-90% de los masculinos en una serie de países, desde Tailandia y Rusia hasta el Reino Unido, con hondonadas de hasta el 81%-82% en Brasil y Estados Unidos. En 1973, el salario medio de las mujeres estadounidenses representaba apenas el 63% de los salarios masculinos, levemente por debajo de la proporción que perciben hoy las mujeres surcoreanas (dos tercios de los salarios masculinos) (ONC, 2010: 96 y ss.; sobre Estados Unidos: Mishel *et al.*, 2009: 178). En el Reino Unido, la brecha de género entre los empleados de tiempo completo disminuyó del 17% al 12% entre 1998 y 2009 (ONS, 2010: 66).

8. Los tres enigmas de las desigualdades contemporáneas

LAS TRAYECTORIAS históricas recientes y los patrones observables en el mundo actual nos plantean tres grandes enigmas. ¿Por qué los Estados de bienestar de la Europa Nórdica no han sido capaces de lidiar mejor con la desigualdad vital? ¿Por qué la igualación existencial ha sido un éxito posterior a la Segunda Guerra Mundial? ¿Hay una conexión entre los virajes simultáneos hacia la igualación inter nacional del ingreso y su correspondiente desigualación intra-nacional? Hasta ahora, ninguno de estos interrogantes ha recibido demasiada atención académica.

¿Por qué los Estados de bienestar de los países nórdicos han fracasado en materia de desigualdad vital?

En una serie de estudios se constató que los Estados de bienestar de los países nórdicos, relativamente igualitarios desde el punto de vista socioeconómico y existencial, carecen de un historial distinguido en lo que concierne a la desigualdad vital basada en las clases sociales (Kunst, 1997; Mackenbach *et al.*, 1997 y 2008); aunque no les ha ido mal, el resultado difiere mucho de su desempeño más que respetable en materia de igualdad existencial y seguridad social. En lo concerniente a las tasas nacionales de mortalidad infantil (menores de 1 año) y mortalidad de menores de 5 años, el desempeño de los países nórdicos se ubica segundo después de Japón. En lo que respecta a la mortalidad adulta prematura (antes de los 60 años), el panorama es más desparejo. Suecia

obtiene una vez más el mejor récord —junto con Suiza— y Noruega también sale bastante bien parada, pero la mortalidad prematura danesa supera el promedio europeo occidental, tanto para las mujeres como para los hombres, y es peor que la del Reino Unido. Las mujeres finlandesas ocupan un lugar más o menos intermedio entre las de Europa Occidental, pero los hombres finlandeses mueren prematuramente casi con la misma frecuencia que los estadounidenses, en tanto que su desigualdad social traza la pendiente más abrupta de Europa (Rajaratnam *et al.*, 2010: 1710-1712).

En Europa —en particular en su región occidental—, tanto la mortalidad adulta prematura como los riesgos socialmente desiguales de sufrirla están regidos por las enfermedades cardiovasculares, en especial por la cardiopatía isquémica o suministro insuficiente de sangre al corazón (Mackenbach *et al.*, 2008: cuadro 2). Hasta los legos como yo saben cuáles son las principales causas inmediatas de las enfermedades que afectan al corazón y los vasos sanguíneos: el tabaquismo, las grasas animales, el colesterol, la obesidad y la falta de ejercicio, entre otras cosas. Sus configuraciones sociales son menos conocidas, pero no deberíamos olvidar los resultados del exhaustivo estudio sobre los empleados de Whitehall. De acuerdo con ellos, la mortalidad causada por cardiopatía coronaria sigue la escalera burocrática escalón por escalón, incluso una vez que se ha tomado en cuenta la incidencia de la edad, el tabaquismo, la presión arterial sistólica, la concentración plasmática de colesterol, la altura y el nivel de azúcar en sangre (Marmot, 2004: 45). Cuanto más bajo es el estatus en la jerarquía, mayor es el riesgo de una muerte temprana.

En vista de que no soy médico, me abstengo de hacer más conjeturas sobre las causas de muerte. Pero la razón por la cual los Estados de bienestar del norte de Europa han sido tan poco exitosos en la reducción de la desigualdad vital, a pesar de su carácter relativamente igualitario en otros aspectos, es de índole más sociopolítico que médico.

La desigualdad vital difiere de los otros dos tipos de desigualdad en la asimetría negativa de la información que encierra en su núcleo. En el caso de la desigualdad existencial y la desigualdad de recursos, los mejores informados sobre la situación suelen ser precisamente quienes se encuentran en desventaja. El movimiento obrero decimonónico lo formuló así: la emancipación de la clase obrera debe ser una tarea de la propia clase obrera. Es cierto que han existido muchos movimientos sociales

con demandas referidas a lo que aquí denominamos "desigualdad vital", desde los motines por el pan que detonaron la Revolución de Febrero en Rusia hasta las protestas africanas contra el "ajuste estructural" que impuso el FMI en los años ochenta y la escasez de alimentos que esa política trajo como consecuencia. Han existido luchas en demanda de vivienda digna, por el acceso a la atención médica y contra la destrucción industrial o militar del medio ambiente local. Sin embargo —y ahora en particular, tras los avances más recientes de la ciencia médica—, lo cierto es que los más vulnerables son quienes menos saben cuáles son los mejores alimentos y tratamientos médicos para sus hijos o qué dieta y "estilo de vida" son más beneficiosos para su salud.

La asimetría de información llega aún más lejos. La ciencia médica ha descubierto en tiempos muy recientes los efectos psicosomáticos profundos e incluso letales del estrés social, de las jerarquías sociales y de la combinación entre las exigencias externas y la falta de control sobre la situación laboral y/o vital propia. Estos conocimientos casi no han trascendido aún las esferas de los especialistas en medicina social.

Las limitaciones del conocimiento lego se agravan con el constreñimiento de las opciones. Para muchos, la disyuntiva no se plantea entre un buen empleo saludable y un mal empleo riesgoso, sino entre un mal empleo y el desempleo. Y el desempleo es todavía peor para la salud (recordemos el capítulo 1). Más aún, algunos de los medios para lidiar a corto plazo con una vida miserable acarrean consecuencias físicas nefastas en el largo plazo: los dulces, las grasas, la nicotina, el alcohol en dosis suficientes para el olvido momentáneo, las drogas narcóticas. Para muchas madres solteras que viven en la pobreza, según se ha constatado, el cigarrillo es el único pequeño lujo permisible.

Por otra parte, el daño corporal inmediato y los trabajos físicamente insalubres funcionan en el marco de una asimetría positiva de la información. Las personas que corren estos riesgos son quienes están más al tanto de lo que ocurre. La seguridad laboral (*Arbeiterschutz*, o protección de los trabajadores) era una preocupación central del movimiento obrero en sus primeras etapas, y los seguros contra accidentes de trabajo o la indemnización de los trabajadores fueron en muchos casos las primeras legislaciones de política social. Pero resulta bastante más difícil construir y sostener un movimiento social —así como crear un programa político con chances de ganar— en torno a mecanismos médicos que inciden en

el largo plazo y no se comprenden a fondo. La actual sustitución de los ejércitos masivos de la era industrial por fuerzas armadas de mercenarios equipados con alta tecnología también ha eliminado una razón histórica de gran envergadura por la cual las elites políticas necesitaban cuidar la salud de su población. Hace más de un siglo, la desastrosa guerra anglo-bóer, sumada a la experiencia de que el 40% de los ciudadanos que se presentaban como voluntarios para el ejército imperial resultaban ser físicamente no aptos para el servicio, instaron al gobierno *tory* de Balfour a establecer en 1904 un Comité Interministerial sobre Deterioro Físico (Frijters *et al.*, 2009: 41).

El asunto es más fácil cuando existe la posibilidad de achacar la culpa a una sustancia específica, ya sea el asbesto, la nicotina o el alcohol. Se pueden prohibir las sustancias peligrosas sin efectos narcóticos o restringir los estimulantes riesgosos mediante el precio y la legislación. En estos últimos casos no funciona la prohibición, cosa que todos deberíamos saber desde los tiempos de Al Capone, pero los políticos a cargo de tomar decisiones parecen no estar al tanto, dadas las guerras actuales por el comercio de narcóticos. Y aun cuando la opinión de la elite resulte ser correcta, como en el caso del tabaquismo y las grasas, las clases populares han constatado demasiadas veces, a lo largo de generaciones, que no conviene tomar al pie de la letra los criterios de las clases altas.

Todo lo dicho más arriba no excluye la plausible hipótesis de que los políticos sociales nórdicos hayan debido enfrentar mayores desafíos culturales que sus colegas del Mediterráneo. La fuerte asociación actual entre las cardiopatías y el bajo estatus social parece constituir un fenómeno más bien reciente, que se detectó primero en Estados Unidos durante los años cincuenta, se difundió hacia la Europa Nórdica en los años sesenta y llegó al sur de ese continente recién en los ochenta (Kunst, 1997: 168 y ss.; Valkonen, 1998: 287 y ss.). Las grasas animales, el tabaco y la vida sedentaria siempre habían sido privilegios de los más ricos. Por ironía de la historia, cuando estos consumos se volvieron accesibles para las clases populares como manifestación de una modesta prosperidad, la ciencia médica comenzó a decirles a las elites que se trataba de hábitos insalubres y peligrosos. El problema fue mayor en la Europa Nórdica (y Oriental) que en la región mediterránea, a raíz de las diferentes culturas alimentarias. El consumo de aceite de oliva, verduras y pescado ha mantenido la incidencia y los diferenciales sociales —o los

gradientes, como se denominan en la medicina social relativamente bajos en el sur de Europa. En Suecia, descendiendo desde los grupos con educación superior hasta los que solo recibieron educación básica, la cantidad de muertes por enfermedades cardiovasculares se incrementa en 309 decesos prematuros anuales por cada cien mil habitantes; en Francia, el aumento llega a 232, mientras que en el promedio de tres provincias españolas, las muertes adicionales son apenas 47.

Las muertes causadas por tabaco y alcohol son menos desiguales socialmente en los tres países escandinavos que en el sur europeo, fenómeno que puede atribuirse a un modesto éxito en la regulación pública, en especial si se tiene en cuenta la pertenencia histórica de Suecia a la cultura del vodka que caracteriza al nordeste de Europa. Los finlandeses, por otra parte, cargan con la desigualdad cardiovascular más elevada de Europa Occidental, la segunda desigualdad más alta en tabaquismo y la tercera en mortalidad vinculada al consumo de alcohol. Los países de Europa Oriental-Central, desde Eslovenia hasta Estonia, son más letalmente desiguales que Europa Occidental, incluyendo Finlandia, en casi todos los aspectos. La única excepción significativa es la muerte por enfermedad cardiovascular en Eslovenia, un país mediterráneo, con un diferencial de mortalidad por clases que asciende a 405, casi igual a los de Suiza y el Reino Unido (Mackenbach *et al.*, 2008: cuadro 2; datos sobre mortalidad de los años noventa en Europa Occidental, en Europa Central de fines de los noventa y primeros años del siglo XXI).

Un comentarista panglosiano de la desigualdad vital en el Atlántico Norte podría llegar a la conclusión de que nos hallamos frente a un distanciamiento transitorio: el saber sobre la salud se ha difundido primero entre las clases altas, pero tarde o temprano llegará a las clases populares, y en consecuencia comenzará a bajar la curva de la desigualdad; en otras palabras, una suerte de curva de Kuznets en el ámbito de la salud. Esta hipótesis no debe ser excluida a priori: es obviamente concebible, de modo que tal vez solo nos quede preguntarnos: ¿cuántos tendrán que morir antes de "tarde o temprano"? Sin embargo, los recientes saltos en la desigualdad vital, desde la Europa poscomunista hasta Estados Unidos, pasando por Finlandia, indican que se trata de una hipótesis improbable. Y hasta la curva original de Kuznets ha perdido vigencia en una economía capitalista contemporánea de galopante desigualdad del ingreso en los países más desarrollados del mundo.

¿POR QUÉ HA SIDO TAN EXITOSO EL IGUALITARISMO EXISTENCIAL?

El igualitarismo existencial es un gran éxito del medio siglo pasado, tal vez desde un poco antes, aun cuando esté lejos de haberse completado y no sea irreversible en todas partes. Los avances igualitarios en las relaciones raciales, sexuales, de género y entre colonos e indígenas han sido inmensos. Las personas con discapacidades han podido salir de los escondites adonde se las relegaba en el pasado, hoy provistas de derechos y subsidios. ¿Cómo ocurrió todo esto? ¿Por qué el igualitarismo existencial se ha tornado de repente en un éxito sin parangón?

En algún sentido, todo empezó en 1945. Es cierto que hubo un momento de igualación existencial en las revoluciones atlánticas antimonárquicas y antiaristocráticas de fines del siglo XVIII y principios del XIX que tanto preocuparon a Alexis de Tocqueville, el aristócrata liberal francés que admiraba a Estados Unidos. Pero lo cierto es que en la Europa aún hegemónica persistieron los *anciens régimes* —tal como nos lo ha recordado Arno Mayer (1981)—, desde la Corte de St. James hasta la Villa de los Zares. El cosmopolitismo de la Ilustración fue sucedido por un racismo imperialista de virulencia galopante que culminó en las políticas impulsadas por las potencias del Pacto Antikomintern durante la Segunda Guerra Mundial. Si estas hubieran ganado la guerra, nuestro éxito igualitarista se habría aplazado, al menos por un siglo.

La derrota total de la Alemania nazi, el Japón militarista y la Italia fascista instaló los decorados de un nuevo escenario histórico. La obra más excelsa que se montó allí fue la Declaración Universal de Derechos Humanos, adoptada por la ONU en diciembre de 1948 y redactada por un puñado de imaginativos juristas guiados por la hábil diplomacia de Eleanor Roosevelt (Glendon, 2001). Pero este documento era por entonces una mera visión angélica de otro mundo, donde "raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición" no tenían incidencia alguna en los derechos (artículo 2.1). Incluso por fuera del núcleo duro de la alta política, el artículo sobre la libertad de los adultos para contraer matrimonio "sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión" y con "iguales derechos [...] durante el matrimonio" (artículo 16.1) no pasaba de ser un deseo

progresista en aquellos años. En 1948, solo los países escandinavos se ajustaban a este artículo. Los matrimonios concertados prevalecían en la totalidad de Asia y África, eran frecuentes en los Balcanes y también en la América andina. En gran parte de Estados Unidos se prohibía el matrimonio interracial; Grecia y los países musulmanes proscribían los matrimonios interreligiosos. La Unión Soviética, el único país fuera de Escandinavia que proclamaba iguales derechos en el matrimonio, restringía cada vez más el matrimonio entre personas de distintas nacionalidades. La mayoría de los países, incluidos los del continente europeo al sur de Escandinavia, habían legislado la dominación del marido dentro del matrimonio (véase más sobre este tema en Therborn, 2004).

Eran escasos los actores igualitarios en aquel escenario con tan bellos decorados. Desde muchos puntos de vista, la rendición total de la Alemania nazi no fue el verdadero comienzo. Y no deja de ser revelador el hecho de que Hans Globke, el abogado que había participado en la elaboración de las leyes antijudías de Núremberg, haya subsistido en la nueva era como operador entre bastidores del canciller Adenauer, jefe de gobierno de Alemania Occidental.

Las llamas del racismo imperial y el imperialismo racista volvieron a encenderse rápidamente, como si Auschwitz hubiera sido cosa de otro planeta. Los franceses se mostraban particularmente despreocupados por cualquier concepción de los derechos humanos. No solo reconquistaron sus colonias en todas partes, sino que también comenzaron de inmediato a masacrar las protestas de los habitantes nativos, desde los manifestantes argelinos de Sétif hasta los soldados senegaleses amotinados que reclamaban el pago de sus contratos ya antes de 1945 (Therborn y Bekker, 2012: 198). Los británicos habían entendido que eran incapaces de mantener su dominio en la India, pero no se privaron de desatar atroces guerras coloniales en Malaca y en Kenia, con campos de concentración al estilo de la guerra de los bóer en el primer caso y sádicas torturas en el segundo; y estos crímenes no fueron reconocidos por los tribunales británicos hasta tiempos recientes. Los holandeses trataron de reconquistar Indonesia y los belgas retornaron al Congo.

En los Estados Unidos de posguerra, el racismo más institucionalizado quedó intacto, legalmente en el Sur y de facto en el Norte, aunque la segregación del ejército fue oficialmente abolida en 1948. Los teatros, cines, hoteles y restaurantes continuaron con su política de segregación

racial, en Washington hasta principios de los años cincuenta. En la Unión Soviética, durante los últimos años del gobierno estalinista estalló un súbito brote de antisemitismo que golpeó incluso a Olga Molotova, la esposa del leal ministro de Relaciones Exteriores de Stalin.

Pero la prueba más contundente que invalida a 1945 como el comienzo de la nueva era fue la situación de Sudáfrica. Allí la posguerra significó el triunfo del racismo más furibundo del que se tenga noticia en la historia imperial. El Partido Nacional, que incluía corrientes pronazis de los tiempos bélicos, ganó las elecciones blancas desde 1948 y estableció el *apartheid*, separando la "raza superior" blanca de las razas "inferiores" en todos los ámbitos de la vida, desde la política y las empresas hasta los bancos de los parques y las playas. El *apartheid* no era genocida, ya que los gobernantes sudafricanos dependían de los trabajadores negros subyugados. Pero sin llegar al genocidio, fue la doctrina racista más elaborada que se haya puesto alguna vez en práctica. El virulento racismo instalado en Sudáfrica desde fines de los años cuarenta no se topó con ninguna condena internacional significativa hasta los años sesenta —después de la Matanza de Sharpeville en 1960— y recién se enfrentó a sanciones y a un aislamiento más rotundo desde fines de la década siguiente.

La igualación existencial depende en primer lugar de la fuerza y las luchas de los propios desaventajados. Pero un historiador del cambio social haría muy bien en prestar atención a los acontecimientos desencadenantes o puntos de inflexión, así como a la acumulación de fuerza social. El fallo emitido por la Corte Suprema de Estados Unidos en 1954, en el caso Brown contra la Junta de Educación, que declaró inconstitucional la segregación racial en las escuelas, marcó un hito en las relaciones raciales estadounidenses, no por sí mismo sino como desencadenante político. La resistencia que opusieron los racistas fue encarnizada, violenta y tenaz durante más de una década, ejercida tanto por las policías locales y los gobiernos estaduales como por turbas de linchamientos y escuadrones de la muerte. Pero en el contexto competitivo de la Guerra Fría, el Gobierno Federal vio la necesidad de defender la Constitución de Estados Unidos y la reputación internacional del país. En 1957 se enviaron tropas federales a Little Rock, Arkansas, para proteger el nuevo derecho constitucional a la enseñanza sin segregación, aunque la iniciativa no resolvió el problema y la violencia continuó. Recién a mediados de los años sesenta se desplegó todo el peso del Gobierno Federal, la policía y el

Congreso. En el transcurso de esta prolongada lucha emergió un amplio Movimiento por los Derechos Civiles, que combatió las humillaciones raciales en el transporte público así como la denegación racista del derecho al voto para los afroamericanos. El movimiento salió victorioso a fines de los años sesenta, casi dos siglos después de que la Declaración de Independencia proclamara como verdad "evidente por sí misma" que "todos los hombres nacen iguales".

Para las mujeres, 1945 significó el derecho al voto en la Europa latina —y gradualmente en América Latina—, maravillosas innovaciones en la Constitución y el Derecho de Familia de Japón, así como un avance histórico de los derechos sociales y familiares en Europa Oriental. La Revolución Comunista de China provocó un cambio drástico en las normas que regían la familia y el género, cuya realización, contra la fuerte resistencia patriarcal campesina, llevó una generación entera (Therborn, 2004: 92 y ss.).

Sin fuerza social, sin una lucha social sostenida, no puede haber igualación existencial. Entonces, ¿de dónde manó la fuerza impulsora y cuáles fueron los caminos de la lucha exitosa?

El contexto internacional era favorable y mejoraba cada vez más. Los comunistas contaban con un programa revolucionario inspirado en los clásicos del marxismo, en tanto que la ocupación estadounidense de Japón apuntaba a arrancar las raíces sociales del militarismo japonés, proceso que por una casualidad afortunada terminó por incluir un ribete feminista. La descolonización avanzaba a través de guerras y negociaciones dificultosas, ensanchando las Naciones Unidas y reduciendo el margen global para el racismo. Si bien no se caracterizaba por su particular igualitarismo ni por ser un faro de los derechos humanos, el creciente y cada vez más influyente bloque comunista ejerció un impacto positivo en la igualdad existencial del mundo: era antirracista y no era patriarcal. En la competencia por la hegemonía global, tanto los racismos nacionales como el apoyo a regímenes de carácter racista al estilo sudafricano eran cargas cada vez más pesadas. Las relaciones de igualdad en la familia y entre los géneros no eran todavía un activo hegemónico, pero ya podían ser usadas —y se las usaba— en sagaces maniobras diplomáticas con importantes consecuencias igualitarias. Un acontecimiento de importancia fundamental por su rotundo éxito fue la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Mujer, celebrada en México, en 1975. Este

evento se originó en una iniciativa de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, una organización comunista asociada a la ONU (véase más sobre el tema en Therborn, 2004: 76). La Convención de la ONU sobre los Derechos del Niño tuvo antecedentes similares: una iniciativa del politburó polaco que se proponía impulsar el incipiente interés por los derechos humanos internacionales en una dirección distinta, inspirándose en una vieja tradición polaca de pediatras progresistas que se remontaba a los tiempos de preguerra (Therborn, 1996: 42).

Pero lo decisivo fueron los acontecimientos dentro de cada país. El inaudito crecimiento de la economía de posguerra, tanto en el sector industrial como en el de servicios, fue agotando las antiguas relaciones de servidumbre en grandes áreas rurales suramericanas, y más tarde también en Sudáfrica. Para la población negra se expandieron los empleos urbanos e industriales, así como la educación básica. En Sudáfrica, la creciente escasez de obreros industriales blancos fue abriendo las barreras del color desde fines de los años sesenta (Seekings y Nattrass, 2006: 20).

La educación secundaria y superior también se expandió, suministrando a los grupos oprimidos voceros y cuadros bien informados y capaces de expresarse con claridad. En Estados Unidos, el Movimiento por los Derechos Civiles estaba formado por estudiantes universitarios que constituyeron una intrépida vanguardia en el Verano de la Libertad de 1964. El movimiento feminista adquirió carácter masivo entre jóvenes de las universidades y la actividad académica. También los movimientos de liberación gay y el lesbianismo organizado emergieron de los movimientos y entornos estudiantiles de 1968.

La nueva voz fuerte y clara de los pueblos indígenas también procede en algunos casos de los cuadros modernos e instruidos que salieron de sus propias filas. Pero estos pueblos casi no se han insertado en la economía moderna, antes de algunos recientes emprendimientos mineros desde la India hasta Perú. Lo que ha cambiado su situación es la capacidad de conectarse con el resto del mundo, tanto en el nivel global como en el nacional, a través de medios electrónicos y de organizaciones internacionales, a veces por intermedio de la ONU o del Foro Social Mundial.

En un contexto global favorable, la fuerza y la lucha han logrado sostener los avances hacia la igualdad existencial en el mundo. El contraste con la desigualdad del ingreso es muy marcado. Hasta el otrora poderoso Solidarność polaco se convirtió en un fantasma, debilitado por

la desindustrialización, la contratación externa, el desguace de los sindicatos, la política neoliberal y ciertas derrotas decisivas en pleitos industriales, y burlado por los comandantes del golpe neoliberal tras la implosión del comunismo. Un contexto internacional de financiarización globalizada y neoliberalismo agresivo hizo retroceder por la fuerza la igualdad del ingreso.

Pero el asunto se vuelve un poco más complicado e intrigante cuando consideramos las políticas y temporalidades divergentes de la desigualdad existencial y la desigualdad de recursos. La igualación existencial continúa en la mayor parte del mundo, sin excluir en absoluto la neoliberal OTANlandia. El enorme incremento de la desigualdad económica en Estados Unidos condujo al triunfo electoral del primer presidente negro en ese país, y las brechas entre los ingresos por raza y por género se han angostado bajo el sol en alza del uno por ciento. Si bien el ingreso medio de los hogares afroamericanos fue en 2010 el 38% más bajo que el ingreso medio de los hogares blancos —motivo que bastaría para que todos los igualitarios pusieran el grito en el cielo—, el diferencial por raza de 1980 había sido del 42%. Las mujeres han salido mucho mejor paradas, ya que redujeron el diferencial en los salarios de tiempo completo desde el 40% en 1980 hasta el 23% en 2010 (Noah, 2012: 44 y 45). En el corazón del capitalismo avanzado, el período 1945-1980 fue un tiempo de igualación. No obstante, a pesar de la completa derrota del racismo nazi en 1945, la igualación racial no se puso en marcha hasta los años sesenta, cuando los cautelosos pasos estadounidenses de la década anterior ya no eran equilibrados por un *apartheid* cada vez más agresivo, y cuando África inició su descolonización. La igualación de recursos comenzó directamente después de la guerra, continuando las igualaciones de los tiempos bélicos.

En otras palabras, ¿por qué hasta ahora ha podido sostenerse la igualación existencial pero no la igualación del ingreso? Una diferencia crucial entre ambas desigualdades radica en el hecho de que una suele ser un juego de suma cero, mientras que la otra no necesariamente lo es. La desigualdad de recursos implica un comando desigual de los recursos, con los que uno puede comprar lo que se le antoje, desde objetos sexuales hasta mansiones apartadas con vista al mar o influencia política. Los beneficiarios privilegiados de la desigualdad existencial pueden complacerse en la deferencia de sus subordinados y sentirse satisfechos

de que los indignos se mantengan en su lugar. Con la igualación del ingreso se pierde la ventaja competitiva respecto de los demás: la capacidad de organizar fiestas "bunga bunga" al estilo Berlusconi, de mantener un avión propio o poseer una isla en el Caribe. La igualación existencial, en contraste, no cambia por sí misma las oportunidades ventajosas de la vida, a menos que uno sea un sádico. Todos obtienen una chance de hacer realidad los sueños de su vida, y el hecho de que una madre soltera negra y lesbiana o un esquimal cazador de focas accedan a su oportunidad no incide en el nivel de vida de las elites de Washington o de los barrios lujosos en los alrededores de Londres. Más aún, la discriminación existencial del ingreso no tiene mucho sentido para el capital financiero. Los bonos de los banqueros no corren riesgo alguno si se eleva el ingreso medio de los negros o de las mujeres.

Hay una sola excepción a este carácter de la desigualdad existencial: cuando la condición de desigualdad se basa en lo que Charles Tilly (1998) llamó "categorías pareadas", es decir, cuando la superioridad de una categoría deriva de la inferioridad de la otra. Tal era el caso de las relaciones raciales en el sur estadounidense y africano, donde la afluencia y la buena vida de los blancos dependían de la mano de obra barata y la miseria de los negros. De ahí la brutal resistencia que opusieron los primeros. Esta situación se alteró con los cambios en las relaciones de recursos, que inclinaron las luchas en una nueva dirección. En las actuales economías industriales y postindustriales, los pares basados en la explotación racial ya han perdido relevancia, aunque las así llamadas "clases creativas" de OTANlandia dependen cada vez más de sirvientes inmigrantes, así como sus semejantes del Golfo, Hong Kong y Singapur. Sin embargo, estos "creadores" del universo no derivan su riqueza del trabajo de sus sirvientes.

En este contexto no exploraré hasta qué punto la superioridad masculina del pasado se basaba en la explotación pareada de las mujeres, pero es casi indudable que el actual enriquecimiento de los hombres prácticamente no se ve afectado por los derechos de las mujeres. Es cierto que las carreras masculinas pueden dificultarse con el incremento de la competencia, cuestión que ha suscitado cierta resistencia por parte de los hombres, pero también existe la creciente posibilidad de que un hombre resulte beneficiado desde el punto de vista socioeconómico por estar casado con una mujer exitosa.

Tal vez algunos sientan cierta irritación cultural de tener que aceptar que los pueblos indígenas posean su propio bagaje histórico y cultural, o que los homosexuales gocen del mismo derecho a la sexualidad que los heterosexuales, y por eso se resisten a estos avances. Sin embargo, para muchos —y en especial para las elites urbanas y prósperas de las filas neoliberales— se trata de un asunto sin importancia o que en ciertos casos puede incluso conferirles un barniz progresista.

La desigualdad existencial ha sido una plaga de la historia moderna tanto como de la antigua. Su desmantelamiento en años recientes es un avance humano de gran envergadura. Este tipo de igualación ha podido avanzar a raíz de haberse escindido de la desigualdad en materia de recursos, y solo en la medida en que lo haya hecho. Ya sin compañía y equipada con una putrefacta utilería de racismo, sexismo y armas similares, enfrentada al ingenio y la furia de aquellos a quienes pretende humillar, la desigualdad existencial experimenta dificultades para resistir a medida que las elites poderosas descubren que su anulación es buen negocio, ya que se trata de un igualitarismo gratuito. Por último, la igualdad existencial también se ha beneficiado del silencio acerca de problemas más profundos y controvertidos, como la correlación entre jerarquía y muerte.

¿Hay un vínculo entre la convergencia inter-nacional y la desigualación intra-nacional observadas en tiempos recientes?

El proceso de igualación económica intra-nacional más importante de la historia finalizó alrededor de 1980, en la rica zona OCDE del Atlántico Norte, Japón y Oceanía. Aproximadamente al mismo tiempo —la fecha exacta depende de la estimación que se realice—, la desigualdad internacional o global comenzó a declinar luego de haber aumentado continuamente a lo largo de casi dos siglos. ¿Hay un vínculo entre ambas tendencias? Y si lo hay, ¿cuál es?

Lejos del simplista chivo expiatorio de la "globalización", la evidencia a mano señala en la dirección contraria, hacia acontecimientos coincidentes o a lo sumo indirectamente relacionados.

La desigualdad económica creciente en el mundo, que comenzó a ascender a principios del siglo XIX, se niveló después de la Segunda Guerra

Mundial, medida según el parámetro del ingreso nacional per cápita en función de la cantidad de habitantes. Sin embargo, la polarización entre los países ricos y los países más pobres sigue vigente hasta hoy. Los principales igualadores globales han sido China y la India, en calidad de países pobres con crecimiento rápido. El fin de la desigualación global general tuvo lugar alrededor de 1950, en los tiempos de la Independencia india y la Revolución China. En aquel nadir, el PBI chino per cápita era igual al del año 1 de la Era Cristiana (!) y el PBI indio se encontraba en algún punto entre los productos per cápita de 1873 y 1913 (Maddison, 2007: cuadro A7). Los salarios reales urbanos de la India llegaban a ser más bajos que los de Agra en 1595 (Allen, 2005: 121). El crecimiento económico anual per cápita había sido negativo en la India así como en China durante el periodo 1913-1950, y antes había permanecido más o menos estancado o negativo. Después, las dos grandes economías asiáticas comenzaron a crecer anualmente al 2,8% en China y al 1,4% en la India. El cambio posterior a la revolución/independencia (1950-1973), con un giro cualitativo desde el declive hacia el crecimiento económico, es incluso algo más grande numéricamente que las diferencias de los PBI per cápita entre la etapa preliberal de 1973-1990 y la neoliberal de 1990-2003, tanto para China como para la India (Maddison, 2007: 171, 382 y 383). El tan pregonado efecto de crecimiento que causó la liberalización india en 1990-1991 produjo el 1,3% adicional de crecimiento anual per cápita por sobre el periodo 1973-1990.

La autodeterminación nacional marcó una diferencia histórica en ambos casos. Resulta claro que esto no tuvo nada que ver con la desigualdad nacional en el mundo rico, que por entonces se encontraba en baja. Tampoco hay vínculos concebibles entre el viraje capitalista de China alrededor de 1980 y la distribución en el Atlántico Norte. En una mirada retrospectiva, podemos decir que fue aproximadamente en 1980 cuando comenzó a discernirse una leve inclinación descendente en la curva de la desigualdad inter-nacional del ingreso en función de la población, que recién comenzó a doblarse alrededor de 1990 (Milanovic, 2012: figura 2). No hay una plausible causa común de la reciente igualación global y la simultánea desigualación intra-nacional del ingreso. Tampoco se ve alguna flecha causal que vaya desde la desigualdad interna en los países europeos y Estados Unidos hasta un mundo menos desigual.

Pero cabe preguntarse si es posible trazar un vínculo causal en la dirección contraria, desde el ascenso de China y otros países pobres hasta la desigualdad en el mundo rico. En el debate público ya se señalaron algunos sospechosos: la contratación externa en el sector productivo; la inversión extranjera de OTANlandia en otras regiones; la competitividad comercial basada en bajos salarios de China y muchos otros nuevos exportadores de manufacturas. No obstante, aunque el debate econométrico del tema está lejos de haberse saldado, la opinión experta actual tiende a ver a estos acusados como culpables menores.

Un informe reciente de la OCDE —la organización económica que nuclea a los países más ricos del mundo— no ha hallado un efecto significativo causado por la globalización comercial general, aunque sí alguna incidencia de las importaciones desde países de bajo ingreso nacional y un efecto bastante modesto de la inversión extranjera extrarregional sobre la creciente dispersión de las ganancias, equilibrado a su vez por la otra cara de la apertura financiera: la igualación debida a la inversión extranjera en los países de la OCDE. Basándose en argumentos econométricos, el equipo de economistas de la OCDE señala que la desigualdad nacional en el mundo rico ha sido impulsada primordialmente por el declive de la sindicalización, la merma en la protección del empleo (es decir, la creciente precariedad del trabajo temporario), la reducción de las compensaciones por desempleo, una tributación menos redistributiva y la desregulación de los mercados de productos (OCDE, 2011a: cap. 2, especialmente cuadros 2.1, 2.2 y 2.3).

En otras palabras, la competencia exportadora exitosa de China y otros países pobres ha incidido en la desigualdad interna de los países ricos, pero no de una manera directa decisiva. Mucho más importante ha sido el debilitamiento de los derechos laborales y las oportunidades colectivas. Es cierto que parte de este proceso puede contemplarse como una adaptación a la presión competitiva externa. Sin embargo, el aspecto más espectacular de la desigualdad intra-nacional en los países ricos —la hinchazón del uno por ciento— no puede adscribirse a la economía de China y de otros países "emergentes". Su dinámica de "el ganador se queda con todo" no está desvinculada de la "globalización", pero deriva del alcance y el poder globalizado que manejan las elites económicas euroestadounidenses, como señalamos más arriba. Y el poder de quienes gobiernan el capitalismo avanzado aún no se insertó de la misma manera

en todas las estructuras estatales y configuraciones sociales nacionales. Alemania y Japón, dos de los gigantes exportadores del mundo, han registrado incrementos bastante modestos de la desigualdad, y por otra parte el sistema japonés de redistribución pública, que era reducido al comienzo, ha crecido sustancialmente en las últimas décadas. Francia, otro país difícil de desestimar, ha experimentado un reciente aumento muy moderado de la desigualdad, que aún deja al 10% más rico con una porción más pequeña del ingreso nacional que en 1985 (OCDE, 2011a: Notas de países: Francia, Alemania, Japón).

Podríamos buscar un trasfondo de interrelación entre la clase y el Estado para la igualación inter-nacional y la desigualación intra-nacional. Un mundo más conectado en el comercio, las finanzas y las comunicaciones ha creado nuevas posibilidades, tanto para las elites de los Estados desarrollistas autodeterminados como para los actores más poderosos y privilegiados de los países ricos, posibilidades que en una medida nada insignificante dependen de estructuras institucionales y constelaciones sociales. El mundo se ha abierto como una nuez para las fuerzas rapaces, tanto del Sur como del Norte, y así se ha potenciado el ingreso nacional del Sur dejando caer también algunas migajas para los pobres y para la patética "clase media" que vive con más de dos dólares al día (véase Ravaillon, 2010). Sin embargo, la política nacional todavía importa, como lo indica la (modesta) reducción de la desigualdad en los países latinoamericanos a pesar de las crecientes rentas que aportan las materias primas, desde la soja hasta el petróleo y las extracciones de todo tipo.

Tanto en el Norte como en el Sur funciona una dinámica de clases que tiende a la polarización intra-nacional, lo cual podría poner en contacto a los movimientos sociales a ambos lados del ecuador. Una nueva senda que conduce hacia estos enlaces es la preocupación de los consumidores y los sindicatos del Norte por las contrataciones externas de proveedores explotadores en el Sur, factor que ejerce presiones más directas sobre los gigantes minoristas del Norte —con Walmart a la cabeza, tanto en tamaño como en brutalidad— y las grandes marcas de diseño, como Apple y Nike.

V. Futuros posibles

LAS DESIGUALDADES actuales no son una fatalidad. Es posible cambiarlas, ya sea para aumentarlas o para reducirlas. En el pasado también estaban allí. ¿Qué perspectivas de cambio existen? ¿Cuáles son los problemas fundamentales a abordar? ¿Cómo se alinean las fuerzas sociales? ¿Dónde están los campos de batalla que a todas luces resultarán decisivos?

9. Superar la desigualdad: ayer y mañana

Las desigualdades son construcciones sociales, y como tales son susceptibles de deconstrucción. Como ya hemos visto, no tienen una historia lineal, ni de aumento ni de reducción. La (des)igualdad siempre se sitúa en un contexto histórico.

Momentos de igualdad

En la historia moderna ha habido cuatro tipos de momentos principales que marcaron hitos de igualdad. Ninguno de ellos se enfocó en la desigualdad vital, aunque en algunos casos se produjo una expansión sustancial de la salud pública.

Uno de esos momentos tuvo lugar en las grandes revoluciones. La Revolución Francesa giró en torno de la igualdad existencial entre los ciudadanos de sexo masculino, y lo mismo hizo la independencia estadounidense, aunque con menor dramatismo. Sin embargo, en contraste con la segunda, la primera también suscitó una igualación sustancial de los recursos, en gran medida por vía de la reforma agraria pero también mediante un incremento de los salarios reales urbanos (Morrisson, 2000: 235 y ss.). Las revoluciones comunistas, como la rusa, la china y otras más locales, impulsaron drásticas igualaciones de recursos, a menudo de maneras brutales, tanto en lo concerniente a la vivienda como a la tierra y el ingreso.[1] La

[1] Es debatible si la toma del poder por parte del Khmer Rojo, de perfil agrarista, antiurbano, antiindustrial y etno-"purificador", puede calificarse de revolución comunista: solo

igualación revolucionaria comunista también se extendió a las relaciones de género, atacando de frente el sistema patriarcal afianzado en las sociedades (Therborn, 2004: 83 y ss., 93 y ss.). Las revoluciones china y cubana, en particular, expandieron la atención médica a las zonas rurales, proceso que en la China posmaoísta se revirtió durante los años noventa pero que los cubanos se enorgullecen de haber mantenido incluso en aquella década nefasta. En Europa Oriental, la brecha en la esperanza de vida con respecto a Europa Occidental se redujo desde diez años en 1930 a dos años en 1965, después de lo cual comenzó a ensancharse otra vez (véanse referencias más detalladas en Therborn, 1995: tabla 8.3).

Si bien quedaron bastante lejos de las utopías igualitarias, las revoluciones dejaron legados de igualación. Gran parte de los avances que logró la Revolución Francesa sobrevivieron a la contrarrevolución monárquica impuesta por Gran Bretaña y la Rusia zarista. En vísperas del viraje capitalista en Rusia y China, la desigualdad del ingreso en ambos países se contaba entre las más bajas del mundo, aunque un poco por detrás de los reformismos geopolíticamente afortunados de Escandinavia: el coeficiente de Gini ruso era de 0,26 en 1989, mientras que el chino ascendía a 0,32 en 1978 (Cornia *et al.*, 2004: 30, 33).

El segundo tipo de momento igualitario, más generalizado y violento, tuvo lugar en las dos grandes guerras del mundo industrial, que incidieron enormemente en la distribución económica de Europa, Estados Unidos y Japón. Ambas golpearon con dureza a la clase de los rentistas, como señalamos más arriba. La movilización masiva de toda la población en aras de los belicismos industriales nacionales facilitó la igualación existencial: las dos guerras promovieron los derechos políticos de las mujeres; y la segunda, gracias a la arrolladora derrota de Alemania y Japón, como mínimo desacreditó —o hasta cierto punto abolió— el racismo más flagrante.

En tercer lugar, la Depresión de 1930 engendró regímenes igualitarios de diversas profundidades y duraciones que cambiaron las reglas del juego en varios países: el New Deal en Estados Unidos, la socialdemocracia en la

los maoístas la reconocieron como tal. En cualquier caso, sobra decir que fue un régimen masivamente sanguinario sin la menor relevancia social positiva, que Estados Unidos y sus aliados de la ONU legitimaron durante un tiempo como miembro de esa organización internacional con el objetivo de usarlo como peón contra Vietnam.

región escandinava y el Frente Popular en Francia. El golpe que asestó la crisis a la City de Londres también redujo la escala de los ingresos más altos en el Reino Unido (Atkinson *et al.*, 2010: 711 y ss.). Pero el impacto de la Gran Depresión fue contradictorio. Acrecentó el racismo en varios países, sobre todo en Alemania y sus aliados. En Escandinavia se propagó la eugenesia, y en Estados Unidos fue preciso dar cabida al brutal racismo de los demócratas sureños porque eran un pilar indispensable en la coalición del New Deal. También aumentó la discriminación de género en el mercado de trabajo, particularmente en los países europeos al sur de la región escandinava y al oeste de la URSS.

Revoluciones violentas, guerras industriales en gran escala, crisis económicas profundas: se necesitaron fuertes tormentas para amansar la feroz oposición al igualitarismo en las sociedades feudales tardías, patriarcales y capitalistas modernas. Sin embargo, también ha existido un cuarto tipo de momento igualitario. Bajo ciertas circunstancias ha sido posible implementar reformas sociales de gran alcance en un contexto pacífico. Huelga decir que esta es la experiencia más relevante para el mundo actual.

Aquí veremos dos ejemplos. Uno de ellos es muy significativo e histórico, pero hoy está recibiendo una embestida, tanto en sus aspectos vitales como en relación con el ingreso: me refiero a la configuración de prácticamente todo el mundo capitalista desarrollado después de la Segunda Guerra Mundial y hasta alrededor de 1980, con avances igualitarios en el respeto y los derechos existenciales, una igualación general en materia de salud y esperanza de vida, así como importantes igualaciones nacionales en lo que concierne a los recursos del ingreso y la educación. El proceso se aceleró durante los años sesenta y principios de los setenta, con una rápida expansión de los servicios y transferencias sociales, así como enérgicas medidas contra la dominación y las ventajas masculinas. Los movimientos de 1968 formaron parte de este período igualitario en un sentido más amplio —sin reconocerse como tales— y también fueron un motor de su aceleración.

Este momento de igualación también tuvo alcance global, sobre todo en lo que se refiere a la igualdad existencial, a raíz de la descolonización, la derrota del racismo institucionalizado y los avances sin precedentes de los derechos de las mujeres durante los años setenta, pero también en materia de igualdad vital, gracias a la difusión mundial de

las vacunas, la higiene pública y la medicina preventiva. Desde el punto de vista económico, China y los países independientes de Asia Meridional empezaron a crecer, mientras el capitalismo del Nordeste Asiático se encaminaba por una nueva senda —relativamente igualitaria— de desarrollo nacional.

El otro ejemplo todavía no exhibe logros mayores ni garantías de sostenibilidad política a largo plazo, pero nos ofrece la ventaja de poder seguirlo en tiempo real. Desde 2002, con dos excepciones menores —Costa Rica y República Dominicana—, América Latina ha avanzado a contracorriente de la tendencia global al incremento de la desigualdad nacional del ingreso. Partiendo de una desigualdad a vertiginosas alturas andinas, hoy es la única región del mundo donde la desigualdad económica está cayendo (CEPAL, 2012: 21). También avanza la igualación existencial de los pueblos indígenas —sobre todo en Bolivia, hoy reconocida oficialmente como "plurinacional", pero también en los otros países andinos— y de los "afrodescendientes", especialmente en Brasil.

¿Cuáles han sido los contextos político-económicos que caracterizaron a estos dos períodos de sustancial igualación pacífica? Son muy distintos desde el punto de vista de su ubicación histórica, pero comparten dos rasgos notables. En primer lugar, en ambos períodos-regiones, el rápido crecimiento económico fue un importante contexto macroeconómico que mitigó las fricciones ocasionadas por la inversión social y la reproducción de la sociedad. El carácter generalizado del auge económico también resultó significativo en lo que concierne a su sostenibilidad social, ya que produjo un empleo más o menos pleno en el capitalismo desarrollado e incrementó el sector del empleo formal en América Latina.

En segundo lugar, y al menos con igual relevancia, el liberalismo de derecha quedó totalmente desacreditado y desplazado del centro político en ambos casos, ya que en el primer ejemplo se lo asociaba a la depresión de entreguerras y su consecuente desempleo masivo, mientras que en América Latina se lo vincula a las dictaduras militares de los setenta y los desastres económicos que marcaron las décadas de 1980-1990. El antiliberalismo autoritario de derecha prácticamente había desaparecido, sepultado en el *Führerbunker* de Berlín o bajo los escombros de Hiroshima y Nagasaki en el primer caso, y descartado junto con las pesadillas de las dictaduras militares en América Latina. En resumen, las dos fuerzas de

la historia moderna que más militaron contra el igualitarismo estaban políticamente incapacitadas, aunque no heridas de muerte, como saldría a la luz más tarde en el caso de los liberales.

Cabe preguntarse si los contextos arriba descriptos son precondiciones necesarias para que se produzca un avance decisivo de la igualdad. La respuesta no es fácil para la teoría social, aunque la experiencia estadounidense-*cum* escandinava de la Depresión indica con claridad que el auge económico no es necesario. Resulta irónico que haya sido el Estado de bienestar con sus preocupaciones sociales lo que en 2008-2009 redimió al capitalismo financiero neoliberal de un descrédito masivo y absoluto. Los rescates de los bancos con fondos públicos estabilizaron los mercados financieros, mientras los beneficios de desempleo y otros subsidios públicos evitaban que las víctimas de la crisis cayeran en la pobreza y el hambre de los años treinta, incluso en Estados Unidos. De ahí que las protestas por la crisis de 2008 hayan estado exentas de la ira y la desesperación que habían caracterizado a las de aquella década, con la posible excepción de Grecia, indefensa en su celda del euro.

El grave debilitamiento que aquejó a los dos principales enemigos modernos de la igualdad —el liberalismo económico y el autoritarismo de derecha— parece mucho más plausible como condición política. Y aquí, fuera de la actual América Latina, estamos en presencia de lo que Colin Crouch (2011) ha denominado *La extraña no-muerte del neoliberalismo*.

En el plano político, los momentos civiles de igualdad avanzaron gracias al impulso de constelaciones amplias y heterogéneas, desde los cálculos pragmáticos de poder que motivaron a los líderes conservadores del Atlántico Norte, como Adenauer en Alemania, Yoshida en Japón, y Eisenhower y Nixon en Estados Unidos, hasta un abanico de fuerzas sociales y políticas igualitarias que incluyó tanto a los demócratas estadounidenses como a los socialdemócratas y democristianos europeos, además de los más diversos movimientos sociales de trabajadores, mujeres y derechos civiles. Particularmente en el primer período, los conservadores y los igualitarios compartían el terreno de la preocupación por la cohesión social nacional, un valor que el liberalismo militante siempre despreció. Conviene tener en cuenta que corrían los tiempos de la Guerra Fría global y su competencia sistémica, y que una reciente experiencia traumática había llevado a rechazar de plano toda desigualdad humana (existencial) fundamental. Coaliciones heteróclitas y movimientos paralelos han sostenido las

ofensivas igualitarias emprendidas por las presidencias de Lula, Chávez, Correa, Morales, Kirchner y otros, pero en este caso se percibe más una manifestación de la heterogénea centroizquierda latinoamericana que alineamientos nacionales tácticos del espectro político.

Los contextos políticos y económicos de los momentos igualitarios fueron auspiciosos, pero no constituyeron los factores decisivos. Lo decisivo fueron los pueblos y sus luchas sociales. En la década de 1950, podía argumentarse —y se argumentó— que el logro de la prosperidad eliminaba la necesidad de implementar políticas sociales y redistributivas. Pero desde la izquierda llegó por primera vez el argumento de que por fin estábamos en condiciones de crear una sociedad de seguridad social para todos. En Suecia, por ejemplo, como recuerdo muy bien personalmente, este segundo argumento fue el de la mayoría triunfante que resolvió la disyuntiva en una serie de dramáticas elecciones sobre las pensiones ocupacionales a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta. En el Reino Unido, el consumismo propagado por los *tories* triunfó en las elecciones de 1955 y 1959, pero no apareció de forma decisiva en los años sesenta. El consumismo individual no bastó siquiera en Estados Unidos para detener el planteo y la aceptación de reivindicaciones igualitarias en los años sesenta. No es en absoluto sorprendente, entonces, que no haya podido impedir el ascenso del Estado de bienestar en el continente europeo.

Los igualitaristas latinoamericanos se enfrentan hoy a una cuestión crucial: ¿tendrá el igualitarismo la capacidad de sostener el desarrollo económico (de clase media)? Por el momento, los altos precios globales del petróleo han permitido sostener la variable más radical, en Venezuela, así como llenar las arcas de Bolivia y Ecuador, mientras que los gobiernos de Lula y Dilma en Brasil han logrado hasta ahora combinar medidas redistributivas extremadamente eficaces en función de su costo con el capitalismo brasileño de costumbre, a grandes rasgos.

Todavía no estamos en condiciones de conjeturar durante cuánto tiempo los gobiernos igualitarios latinoamericanos serán capaces de responder positivamente a esta pregunta crucial, ni estimar si en determinadas circunstancias se arriesgarán de manera deliberada a emprender una confrontación social con las clases medias (y altas) (cosa que ya ocurre en Venezuela y Bolivia). Al menos en el caso del peso-pesado Brasil, las perspectivas económicas de instrumentar políticas sociales



igualitarias con miras a la aproximación, la inclusión, la desjerarquización y la redistribución se ven bastante buenas, sobre todo si se toman en cuenta los inmensos beneficios imprevistos que pronto traerá el gas de aguas profundas.

Fuerzas de la igualdad

La deconstrucción de las desigualdades dependerá en última instancia de la potencia y las aptitudes que demuestren las fuerzas de la igualdad. ¿Quiénes integran estas fuerzas? De mis estudios históricos sobre el surgimiento de la democracia moderna y el derecho al voto he aprendido que no basta con observar las fuerzas de la demanda y la resistencia para comprender el cambio social conflictivo. También hay fuerzas de oferta del cambio, es decir, las fuerzas de las clases dirigentes establecidas que por algún motivo están dispuestas a ofrecer el cambio desde arriba. Pero comencemos por observar el panorama de las fuerzas que representan la demanda de igualdad, tanto en el pasado reciente como posiblemente en el futuro.

Fuerzas de la demanda

En el siglo XX, la mayor fuerza de la igualdad estuvo representada por la clase trabajadora y el movimiento obrero, aunque, como vimos antes, ambos siempre debieron actuar en un entorno político complejo, de modo tal que la medida de su éxito dependió al menos tanto de sus habilidades para maniobrar en este entorno como de su número. Estas fuerzas fueron la columna vertebral de las luchas por la democracia y el derecho al sufragio (Therborn, 1977), así como por los derechos sociales y la redistribución económica (Korpi, 1983). Las décadas relativamente igualitarias del capitalismo central fueron el cenit del trabajo organizado, tanto en índices de sindicalización como en resultados electorales (Therborn, 1984). El respaldo más significativo que recibieron los movimientos anticoloniales desde la metrópoli fue aportado por sectores del movimiento obrero, al igual que el apoyo masculino de mayor peso —aunque a menudo no muy pesado— que consiguió el

movimiento feminista, si es que realmente ese apoyo tuvo algún peso (Therborn, 2004: cap. 2).

Hoy la clase de los obreros industriales se halla en declive en los centros del capitalismo, en tanto que el movimiento obrero ha retrocedido en casi todas partes, excepto en China, donde está creciendo aunque en formaciones muy fragmentarias. Proporciona una significativa brújula social en el proceso que se halla en marcha en América Latina, particularmente en Argentina, Bolivia y Brasil, pero ni siquiera allí alcanza la tracción que alguna vez ejerció en los Estados de bienestar de Europa Occidental, en especial los nórdicos.

Es bastante más probable que los futuros igualitarios se apoyen en coaliciones sociales amplias y más heterogéneas desde el punto de vista socioeconómico, en cuyo seno los obreros industriales seguirán siendo un componente indispensable pero no necesariamente el que vaya a la cabeza. En lo que solíamos llamar "Tercer Mundo" están los pobres urbanos —vendedores ambulantes y otros trabajadores precarios o informales—, los empleados de clase media y los campesinos con poca o ninguna tierra. En los centros ricos del capitalismo, todo indica que resultará crucial movilizar a la nueva clase de "sirvientes" que hoy trabaja para el "sector de los servicios", incluir al subproletariado inmigrante y congregar a una parte sustancial de las clases medias profesionales.

Los movimientos categoriales por la identidad —de mujeres, de grupos étnicos y, en tiempos recientes, de homosexuales— también han constituido fuerzas igualitarias de gran peso, decisivas con respecto a sus demandas específicas, pero además muy importantes para las concepciones generales de la igualdad económica así como existencial. La fuerza de esos movimientos fluctúa coyunturalmente, pero hoy en día no corre peligro de entrar en declive estructural. En la América Latina contemporánea, las corrientes y los movimientos étnicos y raciales han adquirido gran importancia, de manera explícita y formal en Bolivia e informalmente en Venezuela. En sociedades multiétnicas, como las de África y el Sur y el Sudeste Asiático, los movimientos etnoculturales pueden devenir fácilmente en fuerzas exclusivistas de la diferencia y la separación antes que de la igualdad social. Pero existe una indudable necesidad de contar con movimientos por los derechos civiles en estas regiones, y con suerte un futuro para ellos, especialmente en el Sur y el Sudeste Asiático. La pobreza y la discriminación de los rohingya, un pueblo

sin Estado que deambula entre Myanmar y Bangladesh, alcanzan niveles horrendos incluso según parámetros europeos (en relación con los romaníes de Europa Oriental).

Frente a los movimientos de mujeres de África y Asia se ciernen gigantescos obstáculos e impedimentos desigualitarios. Los recientes avances de la educación femenina permiten apostar con buenas chances a la creciente importancia de estos movimientos en la demanda de cambio igualitario, especialmente en India y África Septentrional. En el mundo rico, el futuro de los movimientos feministas es difícil de predecir. Cabe señalar, sin embargo, que el giro de las mujeres hacia la izquierda después de 1968, que revirtió anteriores inclinaciones mayoritarias hacia la derecha (religiosa), ha sobrevivido hasta ahora a la admisión de miembros femeninos tanto en el poder corporativo como en las brigadas asesinas de la CIA. El respaldo de las mujeres a la igualdad es mayor que el de los hombres, no solo en cuestiones de género sino también en relación con la igualdad social general.

En los países ricos también existe una corriente que podríamos denominar "individualismo solidario". Hoy ya no es tan influyente como en otros tiempos, a causa de las nuevas constelaciones políticas que libran guerras con mercenarios y aviones no tripulados, así como los *lobbies* sionistas y las diversas corrientes que reciclaron el "peligro amarillo" de hace un siglo en el "peligro islámico", otorgando al racismo una nueva pátina de respetabilidad. Pero el individualismo solidario se reproduce en nuevas generaciones, incluso en Israel, con todo el coraje y la firmeza de ánimo que ello requiere. Esa es la corriente que subyace a los movimientos de consumidores del Norte contra la explotación de los trabajadores en el Sur y a los movimientos ambientalistas de todo el mundo, en particular los que concientizan sobre las desigualdades e injusticias ambientales. El cambio climático afecta a todo el planeta, pero ¿quiénes terminarán con su casa inundada? Las sequías asolarán a regiones donde el agua ya se ha vuelto escasa, como el África Occidental y el norte de China. ¿Quiénes tendrán acceso al agua y quiénes no? ¿Y quién deberá resignarse a vivir en los barrios más contaminados de las ciudades? El individualismo solidario —"Quiero elegir mi estilo de vida, pero quiero que otros también puedan elegir"— es una fuerza vital de la igualdad. De ella emanó la dinámica vibrante, aunque insostenible, de los movimientos Ocupa (véase mayor información en Castells, 2012; Mason, 2012).

Si bien los nuevos medios basados en Internet no han cambiado los parámetros de la política tanto como aseguran algunos de sus promotores —basta con evaluar los resultados de la "primavera árabe" de 2011 y el progresivo desvanecimiento de los movimientos Ocupa—, no cabe duda de que han alterado las precondiciones de los movimentos masivos. Mientras escribo estas páginas no hay a la vista un movimiento igualitario de envergadura, pero la respuesta a las convocatorias de grupos activistas que llaman a la acción a través de Internet, como las campañas de Adbuster y Avaaz, permite vislumbrar la posibilidad de que en los próximos años surja un movimiento global por la igualdad.

Fuerzas de la oferta

La igualdad deriva básicamente de la demanda. Pero dado que la igualdad social es un aglutinante básico de la cohesión, tanto en el combate como en el desarrollo, también cuenta con sus fuerzas de oferta, impulsadas primordialmente por el temor. En primer lugar, se teme a los desiguales, a su ira y a sus posibles protestas y rebeliones. En segundo lugar, se teme al enemigo externo, a no estar a la altura de su capacidad letal. En tercer lugar, se teme al atraso y se lo contrarresta con proyectos de desarrollo nacional inclusivo. Si bien el temor es una fuente básica de las medidas en pos de la igualación impulsadas por los poderosos y los privilegiados, no por eso es la única. Las elites gobernantes y/o sus empleados no siempre están absortos de lleno en sus propios privilegios y codicias. No necesariamente son incapaces de concebir proyectos abarcadores y cálculos estratégicos con visión de futuro, y en ocasiones incluso pueden sentir empatía por sus súbditos.

En tiempos modernos, la competencia con el comunismo funcionó como un estímulo para que las elites imperiales y capitalistas tomaran importantes medidas de igualación. Como ejemplo podemos mencionar las reformas agrarias en Corea del Sur y Taiwán, supervisadas por Estados Unidos, o bien la innovación de la *dynamisierte Rente* —mediante la cual las jubilaciones se acoplaron al desarrollo (en alza) de los salarios reales— que la democracia cristiana de Alemania introdujo en 1957 a modo de concesión social para garantizar el rearmamento del país. La contundente intervención del gobierno estadounidense contra

el racismo sureño mediante el envío de paracaidistas federales para proteger a los niños negros de las hordas racistas en Little Rock, impulsada por el presidente Eisenhower, un hombre que nunca había demostrado simpatía personal por los derechos civiles de los afroamericanos (Frank, 2013), resulta imposible de imaginar fuera del contexto de la Guerra Fría.

Hoy la consideración de la influencia comunista es cosa del pasado, y el nuevo enemigo principal para Estados Unidos y sus parásitos de la OTAN, el islamismo político radical, no exige mitigaciones de la desigualdad capitalista; a lo sumo, cierto respeto por las familias reales y los clérigos musulmanes conservadores.

La China de hoy es más desigual que Estados Unidos, por no hablar de Europa, y por lo tanto resulta improbable que tiente a una emulación igualitaria. El desarrollo externo mediante la cohesión nacional —el modelo del Nordeste Asiático posterior a 1945— no ha pasado a ser una brújula internacional a pesar de su éxito histórico. El Sudeste Asiático, por ejemplo, parece más interesado en ofrecerse a inversores externos. Los emiratos árabes petroleros se han conducido con cierto sentido de *noblesse oblige*, del que por desgracia carece la mayoría de los hombres fuertes africanos, pero dado que su economía depende de una rigurosa explotación de mano de obra importada, sus Estados son tan sociales como democrática era la Atenas esclavista de la Antigüedad.

Las fuerzas de la oferta igualitaria se han quedado cortas de oferta. La igualdad existencial sexual y de género puede recibir estímulo desde arriba, como se ha visto recientemente en varios países, desde Argentina hasta Francia y Nepal, pero no quedan muchos más candidatos nacionales probables a la vista. En el futuro previsible no se vislumbra un ímpetu igualitario general que proceda de alguna clase política dirigente. La igualación tendrá que pelear su ascenso desde abajo.

Sin embargo, hay una fuerza de oferta igualitaria que, lejos de declinar, parece estar creciendo. En el mundo se ha desarrollado una civilidad humanista profesional nada insignificante. La encontramos en instituciones de la ONU, sobre todo en el PNUD, que mide regularmente el desarrollo de la desigualdad humana además del desarrollo humano; la OIT y su preocupación por los trabajos dignos e indignos, por la precariedad y la vulnerabilidad del empleo; la OMS y su interés en los determinantes sociales de la salud; la FAO y su trabajo sobre (in)seguridad alimentaria; ONU Hábitat y su preocupación por los barrios marginales y la

desigualdad urbana, y así sucesivamente. Algunas comisiones económicas regionales de la ONU son instituciones significativas de interés social, en particular la CEPAL de América Latina. El Banco Mundial ya ha dejado de ser un bastión monolítico del neoliberalismo (si alguna vez lo fue) y alberga a varios de los mejores investigadores de la desigualdad en el mundo. La organización económica del mundo rico —la OCDE— amplía cada vez más su perspectiva, tanto social como espacial. La Comisión de la UE nunca ha prestado demasiada atención a la (des)igualdad, pero el género, y más recientemente las actitudes y relaciones sexuales, adquieren cada vez mayor prioridad en la UE, incluso en las audiencias parlamentarias de los candidatos a comisionados.

Los mencionados organismos no gozan de poder directo, salvo los menos comprometidos, como la UE y el Banco Mundial. Son proveedores globales o regionales de conocimiento, pero también, hasta ahora, de intereses sociales.

10. Las batallas decisivas de la futura (des)igualdad

En lugar de medir las tremendas fuerzas de la resistencia antiigualitaria, que se reconfigurarán en las luchas sociales (tal como las fuerzas de la igualdad), aquí trataremos de identificar cuáles serán las batallas decisivas. Yo creo que hay tres. La primera atañe a lo que entendemos por desigualdad. La segunda debe librarse en un conjunto de instituciones sociales de importancia clave que es preciso confrontar y transformar para emprender cualquier igualación de envergadura. En la era de las revoluciones hubo intentos de abolirlas, con escaso o ningún éxito tal como salieron las cosas. En el siglo actual, de expectativas más modestas, la tarea consiste en buscar maneras de reformarlas o regularlas.

La tercera batalla crucial será por la lealtad del sector social que determinará, al menos en el futuro previsible, el punto de inflexión sociopolítica entre la igualdad y la desigualdad. Todo indica que el resultado de esta última batalla política dependerá de manera significativa —aunque no exclusiva— de cómo se hayan desempeñado las fuerzas igualitarias en las dos anteriores.

La imagen de la desigualdad

El igualitarismo más fácil y más difundido es el resentimiento contra los ricos. En el mundo actual, apartado y manejado a control remoto, también es el más impotente. Sospecho que la mayoría de quienes se vuelven "asquerosamente ricos", tal como lo enunció (con afectuosa ironía) Peter Mandelson, el exministro del Nuevo Laborismo, merece el grueso del

resentimiento que recibe en ocasiones, entre abundantes demostraciones de admiración adulatoria. Pero este pequeño libro ha sido escrito en gran medida para argumentar que la riqueza de Carlos Slim y los demás multimillonarios no es en realidad la villanía más abominable del mundo. La desigualdad penetra a una profundidad mucho mayor en la vida humana, causando millones de muertes prematuras innecesarias, atrofiando vidas a lo largo de generaciones, provocando humillaciones, privación de la libertad, inseguridad y angustia a poblaciones de tamaño continental en todo el mundo. Sus efectos letales, como hemos visto más arriba, se filtran incluso en las jerarquías burocráticas mejor plantadas del mundo rico.

La biomedicina ha devenido en un conocimiento puntero central para la humanidad. Las desigualdades que aquí hemos denominado vitales y existenciales —las desigualdades interrelacionadas de los cuerpos y las personas— deben estar en el foco de los debates y las acciones igualitarias. Aunque cada una de ellas funciona con una dinámica propia y sigue una trayectoria social particular, los tres tipos de desigualdad —vital, existencial y de recursos— interactúan entre ellas y son interdependientes. Tal como he tratado de demostrar en las páginas precedentes, los embates actuales de la desigualdad del ingreso en el mundo surten efectos devastadores, tanto sociales y políticos como médicos y psicológicos.

El foco igualitario debe situarse en todas las violaciones multidimensionales de las capacidades que necesitan los seres humanos para desarrollarse y prosperar, así como en los obstáculos de factura humana con que se intenta inhabilitarlas. En el mundo rico, esto significa que la imagen emblemática de la desigualdad no debería ser un multimillonario de *Forbes* sino un chico londinense de Tottenham Green, quien, si no es excesivamente desafortunado, tiene por delante diecisiete años menos de vida que un londinense de Chelsea o Kensington; o bien una jubilada de Manchester, quien a los 65 años deberá resignarse a que su vida de jubilada termine unos nueve años antes que la de una dama de su misma edad residente en Chelsea.

LAS TRES INSTITUCIONES CLAVE DE LA DESIGUALDAD

La familia, el capitalismo y la nación son las tres instituciones centrales de la desigualdad contemporánea. Las tres tienen sus altibajos, y si bien

ninguna de ellas se encuentra en el apogeo de su dominio institucional, en la actualidad todas están incrementando su capacidad antiigualitaria: la familia, especialmente en el mundo rico; el capitalismo, en todas partes, pero ante todo a causa de que se ha extendido hacia las sociedades que antes eran de subsistencia o estaban regidas por el socialismo estatal; y la nación, en el mundo entero, por el cambio que ha experimentado su papel en el marco de la actual globalización.

Sobra decir que la *familia* es una antigua correa de transmisión de la desigualdad desde una generación a la siguiente. Esta función probablemente haya menguado hasta cierto punto en los tiempos modernos —aunque al parecer resulta difícil encontrar evidencia longitudinal contundente que lo confirme— con la difusión del desposeimiento en el capitalismo industrial, la generalización de la educación pública formal y la propagación del amor romántico con la consecuente libertad de matrimonio. Es de esperar que este proceso continúe en las vastas áreas del mundo que aún se encuentran bajo el patriarcado, sobre todo Asia Meridional, África y las zonas rurales de China (véase Therborn, 2004: cap. 3).

Pero la esperanza no traerá el cambio por sí sola. Será necesario impulsar movimientos y emprender luchas. Esta es la batalla por el *derecho de los individuos* a formar libremente su familia, a asumir responsabilidades familiares por elección moral en lugar de hacerlo por la fuerza y el sometimiento. La experiencia de la Europa Nórdica en particular demuestra que el familismo individualista es tan posible como viable, tal como se manifiesta en los altos índices de natalidad, en el cuidado infantil, en los contactos y las transferencias intergeneracionales. El individualismo y el familismo no solo son concebiblemente compatibles, sino también empíricamente coexistentes.

En el mundo rico se percibe el afianzamiento de una nueva homogamia* de clase y una creciente brecha de clase en la crianza de los hijos. Una consecuencia de la expansión que ha experimentado la educación superior en el marco de su apertura a ambos géneros ha sido la tendencia a que los matrimonios se celebren entre hombres y mujeres con el mismo nivel educativo. Los hombres universitarios se casan con mujeres universitarias; las mujeres con educación secundaria completa o incompleta se

* "Homogamia" significa casamiento entre semejantes.

casan con hombres en la misma condición (Schwartz y Mare, 2005). Por alguna razón, la creciente homogamia de clase se ha vuelto muy pronunciada en el Reino Unido: entre 1987 y 2004 se triplicó la brecha de ganancias entre las esposas de los hombres ricos y las de los hombres pobres (OCDE, 2011a, Nota de país: Reino Unido).

El matrimonio y la estabilidad biparental han pasado a ser una importante divisoria de clases, particularmente en Estados Unidos. En 2004, el 90% de los hijos de padres universitarios vivían con ambos padres biológicos cuando su madre tenía 40 años; entre los hijos de trabajadores manuales blancos con educación secundaria, solo lo hacía poco menos del 30% (Murray, 2012: 167; véase más sobre el tema en McLanahan y Percheski, 2008). En Suecia se observa exactamente el mismo patrón y la misma tendencia, aunque con mucho menos drama y trauma. En la década de 2000, el riesgo que corrían los hijos de que sus padres se separaran se había incrementado para quienes tenían padres con secundario incompleto, mientras que permanecía estable, con una leve tendencia a la baja, para los hijos de padres con secundario completo o educación terciaria (Estadísticas de Suecia, 2013a: diagrama 13). Es probable que las razones sean numerosas, pero una es sencillamente la edad. La educación superior tiende a posponer la formación de la familia, y la formación de la familia a una edad más avanzada favorece la estabilidad (Estadísticas de Suecia, 2013b). Por último, los padres de la vastamente expandida clase media alta pasan mucho más tiempo con sus hijos, les leen libros, juegan con ellos, los llevan a clases de *ballet* y música o a practicar deportes. La mayoría de las familias de trabajadores manuales en situación precaria no hacen esas cosas.

¿Cuál es el curso de acción a tomar? La familia no está en proceso de disolución, como han argumentado Beck, Giddens y otros sociólogos europeos de la "individuación", ni su abolición ejerce siquiera el atractivo minoritario que cautivó en otros tiempos a los bolcheviques y los *kibbutzniks*. El sermoneo moralista a las parejas díscolas de las clases precarias puede ser inocuo, pero básicamente porque no lleva a mucha gente demasiado lejos. Desde una perspectiva igualitaria, lo que importa aquí son las oportunidades de los hijos en su vida. La sexualidad, la formación de la familia y los arreglos familiares deben quedar al arbitrio de los derechos individuales que tienen los adultos a la libre elección, pero no hay razones para que los hijos sufran por las deficiencias de sus padres. Y hoy se

acumula la evidencia biomédica y psicológica de que las privaciones infantiles ejercen efectos vitalicios de sufrimiento y desventaja.

El derecho de todos los niños a vivir una infancia que les permita desarrollarse bien debería adoptarse como directriz política fundamental. No se trata de una exigencia extremista. Puede referirse a la Convención de la ONU sobre los Derechos del Niño y, en los Estados Unidos no tan afectos a la ONU, al programa No Child Left Behind,* lanzado por George W. Bush con el apoyo de Edward Kennedy. Este derecho no interfiere con las inversiones de psiquis y tiempo que hace la clase media en sus hijos, pero su puesta en práctica entrañaría restricciones a la "libertad de elección" de escuelas exclusivistas e implicaría enormes inversiones públicas en medidas de aproximación para brindar una oportunidad equitativa a los niños provenientes de entornos familiares desaventajados, con la consecuente redirección de prioridades en el ámbito de la educación pública. Los derechos para todos los niños requerirán un servicio generalizado de guarderías e institutos preescolares en los países ricos, así como una mejora cualitativa en gran escala de la escuela pública, que es pésima en la mayoría de los países del Tercer Mundo y en muchas áreas marginadas del mundo rico. En la India, en el sur de Asia en general y en gran parte de África Subsahariana es preciso poner fin a la atrofia y el debilitamiento de los niños por causa de la malnutrición.

El *capitalismo* es el segundo generador clave de la desigualdad contemporánea. Y también va a permanecer en el futuro previsible. Divide a los seres humanos en propietarios, trabajadores desposeídos y —cada vez más en estos tiempos— desempleados, y como consecuencia abre distancias entre ellos, excluye o subordina a muchos y explota el trabajo de otros, así como el medio ambiente que es común a todos. Su inherente destrucción de todo tejido social adquiere hoy una nueva dimensión, la marcha hacia un "precariado" social con empleo permanentemente marginal e inseguro (Standing, 2011). Su apremio competitivo en pos de crear ganadores y perdedores acrecienta de manera nada desdeñable la muerte prematura. Como señalamos antes, la restauración del capitalismo en la Unión Soviética, en las circunstancias más pacíficas y propicias imaginables, costó aproximadamente cuatro millones de muertes adicionales a lo largo de una década.

*Literalmente, "que ningún niño quede atrás". [N. de la T.]

Pero la experiencia demuestra que el capitalismo y los capitalistas, en ciertas circunstancias, pueden aprender a comportarse. Como también señalamos antes, la desigualdad del ingreso en la Escandinavia capitalista alrededor de 1980 era comparable a la de los mejores países del bloque comunista. Y por entonces, la desigualdad existencial de género era claramente menor en los países escandinavos que en el resto del mundo. Hasta en Estados Unidos hay redistribución pública, como hemos visto más arriba, y la política partidaria estadounidense ha mejorado algunas cosas incluso bajo el dominio de una dictocracia plutocrática (véase Bartels, 2008: 62).

Contra las fuerzas del capitalismo, los igualitarios tendrán que afirmar dos tipos de derechos, los *derechos laborales* y los *derechos ciudadanos*. Los derechos laborales incluyen lo que la OIT denomina el derecho a un trabajo digno, condiciones laborales seguras, un salario digno y un trato decente (véase Lee y McCann, 2011). En el Tercer Mundo, resultaría muy importante extender el así llamado "sector formal" de la economía, es decir, el sector donde los trabajadores pueden hacer valer sus derechos. Entre estos deberían contarse también el derecho a formar sindicatos, a las negociaciones colectivas y a la consulta en el lugar de trabajo. Estos derechos deben ser protegidos por leyes que aseguren la dignidad, combatan la discriminación y garanticen la libertad de asociación.

Un derecho crucial del trabajo es el derecho *al* trabajo: el derecho a tener un empleo, una forma no precaria de ganarse el sustento. En el pasado, el desarrollo del capitalismo industrial absorbió el bolsón de pobreza de los campesinos sin tierras y los trabajadores casuales o vendedores ambulantes de los márgenes urbanos. Hoy la desindustrialización de los países centrales ha implicado el retorno de una "clase marginal". Este fenómeno no atañe solo a lo económico, sino que también está ligado a la disfuncionalidad y la inestabilidad de las familias pobres en los países ricos: en particular en Estados Unidos y —muy secundariamente— en el Reino Unido. Los moralistas de derecha, como Charles Murray, han retratado esta situación como una decadencia de la "laboriosidad" obrera, alentada por los beneficios sociales "del bienestar" que impulsa la izquierda liberal. El principal antagonista de Murray en el abordaje de este problema estadounidense es el gran sociólogo William Julius Wilson, de Chicago, quien como científico social está capacitado para observar los cambios estructurales en el abanico de opciones antes de culpar a las

víctimas. Wilson (1987: 73) ya ha argumentado hace tiempo que la "carencia de empleo masculino" es "el factor singular más importante que subyace a la proliferación de madres solteras entre las mujeres negras".

Lo cierto es que los mercados laborales del capitalismo desarrollado pueden estar (y están) organizados de maneras muy distintas, con vastas diferencias de desempleo y de participación en la fuerza de trabajo. En las crisis de las décadas de 1970, 1980 y fines de la década de 2000, las consecuencias del desempleo variaron enormemente, y no lo hicieron según los resultados del crecimiento económico sino de acuerdo con los patrones de institucionalización del mercado laboral (Therborn, 1985; 2012b). Es imprescindible que los derechos laborales incluyan una oferta de empleos al menos mínimamente dignos a fin de evitar que vuelva a formarse un bolsón social de eterna pobreza y desesperación.

Afirmar los derechos ciudadanos implica, en primer lugar, una vigorosa defensa de la democracia, del derecho a la autodeterminación de los pueblos. Los ciudadanos tienen el derecho de hacer valer su voluntad colectiva respecto de su economía y su medio ambiente, por encima de cualquier interés privado del capital o conjunto global anónimo de (por ejemplo) mercados financieros. La crisis que comenzó en 2008, causada por la ausencia de control cívico sobre el opulento mundillo de especuladores temerarios y apostadores de casino en gran escala, más visible en Europa que en América, es la derrota más costosa que han enfrentado las democracias del Atlántico Norte desde la quiebra alemana de 1931-1933.

Y los derechos ciudadanos realmente ofrecen buenas posibilidades de regular el capitalismo. Para los liberales antiigualitarios resulta inquietante que el capitalismo igualitario haya demostrado, aunque sea de manera modesta y relativa, su eminente capacidad competitiva en el mercado mundial. El éxito global que obtuvo el capitalismo del Nordeste Asiático después de la Segunda Guerra Mundial, en Japón, Corea del Sur y Taiwán, fue el primer ejemplo y también el más espectacular. En las últimas décadas, la distinguida institución capitalista del Foro Gerencial Mundial —hoy Foro Económico Mundial—, que organiza los encuentros anuales en Davos, confeccionó un *Informe de Competitividad Global* que publica todos los años. A lo largo del tiempo, ha otorgado de manera recurrente las posiciones más altas a todos los Estados de bienestar nórdicos. En el último informe (Foro Económico Mundial, 2012: 14), cinco de las

naciones más competitivas, elegidas de acuerdo con impecables criterios capitalistas, se cuentan entre las menos desiguales del mundo. Suiza (situada en primer lugar), Finlandia (3), Suecia (4), Países Bajos (5), Alemania (6). Con ellas están Singapur (2), Estados Unidos (7), el Reino Unido (8), Hong Kong (9) y Japón (10). En el conjunto más competitivo también figuran las dos economías más sindicalizadas: Suecia y Finlandia.

Los derechos ciudadanos —el derecho a la democracia colectiva, a la regulación económica y social por autodeterminación popular, así como los derechos sociales individuales al desarrollo vital, desde las posibilidades en la infancia hasta las jubilaciones y el cuidado de las personas mayores— fueron clásicas victorias progresistas de la primera mitad del siglo XX, fomentadas por la socialdemocracia escandinava, teorizadas en el Reino Unido por T. H. Marshall y parcialmente institucionalizadas en la Ley de Seguridad Social estadounidense de 1935. Pero en tiempos recientes han pasado a ser blanco de ataques en casi todo el mundo rico, incluso en los países escandinavos, donde el ciudadano queda cada vez más relegado al asiento trasero en favor del consumidor solvente que elige mercancías y el empresario que invierte en sí mismo.

Hace un siglo se declaró que era "una vergüenza y una mancha en la bandera sueca llamar 'dinero' a los derechos ciudadanos"; sin embargo, esto ha comenzado a ocurrir otra vez, hasta cierto punto, en la actual Suecia gobernada por la burguesía.

Reivindicar los derechos laborales y ciudadanos frente al capitalismo es una condición sine qua non de cualquier avance hacia la reducción de la desigualdad. El hecho de que sea preciso luchar otra vez por ellos en el corazón del capitalismo prueba que no se trata de una utopía —porque antes se establecieron los derechos y se redujeron las desigualdades—, pero también deja en evidencia cuánto terreno se ha perdido desde 1980. En América Latina y en Asia, por otra parte, el principio de los derechos ciudadanos, y hasta cierto punto también el de los derechos laborales, está ganando terreno, aunque a partir de un nivel bastante bajo.

La *nación* fue alguna vez una institución de igualdad, desde las revoluciones de Francia y Estados Unidos, e incluso en la versión de la corriente contrarrevolucionaria ligeramente igualitaria del One Nation

[7] Todas con un coeficiente de Gini que no supera el valor 30 (o bien 0,3), de acuerdo con el proyecto LIS (<www.lisproject.org>).

Toryism, desde Benjamin Disraeli hasta R. A. B. Butler y Harold Macmillan. Algunos proyectos de desarrollo nacional de la segunda posguerra también tuvieron un componente igualitario sustancial que no se quedaba en la retórica, tanto en el despegue del Nordeste Asiático, orientado hacia el mercado exportador, como en el modelo de sustitución de exportaciones del peronismo argentino, orientado hacia el mercado interno. Bajo la globalización posterior a 1990, sin embargo, la cohesión y la igualdad de las naciones se dejaron de lado en favor del atractivo nacional para el capital extranjero, en China y en Vietnam así como en Argentina, Europa Oriental y otras partes del mundo: las naciones devinieron en territorios de cuerpos baratos ofrecidos por sus elites proxenetas al capital extranjero, y como tales se han convertido en generadoras de una desigualdad casi sin precedentes.

Las naciones y las fronteras nacionales conservan su importancia en el marco de la actual globalización, pero hoy en día en gran medida como instituciones de la desigualdad. Proporcionan rentas exorbitantes a gobiernos nacionales proxenetas y constituyen importantes barreras de exclusión para los migrantes pobres. Las naciones no están sucumbiendo ante las clases medias y medias altas "cosmopolitas". La ONU casi ha cuadruplicado el número de miembros desde su comienzo, y el reclamo de la categoría de Estado nación continúa en marcha: Palestina, Kosovo, Abjasia, Kurdistán, Cataluña, Quebec, Escocia y así sucesivamente.

La legitimidad de las naciones y los Estados nación está inscripta en la modernidad y resulta fútil negarla. Pero es preciso hacer valer un *derecho superior de todos los seres humanos*. El derecho a la migración universal no figura en ninguna agenda práctica. Un derecho "cosmopolita" para quienes posean una abundancia considerable de riquezas, o para quienes gocen de extraordinarias calificaciones profesionales, no aumentaría la igualdad en el mundo, y por lo menos el anterior —el más común— la reduciría. Los países ricos que están envejeciendo necesitan inmigrantes con urgencia, y los japoneses evidencian una contraproducente estrechez de miras al no reconocerlo. La tarea igualitaria primordial no consiste en regular el alcance de la migración internacional, sino en garantizar que todos los inmigrantes obtengan una transacción justa.

Urge reformar la institución de la nación en sí. El mundo contemporáneo, conectado de manera extensiva e intensiva, con sus irresistibles flujos de comunicaciones, comercio y personas, ha vuelto inviable la nación

cohesiva clásica de la "comunidad imaginada". Los intentos de reinstaurarla en tiempos recientes a fuerza de proclamar la identidad nacional o elaborar definiciones de la cultura nacional, a través de exámenes culturales —en los que los liberales holandeses han incorporado un aire de porno suave con imágenes de un *topless* a fin de provocar a los musulmanes intolerantes— y cosas similares, hoy son meras acciones defensivas de retaguardia. Por motivos relacionados, si no exactamente los mismos, el proyecto del "desarrollo nacional" del siglo XX también sucumbió en gran medida ante el actual capitalismo globalizado. Al mismo tiempo, la nación es un recurso para la mayoría de los habitantes del mundo, o al menos ofrece esa posibilidad.

Se necesita algo que podríamos denominar concepto de la *nación civil:* un colectivo humano de personas que vivan juntas en el marco de una civilidad común, sobre un territorio de fronteras contingentes, con su geografía distintiva y su historia contingente. Una civilidad que no solo tolere a sus miembros permitiéndoles que desarrollen sus capacidades, sino que también se comprometa colectivamente a respaldar y promover esas capacidades en sus aspectos vitales, existenciales y de acceso a los recursos.

En el futuro previsible, las naciones continuarán siendo indispensables para los derechos humanos, pero huelga decir que los derechos de todos los seres humanos tienen en primer lugar una dimensión planetaria vinculada a la preocupación por las chances vitales de la especie. En este punto, las potencias imperiales y nacionales suelen empañar y distorsionar adrede la visión humana. Tal como lo han hecho en el pasado, las potencias imperiales instrumentalizan ideológicamente los derechos humanos para motivar sanciones, bloqueos e invasiones militares contra enemigos nacionales/imperiales, dejando al resto del mundo fuera de la luz pública. Pero el significado básico que subyace a los derechos de todos los seres humanos es el derecho a la supervivencia, a desarrollar la capacidad humana propia y usar esa capacidad según la elección de cada uno. La guía a seguir no son las compilaciones de instituciones imperiales como el Departamento de Estado de Estados Unidos y la organización Freedom House, sino los *Informes sobre Desarrollo Humano* de la ONU. De este modo se verá que la respuesta concreta a la simple demanda de iguales derechos humanos para todos requiere una transformación global de gran envergadura.

Los igualitarios tendrán que encontrar maneras de confrontar y superar estos tres desafíos institucionales. Y también tendrán que ganar una batalla social crucial.

LA BATALLA DECISIVA: POR LA ORIENTACIÓN DE LAS CLASES MEDIAS

El siglo XX fue *el* siglo de la clase obrera, cuando esta alcanzó la cumbre de su centralidad cultural —ya reconocida en 1891 por la Encíclica Papal *Rerum Novarum (Sobre las cosas nuevas)*— y llegó al cenit de su influencia económica y política (véase mayor información en Therborn, 2012a). La clase obrera del siglo XX nunca y en ningún lugar logró el grado suficiente de tamaño y fortaleza para dictar un programa de cambio social. El gran éxito de los trabajadores escandinavos fue posible primero por su alineamiento con los agricultores propietarios en los años treinta, y después, en los años cincuenta, gracias a su alianza con los asalariados administrativos. Ambas operaciones requirieron un gran bagaje de aptitudes políticas, y en el segundo caso también actuariales (para que a un oficinista no le resultara atractivo optar por la renuncia al seguro ocupacional público). No obstante, la historia europea del igualitarismo giró en torno a la clase trabajadora, cuyas posibilidades dependieron en gran medida de las aptitudes tácticas y directivas que desplegaron los líderes del movimiento obrero.

Con el declive estructural de la clase obrera industrial en el corazón del capitalismo y su debilidad aún remanente en el mundo en desarrollo, los parámetros sociales del igualitarismo posible se han modificado. Si bien la clase obrera conserva su importancia, como fuerza y también como brújula social, las posibilidades de igualdad en los años por venir no dependerán en primer lugar de la fortaleza que demuestren los movimientos obreros ni de las aptitudes que despliegue su dirigencia, sino de la orientación que adopten las *clases medias*.

En años recientes se ha producido una avalancha de discursos, ensayos y estadísticas controvertidas sobre la(s) clase(s) media(s). Por el momento se trata de un fenómeno que requiere estudio, de modo que no es recomendable forzar una definición de clase en un vano intento de rigor conceptual. El concepto de "clase media" se refiere, a grandes rasgos, a

quienes no son ni ricos ni pobres, sin necesidad de que compartan otras características sociales aparte del consumismo, aunque a veces el término implica cierta orientación cultural o normativa.

Sobre la clase media predominan dos tipos de discursos. Uno de ellos, que se concentra en Estados Unidos y hace eco en el Reino Unido, retrata a una clase media alta siempre sintonizada con la Voz de América. Esta variante es *larmoyant* [sensiblera] en su tono y crítica en su intención. Habla de "las sufrientes clases medias", como lo enunció el editor de noticias europeas de la BBC, Gavin Hewitt, el 25 de enero de 2012. Mucho antes, Edward Luce, columnista principal y jefe de la sede washingtoniana del *Financial Times*, escribió sobre "The Crisis of Middle Class America" [La crisis de los Estados Unidos de clase media] (30 de julio de 2010). En la revista *Time*, Jeffrey Sachs, otrora un cruzado neoliberal que dejó profundas huellas de galopante desigualdad desde Rusia hasta Bolivia, intervino con un llamamiento apasionado: "Why America Must Revive its Middle Class" [Por qué Estados Unidos debe revivir su clase media] (10 de octubre de 2011). Hay que perdonar a los pecadores arrepentidos, por supuesto; y en su sentido peculiar, esta preocupación por las sufrientes clases medias del Atlántico Norte, abandonadas por la oligarquía ascendente del actual capitalismo financiero, refleja un interés crítico por la desigualdad que debe ser bien recibido por los igualitarios. El abordaje de la desigualdad a través del prisma de la clase media en los medios dominantes es un signo notable de nuestro nuevo siglo.

El otro discurso de la clase media que prevalece en el resto del mundo y sobre el resto del mundo tiene el tono opuesto: anuncia con júbilo la inminente llegada del mesías, bajo la forma de clases medias consumidoras. Como cabría esperar, sus heraldos son en primer lugar las consultoras empresariales: McKinsey, Boston Consulting Group y todo el elenco de estrellas menores. (En Pilling *et al.*, 2011, hay una reseña de conveniente brevedad.) Pero también se ha plegado a la anunciación un creciente número de organismos económicos públicos. El director del Centro de Desarrollo de la OCDE aclama a la "clase media emergente" (Pezzini, 2012; véase Kharas, 2010). El ADB, como es lógico, presta considerable atención a la clase media que surge en su continente (por ejemplo, Chun, 2010); el AfDB (2011) hace lo mismo, aunque con mayor discreción. Hasta una economista del desarrollo tan seria como Nancy Birdsall

(2010) habla —adjetivando entre paréntesis— de "la (indispensable) Clase Media".

En esta variante discursiva, obviamente inspirada en el reciente crecimiento de las economías africanas, asiáticas y latinoamericanas, la clase media se vislumbra como un creciente bolsón de consumidores para empresas rentables —sobre todo de automóviles y otros bienes duraderos— y como una razón para reorientar la macroeconomía desde un crecimiento cuyo principal motor es la exportación a un crecimiento más apoyado en el consumo interno. Este discurso también califica a la clase media de base social para una "economía saludable" y, en las versiones más ingenuas o más blindadas por la ideología, de "baluarte de la democracia", como si el sangriento golpe de la clase media chilena en 1973, el golpe abortado de Venezuela en 2002 y la rebelión de los "camisas amarillas" de Tailandia en 2008 nunca hubieran tenido lugar.

En tiempos recientes, las perspectivas de la clase media han cautivado a los intelectuales chinos de las ciencias sociales, quienes con intenciones benévolas ven la sociedad de clase media como una alternativa "de forma aceitunada" a la pirámide social de la tradición imperial (Zhou Xiaohong, 2008; Li Chunling, 2012): es una meta loable, aunque suele omitir con discreción el detalle de que China ha pasado a ser uno de los países más desiguales de Asia precisamente debido al surgimiento de su actual "clase media". En febrero de 2013, el Consejo de Estado chino proclamó como meta gubernamental el logro de una distribución "aceitunada" de los recursos, aunque sin proporcionar una hoja de ruta concreta.[3]

Por otra parte, algunos economistas serios especializados en distribución, como Martin Ravaillon (2010), del Banco Mundial, y el brasileño Ricardo Páez de Barros, ven a la emergente clase media más bien como una adolescente aún "vulnerable".

Este siglo de la nueva "clase media" es el escenario donde tendrán que actuar los igualitarios. La vaguedad del concepto de clase y las estimaciones ampliamente variables de su magnitud no constituyen cuestiones primordiales. Frente a nosotros tenemos clases de personas ni ricas ni pobres, sin otra identidad social predominante, como las de trabajadores, agricultores o profesionales. Hoy se las convoca a poseer la Tierra. La

[3] *China Daily – European Weekly*, 8-14 de marzo de 2013, p. 8.

presidenta brasileña y exguerrillera Dilma Rousseff desea "transformar el Brasil en una población de clase media".[1] En el *Foro Económico Mundial* sobre el Este Asiático de 2009, el vice primer ministro del Partido Comunista estatal de Vietnam, Hoang Trung Hai, declaró que "la joven población de clase media será la fuerza impulsora de los países asiáticos" (<www.weforum.org/news/asian-middle-class-drive-growth>). No hace mucho tiempo, aunque ya en el siglo pasado, sus maestros seguramente le habían enseñado que la impulsora del crecimiento (al menos) vietnamita sería la clase obrera.

Es en este mundo de clase media donde habrá que librar la batalla por la igualdad. En Estados Unidos será lógico y sabio apelar a las actuales lamentaciones de la clase media, y en especial a su enojo contra la oligarquía, que la ha abandonado. Pero el futuro de la igualdad no se decidirá en América del Norte ni en Europa Occidental, sino en Asia, en África y en América Latina.

Y por suerte, tampoco se decidirá solo dentro de la clase media, sino a lo largo de un amplio espectro social. La clase obrera de China ya da muestras de impaciencia, y es probable que mañana ocurra lo mismo con su homóloga indonesia o bangladesí. En América Latina, los "pueblos morenos" rehúsan aceptar las condiciones coloniales mientras las clases populares ocupan el centro del escenario en varios países, tanto de América Central como desde Venezuela hasta Bolivia. En el mundo rico, los movimientos de ocupas y estudiantes —desde el Mediterráneo hasta las Américas, y allí desde Quebec hasta Chile— evidencian que los pueblos ya no están dispuestos a aceptar sin chistar el mundo del capitalismo financiero. Las ediciones del Foro Social Mundial (en Túnez en 2013) reúnen en su seno a una creciente cantidad de movimientos sociales provenientes de todo el mundo. Ya se siente el calor social de las clases medias en ascenso. Para todos los igualitarios debe quedar en claro que, sin los movimientos y las luchas del "pueblo", es decir, de quienes no se ven por encima de los pobres, la batalla crucial por la orientación de la clase media está condenada de antemano.

La soberbia de la clase media del Tercer Mundo, que sin duda es el blanco de las consultoras empresariales, las corporaciones trasnacionales y sus eshirros intelectuales, será un problema fundamental. El mito de la

[1] Joe Leahy, "FT Interview", en *Financial Times*, 3 de octubre de 2012.

historia capitalista moderna vista a través del prisma de la clase media liberal estadounidense, que tanto ha cautivado a los académicos chinos actuales, debe ser sometido a la deconstrucción de la *Ideologiekritik* para demostrar su tergiversación deliberada de la historia estadounidense y europea durante los siglos XIX y XX, una distorsión que ha borrado las luchas y los movimientos de los obreros, los campesinos, las minorías étnicas y las mujeres *qua* mujeres, ignorando la necia brutalidad de vastos sectores de las clases medias urbanas de donde salieron los rompehuelgas, las turbas de linchadores y las revueltas contra los impuestos. Librados solo a sus clases medias, ni Estados Unidos ni Europa Occidental habrían conseguido el sufragio universal cuando lo hicieron, o tal vez jamás (véase más en Therborn, 1977). Tampoco habría existido el Estado de bienestar en el mundo occidental.

Claro que el actual discurso chino sobre la clase media debe ser evaluado en función de las secuelas traumáticas que dejaron los conceptos maoístas de pueblo y conflicto de clases, y también como su repudio. Lo que hace falta aquí no es la aceptación de un relato popular-democrático alternativo de la historia moderna, sino apenas un escepticismo frente a la ideología de una modernidad reducida a la clase media. Porque el problema político crucial del siglo XXI radicará en vincular a un sector considerable de la clase media con el pueblo, o conseguir que una porción de la primera se vea a sí misma como parte del segundo, no como su sustituta. La ironía que encierran algunas idealizaciones de la clase media no se ha perdido en los analistas chinos más serenos. Refiriéndose a una prominente definición académica china de la "sociedad de clase media" como un fenómeno que entraña, entre otros criterios, un coeficiente de Gini de entre 0,25 y 0,30, Zhou Xiaohong (2008: 113) señala que, en tal caso, Estados Unidos no reúne las condiciones para el concepto.

Por otra parte, la embelesada admiración de la clase media que prima en Estados Unidos y en la China actual no se replica en todas partes. Particularmente en la India se desarrolla un refrescante debate crítico, incluida la célebre diatriba del escritor Pavan Varma (1998: 174) contra "la gran clase media india", a la que describe como "moralmente desorientada, obsesivamente materialista y socialmente insensible". En un lenguaje académico más cauto, Leela Fernandes (2006: 214) ha puesto de relieve "el surgimiento de un nuevo modelo de clase media basado en el ciudadano consumidor que ha procurado reformular las exclusiones

sociales como una nueva forma de vida cívica que se inspira en discursos de consumo y privatización".

Para los acaudalados consumidores de Europa Occidental y Estados Unidos (incluidos los académicos de Cambridge), sería una falsedad absurda sermonear *extramuros* sobre los peligros del consumismo. Sin embargo, alguna cuidadosa mención de la evidencia local concreta que prueba los costos ya existentes —por ejemplo, la contaminación en Beijing o Delhi o los embotellamientos en Yakarta y San Pablo— no debería interpretarse como un acto de condescendencia ofensiva.

Hay al menos tres tipos de argumentos —aparte del que llama a acomodarse a la probable acumulación de fuerzas populares— que los igualitarios pueden esgrimir ante las victoriosas clases medias para persuadirlas de que se alineen con el pueblo en lugar de buscar la maximización del consumo personal.

Uno es el costo social que acarrea la miseria de otras personas. Pocos se complacen realmente con el sufrimiento de los demás. Sin apoyarme en encuestas de muestras representativas, me aventuraría a afirmar que la mayoría de los calcutenses, cairotas, kineses, angelinos o paulistas preferirían caminar (o conducir) en las ciudades de París o Estocolmo, por ejemplo, donde no se verán confrontados con la miseria más abyecta, no porque se haya ahuyentado a los pobres de las calles sino porque la propia sociedad se ha limpiado de la abyecta miseria. Es probable que la mayor parte de la clase media se sienta más feliz sin aislarse detrás de muros, rodearse de alambre de púas o protegerse con guardaespaldas armados, recursos de los que prescinden las felices clases medias de Europa Noroccidental.

El segundo es la ilegitimidad, desde el punto de vista de la clase media, del despiadado exclusivismo que exhiben los oligarcas del capitalismo financiero y rentista, equivalentes parasíticos actuales de la aristocracia a la que se enfrentó el "Tercer Estado" o la clase media de la Revolución Francesa. Las oligarquías, desde el Wall Street neoyorquino hasta la Moscú postsoviética y desde Shanghái hasta Lagos y México, cuya riqueza no deriva del arduo trabajo productivo, la frugalidad o el intercambio honesto, sino de conexiones —parentales y/o políticas—, de la timba especulativa y de la elusión de normas y regulaciones existentes, se han escindido de la clase media, no solo en lo que concierne a sus riquezas sino también, ante todo, en lo relativo a su comportamiento. Fue

una revulsión compartida contra esta oligarquía lo que en 2011 congregó a los movimientos de protesta panmediterránea, protagonizados por las clases medias y populares, y también movilizó a los padres de la clase media establecida hacia las mismas calles por donde marchaban sus hijas e hijos estudiantes o desempleados. Los oligarcas —el "uno por ciento"— han decepcionado a las clases medias, y el "pueblo" se muestra cada vez más impaciente, con una fuerza que a todas luces está creciendo, al menos en África, Asia y América Latina. Optar por un consumismo exclusivista de clase media en lugar de alinearse de algún modo con el pueblo es una apuesta riesgosa.

El tercer argumento invocaría a los Campos Elíseos de la Libertad y la Racionalidad Humana, o bien, en términos más prosaicos, el aliciente positivo de crear sociedades progresistas, gobernadas por la deliberación racional o inclusiva, donde nadie sufra marginación ni humillaciones, y donde todos y todas tengan la oportunidad de desarrollar sus capacidades. Si hay alguna verdad en la autoimagen clásica de autonomía, racionalidad y responsabilidad propia de la clase media, una sociedad progresista e igualitaria sería un sitio excelente para su realización.

La batalla está por comenzar. Nadie sabe cómo terminará. ¿De qué lado se pondrá usted?

Bibliografía

ADB (2012a), "Regional Trends and Associations of Outcome Indicators with Indicators of Policy Pillars and Good Governance", disponible en linea: <www.adb.org/data/statistics>.

-- (2012b), "Asian Development Outlook 2012", disponible en linea: <www.adb.org>.

AfDB (2011), "The Middle of the Pyramid: Dynamics of the Middle Class in Africa", disponible en linea: <www.afdb.org>.

African Statistical Yearbook, 2012, disponible en linea: <www.uneca.org>.

Allen, R. C. (2005), "Rea Wages in Europe and Asia: A First Look at Long-Term Patterns", en R. C. Allen, T. Bengtsson y M. Dribe (eds.), *Living Standards in the Past*, Oxford, Oxford University Press.

Almquist, Y. (2011), *A Class of Origin. The School Class as a Social Context and Health Disparities in a Life-course Perspective*, Universidad de Estocolmo, Departamento de Sociologia, tesis de doctorado.

Atkinson, A. y F. Bourguignon (eds.) (2000), *Handbook of Income Distribution*, Ámsterdam, Elsevier.

Atkinson, A. y T. Piketty (eds.) (2010), *Top Incomes. A Global Perspective*, Oxford, Oxford University Press.

Atkinson, A., T. Piketty y E. Saez (2010), "Top Incomes in the Long Run of History", en A. Atkinson y T. Piketty (eds.), *Top Incomes. A Global Perspective*, Oxford, Oxford University Press, pp. 664-759.

Banda, F. (2008), "Women, Law and Human Rights: an African Perspective", Londres, investigación de SOAS, disponible en linea: <http://eprints.soas.ac.uk/id/eprint/3426>.

BARTELS, L. (2008), *Unequal Democracy*, Princeton, Princeton University Press.

BERMAN, G. (2012), "The Cost of International Military Operations", disponible en línea: <www.parliament.uk/briefing papers/SN03139>.

BETHUNE, A. (1997), "Unemployment and Mortality", en F. Drever y M. Whitehead (eds.), *Health Inequalities*, Londres, Office of National Statistics, cap. 12.

BHANDARI, P., de próxima publicación, "Spouse-selection in New Delhi: A Study of Upper Middle-class Marriages", Universidad de Cambridge, Departamento de Sociología, tesis de doctorado.

BILGER, M. y V. Carrien (2013), "Health in the Cities: When the Neighbourhood Makes More than Income", en *Journal of Health Economics*, vol. 32, núm. 1, pp. 1-11.

BIRDSALL, N. (2010), "The (Indispensable) Middle Class in Developing Countries", Washington, Centro para el Desarrollo Global, documento 207.

BJÖRKLUND, A. y M. Jäntti (2011), *Inkomstfördelningen i Sverige*, Estocolmo, SNS.

BLACKBURN, R. (2011), *The American Crucible*, Londres, Verso.

BOLTANSKI, L. y E. Chiapello (2007), *The New Spirit of Capitalism*, Cambridge, Polity [trad. esp.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, trad. de Pérez Colina, Riesco Sanz y Sánchez Cedillo, Madrid, Akal, 2002].

BOURDIEU, P. (1979), *La distinction*, París, Minuit [trad. esp.: *La distinción*, Madrid, Taurus, 1998].

BREEN, R. *et al.* (2009), "Nonpersistent Inequality in Educational Attainment: Evidence from Eight European Countries", en *American Journal of Sociology*, vol. 114, núm. 5, pp. 1-39.

BREWER, M., J. Browne y R. Joyce (2011), *Child and Working Age Poverty from 2010 to 2020*, Londres, Institute for Fiscal Studies.

BROWN, W. *et al.* (2009), *The Evolution of the Modern Workplace*, Cambridge, Cambridge University Press.

CASE, A. y C. Paxson (2008), "Status and Statute: Height, Ability, and Labor Market Outcomes", en *Journal of Political Economy*, vol. 116, núm. 5, pp. 499-532.

CASTELLS, M. (1998), *The Rise of Network Society*, Oxford, Blackwell.

— (2012), *Networks of Outrage and Hope*, Cambridge, Polity.

CBO (2011a), *Trends in the Distribution of Household Income between 1979 and 2007*, Washington, Congressional Budget Office.

— (2011b), *Changes in the Distribution of Household Income between 1979 and 2007*, Washington, Congressional Budget Office.

CEPAL (2010), *La hora de la igualdad*, Santiago de Chile, CEPAL.

— (2011), *Panorama social de América Latina 2011*, Santiago de Chile, CEPAL.

— (2012), *Panorama social de América Latina 2012*, Santiago de Chile, CEPAL.

CHANG, Jung (1991), *Wild Swans*, Londres, Flamingo.

CHARSLEY, K. y A. Shaw (2006), "South Asian Transnational Marriages in Comparative Perspective", en *Global Networks*, vol. 6, núm. 4, pp. 331-344.

CHUA, A. (2003), *World on Fire*, Londres, William Heinemann.

CHUN, N. (2010), "Middle Class Size in the Past, Present and Future: A Description of Trends in Asia", Banco Asiático de Desarrollo, documento de trabajo 217, disponible en línea: <www.adb.org>.

CORAK, M. (2012), "Social Mobility and Social Institutions: Canada in International Perspective", CSLS, presentación 20, septiembre de 2012, disponible en línea: <http://www.csls.ca/presentations/corak-presentation.pdf>.

CORNIA, G. A. (ed.) (2004), *Inequality, Growth, and Poverty in an Era of Liberalization and Globalization*, Oxford, Oxford University Press.

CORNIA, G. A., T. Addison y S. Kiiski (2004), "Income Distribution Changes and their Impact in the Post Second World War Period", en G. A. Cornia (ed.), *Inequality, Growth, and Poverty in an Era of Liberalization and Globalization*, Oxford, Oxford University Press, pp. 26-54.

CORNIA, G. A. y L. Menchini (2006), "Health Improvements and Health Inequality during 40 years", en Helsinski UNU Wider, UNU-Wider, documento de investigación 2006/10.

CORNIA, G. A. y R. Paniccià (eds.) (2000), "The Transition Mortality Crisis: Evidence, Interpretation and Policy Responses", en G. A. Cornia y R. Paniccià (eds.), *The Mortality Crisis in Transitional Economies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 3-37.

CROUCH, C. (2011), *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge, Polity [trad. esp.: *La extraña no-muerte del neoliberalismo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012].

CRS (2012), "The U. S. Infant Mortality Rate", figura 1.

DAS, P. (2012), "Wage Inequality in India", en *Economic and Political Weekly*, 15 de diciembre, pp. 58-64.

DEATON, A. (2008), "Height, Weight, and Inequality: The Distribution of Adult Heights in India", en *American Economic Review*, vol. 88, núm. 2, pp. 468-474.

DEMPSEY, J. (2013), "Greek Forces Spared from Deep Cuts", en *International Herald Tribune*, 8 de enero, p. 2.

DENG Quheng, B. Gustafsson y Li Shi (2012), "Intergenerational Income Persistence in Urban China", Bonn IZA, documento de debate 6907, iza@iza.org.

DWP (2012), "Households below Average Income: An Analysis of the Income Distribution 1994/95-2010/11", disponible en línea: <https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/200720/full_hbai12.pdf>.

EIBNER, C. y W. Evans (2005), "Relative Deprivation, Poor Health Habits, and Mortality", en *Journal of Human Resources*, vol. 40, núm. 3, pp. 591-620.

ELO, I. (2009), "Social Class Differentials in Health and Mortality: Patterns and Explanations in Comparative Perspective", en *Annual Review of Sociology*, vol. 35, pp. 553-572.

ERIKSSON, R. y J. Goldthorpe (1992), *The Constant Flux*, Oxford, Clarendon Press.

ESTADÍSTICAS DE DINAMARCA (2011), Indkomster 2010, disponible en línea: <www.dst.dk>.

ESTADÍSTICAS DE SUECIA (2010), "Inkomstfördelningsundersökningen 2008", disponible en línea: <www.scb.se>.

— (2011), "Befolkningen i Danderyd lever längst", comunicado de prensa 2011:72, disponible en línea: <www.scb.se>.

— (2013a), "Barn, föräldrar och separationer. Utvecklingen under 2000-talet", en *Demografiska rapporter*, 2013(1), disponible en línea: <www.scb.se>.

— (2013b), "Kan yrket förklara skilsmässan?", disponible en línea: <www.scb.se>.

— (2013c), "Hushållens ekonomi", disponible en línea: <www.scb.se>.

ESTADÍSTICAS OFICIALES DE FINLANDIA (2012), estadísticas de distribución del ingreso, disponible en línea: <http:/tilastokeskus.fi>.

European Societies (2012), edición especial sobre "Antisemitism and Racism", vol. 14, núm. 1.

Eurostat (2013), disponible en línea: <http://epp.eurostat.ec.europa.eu>, consultado el 29 de enero de 2013.

Evans, W., B. Wolfe y N. Adler (2012), "The ses and the Health Gradient: A Brief Review of the Literature", en B. Wolfe, W. Evans y T. Seeman (eds.), *The Biological Consequences of Socioeconomic Inequalities*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 38-62.

Fernandes, L. (2006), *India's New Middle Class*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press.

Ferreira, F. y J. Gignoux (2011), "The Measurement of Inequality of Oportunity: Theory and an Application to Latin America", en *Income and Wealth*, 57(4), pp. 622-656.

Fitzpatrick, R. y T. Chandola (2000), "Health", en A. H. Halsey (ed.), *Twentieth-Century British Social Trends*, Basingstoke, Macmillan, pp. 94-127.

Floud, R. *et al.* (2011), *The Changing Body*, Cambridge, Cambridge University Press.

Fogel, R. (2012), *Evolving Long Term Trends in Health and Longevity*, Cambridge, Cambridge University Press.

Foro Económico Mundial (2012), "Global Competitiveness Report 2012-13", disponible en línea: <www.worldeconomicforum.org>.

Frank, J. (2013), *Ike and Dick. Portrait of a Strange Political Marriage*, Nueva York, Simon & Schuster.

Fraser, N. y A. Honneth (2003), *Redistribution or Recognition?*, Londres, Verso [trad. esp.: *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico*, Madrid, Morata, 2006].

Frijters, P. *et al.*(2009), "Childhood Economic Conditions and Length of Life: Evidence for the British Boyd-Orr Cohort, 1937-2005", en *Journal of Health Economics*, vol. 29, núm. 1, pp. 39-47.

Galanter, M. (1984), *Competing Equalities*, Delhi, Oxford University Press.

Gerdtham, U. G. y M. Johannesson (2003), "A Note on the Effect of Unemployment on Mortality", en *Journal of Health Economics*, vol. 22, núm. 3, pp. 505-518.

Gerschenkron, A. (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Belknap/Harvard University Press.

GILENS, M. (2012), *Affluence and Influence*, Nueva York y Princeton, Rousell Sage Foundations y Princeton University Press.

GLENDON, M. A. (2001), *The World Made New*, Nueva York, Random House.

GOESLING, B. y D. Baker (2008), "Three Faces of International Inequality", en *Research in Social Stratification and Mobility*, núm. 26, pp. 183-196.

GOOS, M., A. Manning y A. Salomons (2009), "Job Polarization in Europe", en *American Economic Review: Papers and Proceedings*, vol. 99, núm. 2, pp. 58-63.

GRANT, J. (ed.) (1968), *Black Protest*, Greenwich (CT), Fawcett.

GRIMM, M. *et al.* (2009), "Inequality in Human Development: An Empirical Assessment of 32 Countries", Luxemburg Income Study (LIS), documento de trabajo 519, disponible en línea: <www.lisproject.org>.

HACKER, A. (2012), "We're More Unequal Than You Think", en *New York Review of Books*, vol. 59, núm. 3, pp. 34-36.

HACKER, A. y P. Pierson (2010), *Winner-Take-All Politics*, Nueva York, Simon & Schuster.

HANLON, P., D. Walsh y B. Whyte (2008), *Let Glasgow Flourish*, Glasgow, Centre for Population Health.

HASTINGS, M. (2012), *The Operators. The Wild and Terrifying Story of America's War in Afghanistan*, Nueva York, Blue Rider.

HEWITT, G. (2012), "The Suffering Middle Classes", en BBC *World News*, 25 de enero, disponible en línea: <http://www.bbc.com/news/world-europe-16725063>.

HOUT, M. y T. DiPrete (2006), "What We Have Learned: RC28's Contribution to Knowledge about Social Stratification", en *Research in Social Stratification and Mobility*, vol. 24, núm. 1, pp. 1-20.

HOUWELING, T. y A. Kunst (2009), "Socioeconomic Inequalities in Childhood Mortality in Low and Middle-Income Countries: A Review of the International Evidence", en *British Medical Bulletin*, vol. 93, pp. 7-26.

INGLEHART, R. *et al.* (eds.) (2003), *Human Beliefs and Values*, México, Siglo XXI.

INGLEHART, R. y P. Norris (2004), *Rising Tide*, Cambridge, Cambridge University Press.

Jäntti, M. *et al.* (eds.) (2006), "American Exceptionalism in a New Light: A Comparison of Intergenerational Earnings Mobility in the Nordic Countries, the United Kingdom and the United States", en IZA, documento de debate 1938, disponible en línea: <http://ftp.iza.org>.

Jones, G. (2010), "Changing Marriage Patterns in Asia", Singapur, Asian Research Institute, documento de trabajo 131, arigwj@nus.edu.sg.

Jones, O. (2011), *Chavs*, Londres, Verso.

Judd, E. R. (2010), "Family Strategies: Fluidities of Gender, Community and Mobility in Rural West China", en *China Quarterly*, núm. 204, pp. 927-938.

Kaplan, S. y J. Rauh (2007), "Wall Street and Main Street: What Contributes to the Rise of the Highest Incomes?", Oficina Nacional de Investigación Económica, documento de trabajo 13270, disponible en línea: <www.nber.org/papers>.

Karasek, R. y T. Theorell (1990), *Healthy Work. Stress, Productivity, and the Reconstruction of Working Life*, Nueva York, Basic Books.

Kelly, N. (2009), *The Politics of Income Inequality in the United States*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kharas, H. (2010), "The Emerging Middle Class in Developing Countries", Centro de Desarrollo de la OCDE, documento de trabajo 285, disponible en línea: <www.oecd.org>.

Kivinen, M. y Li Chunling (2012), "The Free Market or the Welfare State?", en C. Pursiainen (ed.), *At the Crossroads of Post-Communist Modernization*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 47-113.

Korpi, W. (1983), *The Democratic Class Struggle*, Londres, Routledge.

Kunst, A. (1997), "Cross-National Comparisons of Socioeconomic Differences in Mortality", Rotterdam, Universidad Erasmus, Departamento de Salud, tesis.

Kuznets, S. (1955), "Economic Growth and Inequality", en *American Economic Review*, núm. 45, pp. 1-28.

Lazarsfeld, P. y M. Rosenberg (eds.) (1955), *The Language of Social Research*, Nueva York, The Free Press.

Lee, S. y D. McCann (2011), *Regulating for Decent Work*, Basingstoke, Palgrave Macmillan y OIT.

Lefranc, A., N. Pistolesi y A. Trannoy (2008), "Inequality of Opportunity vs. Inequality of Outcomes: Are Western Societies all Alike?", en *Review of Income and Wealth*, vol. 54, núm. 4, pp. 513-544.

LEIBBRANDT, M. *et al.* (2010), "Trends in South African Income Distribution and Poverty since the Fall of *apartheid*", documento de trabajo de la OCDE sobre Empleo Social y Migración.

LEINSALU, M. *et al.* (2009), "Educational Inequalities in Mortality in four Eastern European Countries: Divergence in Trends during the post-Communist Transition from 1990 to 2000", en *International Journal of Epidemiology*, vol. 38, pp. 512-525.

LENSKI, G. (1966), *Power and Privilege*, Nueva York, McGraw Hill [trad. esp.: *Poder y privilegio*, Buenos Aires, Paidós, 1969].

LI Chunling (ed.) (2012), *The Rising Middle Classes of China*, Beijing y Londres, Social Sciences Academic Press y Path International.

LI Shi, Luo Chiang y T. Sicular (2011), "Overview: Income Inequality and Poverty in China, 2002-2007", disponible en línea: <www.iza.org>.

LINDAHL, M. *et al.* (2012), "The Intergenerational Persistence of Human Capital: an Empirical Analysis of four Generations", en IZA, documento de debate 6463, disponible en línea: <www.iza.org>.

LINDERT, P. (2000), "Three Centuries of Inequality in Britain and America", en A. Atkinson y F. Bourguignon (eds.), *Handbook of Income Distribution*, vol. I, Ámsterdam, Elsevier, pp. 167-216.

LIPSET, S. M. y N. Smelser (eds.) (1961), *Sociology. The Progress of a Decade*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice-Hall.

LIS (2012), "Key Figures of Inequality", disponible en línea: <www.lisproject.org>.

LIVI-BACCI, M. (1993), "On the Human Costs of Collectivization in the Soviet Union", en *Population and Development Review*, vol. 19, núm. 4, pp. 743-766.

— (2000), "Mortality Crisis in a Historical Perspective: the European Experience", en G. A. Cornia y R. Paniccià (eds.), *The Mortality Crisis in Transitional Economies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 38-58.

LUCE, E. (2010), "The Crisis of Middle Class America", en *Financial Times*, 30 de julio, disponible en línea: <www.ft.com>.

LUSTIG, N. *et al.* (2012a), "The Impact of Taxes and Social Spending on Inequality and Poverty in Argentina, Bolivia, Brazil, Mexico, and Peru: a Synthesis of Results", Universidad de Tulane, Tulane Economics, documento de trabajo 1216.

— (2012b), "Declining Inequality in Latin America in the 2000s: The Cases of Argentina, Brazil, and Mexico", ECINEQ, documento de trabajo 2012-266, disponible en línea: <www.ecineq.org>.

MACKENBACH, J. *et al.* (1997), "Socioeconomic Inequalities in Morbidity and Mortality in Western Europe", en *The Lancet*, vol. 349, pp. 1655-1659.

— (2008), "Socioeconomic Inequalities in Health in 22 European Countries", en *New England Journal of Medicine*, vol. 358, pp. 2468-2481.

MADDISON, A. (2001), *The World Economy. A Millenial Perspective*, París, OCDE.

— (2007), *Contours of World Economy: 1-2030 A. D.*, Oxford, Oxford University Press.

MARMOT, M. (2004), *Status Syndrome*, Londres, Bloomsbury.

— (2012), "Two Years on", UCL Institute of Health Equity, disponible en línea: <http://marmot-review.blogspot.com.ar/2012/02/two-years-on.html>.

MARMOT, M. y M. Bobak (2000), "Psychosocial and Biological Mechanisms behind the Recent Mortality Crisis in Central and Eastern Europe", en G. A. Cornia y R. Paniccià (eds.), *The Mortality Crisis in Transitional Economies*, Oxford, Oxford University Press.

MARRERO, G. y J. G. Rodriguez (2012), "Inequality of Opportunity in Europe", en *Review of Income and Wealth*, vol. 58, núm. 4, pp. 597-620.

MARX, K. ([1867] 1921), *Das Kapital*, t. I, Hamburgo, Otto Meissner [trad. esp.: *El capital*, trad. de Pedro Scaron, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011].

— ([1875] 1969), *Kritik des Gothaer Programms*, en *Marx-Engels Werke*, vol. XIX, Berlín Este, Dietz [trad. esp.: *Crítica del Programa de Gotha*, Moscú, Progreso, 1977].

MASON, P. (2012), *Why It's Kicking off Everywhere*, Londres, Verso.

MAYER, A. (1981), *The Persistence of the Old Régimes*, Londres, Croom Helm [trad. esp.: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1986].

MCLANAHAN, S. y C. Percheski (2008), "Family Structure and the Reproduction of Inequalities", en *Annual Review of Sociology*, vol. 34, pp. 257-276.

MILANOVIC, B. (2005), *Worlds Apart*, Princeton, Princeton University Press.

— (2012), "Global Income Inequality by the Numbers: In History and Now, Investigación de políticas del Banco Mundial, documento de trabajo 6259.

MILBURN, A. (2012), "Fair Access to Professional Careers: A Progress Report", disponible en línea: <www.gov.uk>.

MILBURN, A. *et al.* (2009), "Unleashing Aspiration: The Final Report on the Panel of Fair Access to the Professions", disponible en línea: <webarchive.nationalarchives.gov.uk>.

MISHEL, L., J. Bernstein y H. Shierholz (2009), *The State of Working America 2008/2009*, Ithaca y Londres, ILR Press.

— (2013), "Assessing the Job Polarization Explanation of Wage inequality", Economic Policy Institute, documento de trabajo 295, disponible en línea: <www.epi.org/publications>.

MITCHELL, B. R. (1998), *International Historical Statistics. The Americas*, 4ª ed., Londres, Macmillan.

MODY, P. (2008), *The Intimate State. Love Marriage and the Law in Dehli*, Nueva Dehli, Routledge.

MORRISSON, C. (2000), "Historical Perspectives on Income Distribution: The Case of Europe", en A. Atkinson y F. Bourguignon (eds.), *Handbook of Income Distribution*, vol. 1, Ámsterdam, Elsevier, pp. 217-260.

MOSER, K. A., A. Fox y D. R. Jones (1994), "Unemployment and Mortality in the OPCS Longitudinal Study", en A. Steptoe y J. Wardle (eds.), *Psychosocial Processes and Health. A Reader*, *12*, Cambridge, Cambridge University Press.

MOSLEY, L. (2011), *Labor Rights and Multinational Corporations*, Cambridge, Cambridge University Press.

MUNROE, S. (s/f), "The Persons Case", disponible en línea: <http://canadaonline.about.com/cs/women//a/personscase.htm>, consultado por última vez el 29 de enero de 2013.

MURRAY, Ch. (2012), *Coming Apart*, Nueva York, Crown Forum.

NAMASIVAYAM, A. *et al.* (2012), "The Role of Gender Inequities in Women's Access to Reproductive Health Care: A Population-Level Study of Namibia, Kenya, Nepal, and India", en *Journal of Women's Health*, núm. 4, pp. 351-364.

NATIONAL VITAL STATISTICS REPORTS, vol. 60, núm. 3, diciembre de 2011, cuadro 8.

NOAH, T. (2012), *The Great Divergence*, Londres y Nueva York, Bloomsbury Press.

NUSSBAUM, M. (2011), *Creating Capabilities*, Cambridge, The Bellknap Press [trad. esp.: *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*, Barcelona, Paidós, 2012].

NYLÉN, L., M. Voss y B. Floderus (2001), "Mortality Among Women and Men Relative to Unemployment, Part Time Work, overtime Work, and Extra Work: A Study Based on Data from the Swedish Twin Registry", en *Occupational and Environmental Medicine*, vol. 58, núm. 1, pp. 52-57.

Ó GRÁDA, C. (2009), *Famine*, Princeton, Princeton University Press.

OBSERVATORIO LONDINENSE DE LA SALUD (2011), *Capital Health Gains?*, disponible en línea: <www.lho.org.uk>.

OCDE (2007), *Employment Outlook*, París, OCDE, disponible en línea: <www.oecd.org>.

— (2008), *Growing Unequal?*, París, OCDE, disponible en línea: <www.oecd.org>.

— (2011a), *Divided We Stand*, París, OCDE, disponible en línea: <www.oecd.org>.

— (2011b), *OECD at a Glance*, París, OCDE, disponible en línea: <www.oecd.org>.

— (2012), *Perspective on Global Development 2012*, París, OCDE, disponible en línea: <www.oecd.org>.

OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICAS DE PAÍSES BAJOS (2012), publicación 12-031, disponible en línea: <www.cbs.nl>.

OIT (2010), *Global Employment Trends*, Ginebra, OIT.

OLSHANSKY, J. *et al.* (2012), "Differences in Life Expectancy due to Race an Educational Differences are Widening, and may not Catch up", en *Health Affairs*, vol. 31, núm. 6, pp. 1803-1810.

OMS (2012), "World Health Statistics 2012", disponible en línea: <www.who.org>.

ONS (2010), "Social Trends 40", disponible en línea: <www.statistics.gov.uk>.

— (2011), "Statistical Bulletin: Life Expectancy at Birth and at Age 65 by Local Areas in the United Kingdom, 2004-6 to 2008-10", disponible en línea: <www.ons.gov.uk>.

ONU (2010), *The State of the World's Women*, Nueva York, ONU.

ONU Hábitat (2008), "State of the World's Cities", disponible en línea: <www.unhabitat.org>.

PAQUOT, T. (ed.) (2009), *L'Exclusion, l'état des savoirs*, París, La Découverte.

PENN, R. (2011), "Arranged Marriages in Western Europe: Media Representation and Social Reality", en *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 42, núm. 5, pp. 637-650.

PAUGAM, S. (ed.) (1996), *L'Exclusion, l'état des savoirs*, París, La Découverte.

PEZZINI, M. (2012), "An Emerging Middle Class", en *OECD Observer*, vol. 17, núm. 8, disponible en línea: <www.oecdobserver.org>.

PIJOAN-MAS, J. y V. Ríos-Rull (2012), "Who Lives Longer?", disponible en línea: <www.voxeu.org/article/who-lives-longer-and-why>.

PILLING, D., K. Hile y A. Kazmin (2011), "Asia: The Rise of the Middle Class", en *Financial Times*, 4 de enero.

PNUD (2005), *Arab Development Report 2005*, Ginebra, PNUD.

— (2007), *Human Development Report 2007/8*, disponible en línea: <www.undp.org>.

— (2011), *Human Development Report 2011*, disponible en línea: <www.undp.org>.

RABLEN, M. y A. Oswald (2008), "Mortality and Immortality: the Nobel Prize as an Experiment into the Effect of Status upon Longevity", en *Journal of Health Economics*, vol. 27, núm. 6, pp. 1462-1471.

RAE, D. *et al.* (1981), *Equalities*, Cambridge, Harvard University Press.

RAJARATNAM, J. K. *et al.* (2010), "Worldwide Mortality in Men and Women Aged 15-39 Years from 1970 to 2010: A Systemic Analysis", en *Lancet*, núm. 375, pp. 1704-1720.

RAO, A. (2009), *The Caste Question*, Berkeley, University of California Press.

RAVALLION, M. (2010), "The Developing World's Bulging (but Vulnerable) Middle Class", en *World Development*, vol. 38, núm. 4, pp. 445-454.

RAWLS, J. (1971), *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press [trad. esp.: *Teoría de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979].

REDELMEIER, D. y S. Singh (2001), "Survival in Academy-Award Winning Actors and Actresses", en *Annals of Internal Medicine*, vol. 134, núm. 10, pp. 955-962.

ROEMER, J. (1982), *A General Theory of Exploitation and Class*, Cambridge, Harvard University Press.

— (1998), *Equality of Opportunity*, Cambridge, Harvard University Press.

ROINE, J. y D. Waldenstrom (2012), "On the Role of Capital Gains in Swedish Income Inequality", en *Review of Income and Wealth*, vol. 58, núm. 3, pp. 569-587.

ROSANVALLON, P. (2011), *La société des égaux*, París, Seuil [trad. esp.: *La sociedad de iguales*, trad. de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Manantial, 2012].

ROTHSTEIN, B. y E. Uslaner (2005), "All for All: Equality, Corruption, and Social Trust", en *World Politics*, vol. 58, pp. 41-72.

SACHS, J. (2011), "Why America Must Revive its Middle Class", en *Time*, 10 de diciembre, pp. 32-33.

SANDEL, M. (2012), *What Money Can't Buy*, Londres, Allen Lane.

SASSI, F. (2009), "Health Inequalities: A Persistent Problem", en J. Hills *et al.* (eds.), *Toward a More Equal Society?*, Bristol, Policy Press, pp. 135-156.

SCHAMA, S. (2005), *Rough Crossings*, Londres, BBC Books.

SCHWARTZ, C. y R. Mare (2005), "Trends in Educational Assortative from 1940 to 2003", en *Demography*, vol. 42, núm. 4, pp. 621-646.

SEEKINGS, J. y N. Nattrass (2006), *Class, Race, and Inequality in South Africa*, Scottsville, Universidad de Kwa-Zulu-Natal Press.

SEN, A. (1992), *Inequality Reexamined*, Cambridge, Harvard University Press [trad. esp.: *Nuevo examen de la desigualdad*, trad. de Ana María Bravo, rev. de Pedro Schwar, Madrid, Alianza, 1999].

— (2009), *The Idea of Justice*, Londres, Allen Lane [trad. esp.: *La idea de justicia*, trad. de Hernando Valencia Villa, Madrid, Taurus, 2010].

SHARMA, K. L. (ed.) (1994), *Caste and Cast in India*, Jaipur y Nueva Delhi, Rawat.

SHAVIT, Y. y H.-P. Blossfeld (1993), *Persistent Inequality. Changing Educational Attainment in Thirteen Countries*, Boulder, Westview Press.

SHKOLNIKOV, V. y G. A. Cornia (2000), "Population Crisis and Rising Mortality in Transitional Russia", en G. A. Cornia y R. Paniccià (eds.), *The Mortality Crisis in Transitional Economies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 253-279.

SHKOLNIKOV, V., M. McKee y D. Leon (2001), "Changes in Life Expectancy in Russia in the Mid-1990s", en *Lancet*, 357: 91720.

SIHVONEN, A.-P. (1998), "Socioeconomic Inequalities in Health Expectancy in Finland and Norway in the late 1980s", en *Social Science and Medicine*, vol. 47, núm. 3, pp. 303-315.

SINGH, A. (2012), "Inequality of Opportunity in Earnings and Consumption Expenditure: the Case of Indian Men", en *Review of Income and Wealth*, vol. 58, núm. 1, pp. 679-706.

SKOCPOL, T. y V. Williamson (2012), *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.

SMELSER, N. (ed.) (1988), *Handbook of Sociology*, Beverly Hills (CA) y Londres, Sage.

SORENSEN, A. B. (1996), "The Structural Basis of Social Inequality", en *American Journal of Sociology*, 101, pp. 1336-1365.

SOROKIN, P. (1927), *Social Mobility*, Nueva York, Harper & Row.

STANDING, G. (2011), *The Precariat*, Londres, Bloomsbury [trad. esp.: *El precariado*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013].

STATISTISK SENTRALBYRÅ (2012), "Inntektsfordelningen, 1986-2011", disponible en línea: <www.ssb.no>.

STIGLITZ, J. (2011), "Of the 1%, by the 1%, for the 1%", en *Vanity Fair*, mayo.

STUCKLER, D., L. King y M. McKee (2009), "Mass Privatization and the post-Communist Mortality Crisis: a Cross National Analysis", en *Lancet*, vol. 373, núm. 9661, pp. 399-407.

SWEEZY, P. (1955), *The Present as History*, Nueva York, Monthly Review Press [trad. esp.: *El presente como historia*, Madrid, Tecnos, 1968].

TARKIAINEN, L. *et al.* (2011), "Trends in Life Expectancy by Income from 1988 to 2007: Decomposition by Age and Cause of Death", en *Journal of Epidemiology and Community Health*, 2010.123182.

TARKIAINEN, L., P. Martikainen y M. Laaksonen (2012), "The Changing Relationship between Income and Mortality in Finland, 1988-2007", en *Journal of Epidemiology and Community Health*, 2012.201097.

THE ECONOMIST (2012), Special Report: World Economy, 13 de octubre.

THERBORN, G. (1977), "The Rule of Capital and the Rise of Democracy", en *New Left Review*, núm. 103 (mayo-junio), pp. 3-42.

— (1984), "The Prospects of Labour and the Transformation of Advanced Capitalism", en *New Left Review*, núm. 145, pp. 5-38.

— (1985), *Why Some Peoples Are More Unemployed than Others*, Londres, Verso [trad. esp.: *Por qué en algunos países hay más paro que en otros. La extraña paradoja del crecimiento y el desempleo*, Valencia, Alfons El Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis, 1989].

— (1995), *European Modernity and Beyond*, Londres, Sage.

— (1996), "Child Politics: Dimensions and Perspectives", en *Childhood*, 1 (3), pp. 29-41.
— (2004), *Between Sex and Power. Family in the World, 1900-2000*, Londres, Routledge.
— (ed.) (2006), *Inequalities of the World*, Londres, Verso.
— (ed.) (2011), *The World. A Beginner's Guide*, Cambridge, Polity [trad. esp.: *El mundo. Una guía para principiantes*, trad. de María Teresa Casado, Madrid, Alianza, 2012].
— (2012a), "Class in the 21st century", en *New Left Review*, núm. 78, pp. 5-29.
— (2012b), "¿Por qué en algunos países hay más paro que en otros? Parte II, 25 años más tarde", en A. Guerra y J. F. Tezanos (eds.), *Alternativas económicas y sociales frente a la crisis*, Madrid, Sistema, pp. 227-252.
THERBORN, G. y S. Bekker (2012), "Conclusion", en S. Bekker y G. Therborn (eds.), *Capital Cities in Africa*, Ciudad del Cabo, HSRC Press, pp. 193-210.
THOMAS, V., Yan Wang y Xibo Fan (2000), "Measuring Education Inequality: Gini Coefficient of Education", Banco Mundial, documento de trabajo, disponible en línea: <www.worldbank.org>.
THORAT, S. y K. Newman (eds.) (2010), *Blocked by Caste. Economic Discrimination in Modern India*, Oxford, Oxford University Press.
TILLY, Ch. (1998), *Durable Inequality*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press [trad. esp.: *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial, 2000].
TOCQUEVILLE, A. de ([1840] 1961), *De la démocratie en Amérique*, 2 vols., París, Gallimard [trad. esp.: *La democracia en América*, México y Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963].
— ([1856] 1966), *The Ancien Régime & the French Revolution*, Londres, Collins/Fontana [trad. esp.: *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006].
TOYE, R. (2010), *Churchill's Empire*, Londres, Macmillan.
TSUTSUI, J. (2010), "The Transitional Phase of Mate Selection in East Asian Countries", presentación en el Congreso Mundial de ISA de 2010, suministrada por el autor: junya_tsts@nifty.com.
UNICEF (2004), *Innocenti Social Monitor 2004*, Florencia, Centro de Investigación Innocenti.

— (2006), "The State of the World's Children 2006", disponible en línea: <www.unicef.org>.

— (2007), "The State of the World's Children 2007", disponible en línea: <www.unicef.org>.

— (2012), "The State of the World's Children 2012", disponible en línea: <www.unicef.org>.

UNFPA (2011), "Report of the Global Meeting on Skewed Sex Ratios at Birth", disponible en línea: <https://www.unfpa.org/public/home/publications/pid/9143>, consultado el 19 de julio de 2012.

USLANER, E. (2002), *The Moral Foundations of Trust*, Cambridge, Cambridge University Press.

VÅGERÖ, D. (2006), "Do Health Inequalities Persist in the New Global Order? A European Perspective", en G. Therborn (ed.), *Inequalities of the World*, Londres, Verso, pp. 62-92.

VALKONEN, T. (1998), "Die Vergrösserung der sozioökonomischen Unterschiede in der Erwachsenenmortalität durch Status und deren Ursachen", en *Zeitschrift für Bevölkerungswissenschaft*, vol. 23, núm. 3, pp. 263-292.

VARMA, P. K. (1998), *The Great Indian Middle Class*, Londres, Viking.

VOLSCHO, T. y N. Kelly (2012), "The Rise of Super Rich: Power Resources, Taxes, Financial Markets, and the Dynamics of the 1 Per Cent, 1949 to 2008", en *American Sociological Review*, vol. 77, núm. 5, pp. 679-699.

WACQUANT, L. (2008), *Urban Outcasts*, Cambridge, Polity [trad. esp.: *Los condenados de la ciudad*, trad. de Marcos Mayer, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003].

WEISSKOPF, T. (2011), "Why Worry about Inequality in the Booming Indian Economy?", en *Economic and Political Weekly*, vol. 46, núm. 47, pp. 41-51.

WESTERGAARD, H. (1901), *Die Lehre von Moralität und Morbidität*, 2ª ed., Jena, Gustave Fischer.

WILKINSON, R. (1996), *Unhealthy Societies*, Londres, Routledge.

— (2005), *The Impact of Inequality*, Londres, Routledge.

WILKINSON, R. y K. Pickett (2009), *The Spirit Level*, Londres, Allen Lane.

WILSON, W. J. (1987), *The Truly Disadvantaged*, Chicago, University of Chicago Press.

WOLFE, B., W. Evans y T. Seeman (eds.) (2012), *The Biological Consequences of Socioeconomic Inequalities*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

WLUML (2006), *Knowing Our Rights. Women, Family, Laws and Customs in the Muslim World*, 3ª ed., disponible en línea: <www.wluml.org/node/588>, consultado el 20 de julio de 2010.

WRIGHT, E. O. (1994), *Interrogative Inequality*, Londres, Verso.

WRIGHT, E. O. y L. Rogers (2011), *American Society*, Nueva York, W. W. Norton.

XU Anqi *et al.* (2007), "Chinese Family Strength and Resiliency", Digital Commons@University of Nebraska - Lincoln.

ZANG, Xiaowei (2008), "Gender and Ethnic Variation in Arranged Marriages in a Chinese City", en *Journal of family Issues*, vol. 29, núm. 5, pp. 615-638.

ZHOU Xiaohong (2008), "Chinese Middle Class: Reality or Illusion?", en C. Jaffrelot y P. van der Veer (eds.), *Patterns of Middle Class Consumption in India and China*, Nueva Delhi, Sage, pp. 110-126.

ZHOU Xiaohong y Qin Chen (2012), "Globalization, Social Transformation and Construction of the Chinese Middle Classes", en Li Chunling (ed.), *The Rising Middle Classes of China*, Beijing y Londres, Social Sciences Academy Press y Paths International, pp. 44-63.

Lista de siglas

ADB	Banco Asiático de Desarrollo
AfDB	Banco Africano de Desarrollo
CBO	Congressional Budget Office (Oficina de Presupuesto del Congreso de Estados Unidos)
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CI 28	Comité de investigación sobre la estratificación social
CRS	Congressional Research Service (Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos)
DWP	Department for Work and Pension (Ministerio de Trabajo y Pensiones del Reino Unido)
FAO	Food and Agriculture Organization of the United Nations (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura)
FMI	Fondo Monetario Internacional
IDH	Índice de Desarrollo Humano
LIS	Luxembourg Income Study (Estudio de Ingresos de Luxemburgo)
LISA	Library and Information Science Abstracts
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OMS	Organización Mundial de la Salud
ONS	Office for National Statistics (Oficina de Estadísticas Nacionales del Reino Unido)

ONU	Organización de las Naciones Unidas
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PBI	Producto Bruto Interno
PISA	Programa Internacional de Evaluación de los Alumnos
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
UE	Unión Europea
UNFPA	United Nations Population Fund (Fondo de Población de las Naciones Unidas)
UNICEF	United Nations Children's Fund (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia)
UNODC	United Nations Office on Drugs and Crime (Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito)
WLUML	Women Living Under Muslim Laws (Mujeres que Viven bajo Leyes Musulmanas)

Índice de nombres y conceptos

Esta edición de *Los campos de exterminio de la desigualdad*,
de Göran Therborn, se terminó de imprimir en el mes de abril de 2015
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Consta de 2.500 ejemplares.

Otros títulos

El capital en el siglo XXI
Thomas Piketty

Teoría de la justicia
John Rawls

Economía y sociedad
Max Weber

Los fundamentos retóricos de la sociedad
Ernesto Laclau

Agonística.
Pensar el mundo políticamente
Chantal Mouffe

Daños colaterales.
Desigualdades sociales en la era global
Zygmunt Bauman

Controversias sobre la desigualdad.
Argentina, 2003-2013
Gabriel Kessler